

Edward Bunker

STARK



Lectulandia

Ernie Stark es un estafador y un yonqui, un delincuente de poca monta a quien los trajes de lujo, los coches veloces y las prostitutas con estilo hacen enloquecer. Su vida transcurre sin respiro en un submundo que conoce como la palma de su mano y que ni por sentimiento de culpa o deseo de redención querría abandonar. Obligado a colaborar con la policía para no verse de nuevo entre rejas, se da al doble juego con policías y delincuentes a fin de quitarse de en medio a la competencia y hacerse con un pequeño imperio de la droga.

Lectulandia

Edward Bunker

Stark

ePub r1.0
mantaraya 27.06.13

Título original: *Stark*
Edward Bunker, 2006
Traducción: Zulema Couso
Retoque de portada: mantaraya

Editor digital: mantaraya
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Brendan Bunker

Prólogo

James Ellroy

Edward Bunker escribió artículos periodísticos, relatos cortos y novelas tanto dentro como fuera de la cárcel. Sus primeros intentos fueron los boletines informativos que redactó en el reformatorio sobre 1950. Estos escritos no se pueden encontrar actualmente. Varios manuscritos de algunas novelas tempranas escritas durante sus idas y venidas de San Quintín tampoco están disponibles. La novela corta Stark, escrita aparentemente entre finales de los 60 y principios de los 70, fue descubierta después de la muerte de Bunker en 2005.

Por lo tanto, es un libro de época dentro de un libro de época. Situado a principios de 1960 en un pueblo costero del sur de California, es un híbrido brutal entre las obras de corte pulp / noir en rústica de los 50 y la fantasía punk, un avance de lo que llegaría a ser el genial escritor Bunker.

El personaje que da título a la obra es un timador drogadicto que pretende llenarse los bolsillos de pasta y las venas de la mejor «H». Va de lío en lío con la pasma. Quiere cepillarse a todos los primos del mundo. Le encanta ir hecho un pincel, conducir a toda velocidad, las tías con labia. Acaba dándose de morros con los entresijos de su mundo. Va a la última. Aún diré más, es la hostia, asquerosamente fatalista. Sabe que asumir el destino que nos toca es una actitud vanguardista.

Matará si es necesario para abrirse camino entre un montón de gentuza y para eludir la cámara de gas de San Quintín sobreviviendo a duras penas entre las restricciones de la condicional y la dependencia de la heroína. Esta es la obra de un joven convicto atrapado entre la prisa de la cárcel, Mickey Spillane y el existencialismo franchute. Al final, todo funciona.

Los seguidores de Eddie Bunker deberían indagar más en sus primeros escritos de juventud. Habría dado la talla para el reconocimiento de la Fawcett Gold Medal en los años 50 junto con las obras de John D. McDonald y Kurt Vonnegut. Léelo. Hará que te entren ganas de jugársela a alguien y de buscar algo con lo que colocarte. Ahora mismo, hasta yo me muero por un poco de «Caballo». El fatalismo se lleva otra vez. ¡Ey!, difunto Eddie, siento tu esencia, compañero.

Capítulo 1

Ernie Stark no era el tío más simpático que podías conocer. Puedes preguntárselo a sus amigos, si es que tenía alguno. Era un estafador de tres al cuarto que soñaba con que su siguiente golpe fuera el definitivo, el que le condujera por el camino fácil. Pero casi siempre se la jugaban. Si no era la víctima, era la ley.

No hay más que fijarse en la última en la que andaba metido. Debido a una estúpida redada mientras seguía en libertad condicional, terminó metido en la cama con la poli. Stark había hecho muchas cosas no muy lícitas pero eso de ser una rata, un chivato para la policía, no era un papel que disfrutara. Sólo que, o accedía, o volvía a la trena. Prefería ser una rata, libre.

Los polis sabían que su amigo hawaiano, Momo, era un traficante de poca monta. No le querían a él sino a su proveedor. Si arrestaban a Momo, el siguiente eslabón de la cadena de la droga desaparecería. Aunque también habrían pillado al hawaiano si supieran dónde escondía el material.

Así que sólo era necesario servirse de una rata como Stark para que se acercara al tipo y descubriera el nombre del proveedor de droga de Momo.

«Es más fácil decirlo que hacerlo», pensó Stark sentado junto a Momo en la barra de su club favorito. Corría el año 1962 y el Panamá era el mejor local de Oceanview.

Para complicar aún más las cosas, Stark estaba cada vez más enganchado a la heroína, a la mierda que su amigo Momo le pasaba a precio rebajado. Todavía no estaba pillado del todo, pero le faltaba poco. Era eso lo que había organizado el lío con los polis, ahora necesitaba meterse dos veces al día. Cargaba con un mono cada vez más grande pegado al culo.

También tenía que echarle un ojo a Dummy, un mudo al que todos habían evitado en la trena. Dummy y él cumplieron condena juntos en la cárcel; Stark por un timo que salió mal, Dummy por homicidio. Ningún preso tocó jamás a Dummy, al menos no después de que uno de ellos intentara ser demasiado simpático y acabara muerto. Stark incluso había aprendido algunos gestos básicos para comunicarse con el mudo, pero el tipo leía los labios. En seguida te dabas cuenta de que lo mejor era no jugársela, a la cara.

Dummy frecuentaba el local, observaba. Tenía una especie de acuerdo con Momo, Stark suponía que era un mensajero. Quizá podría llevarle hasta el Hombre.

Stark miró la hora. Llegaba tarde y Crowley estaría cabreado. A la mierda. ¿Cómo iba a encontrarse con él si el mudo vigilaba cada paso que daba? Dummy no era su amigo. Casi nunca sonreía y, cuando lo hacía, alguien moría.

—Tengo que ver a alguien —le dijo a Momo—. Volveré en un momento. Guárdame el sitio.

Momo no respondió, se limitó a saludarle con la mano. No esperaba una

palmadita de despedida de Dummy.

Capítulo 2

Envuelto en las sombras, el teniente detective Patrick Crowley esperaba sentado en su coche policial sin identificar. La sucia calle estaba bordeada por pensiones de mala muerte. El barrio se encontraba en el corazón de la zona más conflictiva de Oceanview. Desde donde estaba sentado, Crowley podía vigilar la puerta lateral del Panamá Club, al otro lado de la calle, iluminada por una bombilla rodeada de un halo de polillas. El detective estaba al tanto de todo lo que pasaba mientras escuchaba débilmente el sonido de un *jukebox* que repetía la misma pieza de blues una y otra vez. La claridad de la música aumentaba y se mezclaba proporcionalmente con los demás sonidos que arrastraba el aire nocturno, como el estallido de una carcajada vulgar o las pesadas voces empapadas de whisky que se elevaban en una ola de emoción. Un tranvía amarillo chirrió al pasar por su lado haciendo sonar la campanilla, aburrida. Un taxi se detuvo para cobrar la carrera y desapareció hacia otro lugar.

Crowley echó un vistazo a su reloj de pulsera y sus gruesos labios maldijeron en silencio. Negó con la cabeza y volvió a observar la entrada sin poder reprimir una sonrisa al ver a una prostituta conocida llevar a algún incauto hasta una habitación barata. A Crowley no le interesaba lo relacionado con antivicio, él pertenecía a narcóticos y estaba esperando a su chivato.

La puerta lateral se abrió de nuevo y por ella salió un hombre delgado vestido con ropa deportiva cara. El mechero que llevaba en la mano lanzó un destello. Un momento después, las luces del coche policial dieron una pequeña ráfaga. El hombre terminó de encenderse el cigarrillo y cruzó la calle sin prisas. Molesto, Crowley refunfuñó y puso en marcha el motor. Era Stark.

Los ojos de Stark se movían rápidamente de un extremo a otro de la calle, de forma totalmente despreocupada; miró hacia las sombras y después por encima del hombro. Avanzaba con una mano metida en el bolsillo de la chaqueta y la otra, la que sujetaba el cigarrillo, se balanceaba de un lado a otro de manera exagerada. Era alto, con los hombros ligeramente encorvados y cierta gracia felina, se contoneaba con una arrogancia que estaba a mitad de camino entre la desenvoltura y una simple pose. Sabía que era atractivo en el sentido sobrio de la palabra. Había visto caminar así a Humphrey Bogart en una película. Rodeó el coche, se subió por el lado del copiloto y cerró de un portazo. Extendió el brazo izquierdo por la parte de atrás del asiento y se reclinó en una esquina.

Mientras tanto, Crowley hizo un cambio de sentido ilegal. Stark miró a la enorme mole que se sentaba tras el volante y pensó que diecisiete años en el cuerpo habían hecho de Pat Crowley un policía que estaba más allá del estereotipo televisivo. Cuando salieron de la ciudad, Stark hizo una mueca de dolor.

—Tío, ¿no podías haber sido más disimulado? No sé, haber aparcado al final de la calle o algo. Si alguien me ha visto contigo, mi culo está frito. Yo vivo aquí y no me hace gracia la idea de que me rebanen el pescuezo. Aquí hay fracasados capaces de cosas así.

—Me estás dando largas —dijo Crowley—. Estoy cansado de esperar por tus juegucitos. Tenías que haberme llamado hoy y no lo has hecho, así que he venido a buscarte. ¿Qué tienes para mí?

—No es tan fácil como crees, Pat.

El detective apartó los ojos de la carretera para mirar a Stark.

—Desde cuándo nos llamamos por nuestro nombre de pila, miserable.

—Sólo intentaba ser simpático.

—No somos amigos, esto sólo es un intercambio. Me lloraste para que hiciéramos un trato. Yo no presentaré cargos por la heroína que encontré en tu bolsillo si tú me pones en bandeja al gran contacto. Me lo prometiste y te he tomado la palabra. Incluso cogeré a Momo Mendoza, sólo está un peldaño por encima de ti. Puede que hasta me entregue a su proveedor si consigo pillarle con mierda suficiente como para encerrarle veinte años.

—Lo tendrás pero no puedo hacerlo si me presionas. Deja que yo me ocupe de todo.

—Tú propusiste el trato y yo pongo las reglas. Nos veremos cuando yo te lo diga o, de lo contrario, tendrás que hablar conmigo desde una celda. No te haría mucha gracia que se te cerrara el grifo de repente. Ya he visto lo que les pasa a otros despojos como tú.

—Muy bien, tío. —Stark observó el paisaje que pasaba delante de sus ojos, el océano que reflejaba la luna plateada y que corría hasta la playa para romper formando una espuma azul, la niebla que impregnaba la noche con el olor del mar. Se maldijo a sí mismo por su imprudencia al meterse un pico de la bestia del este en el baño de una gasolinera. El dependiente sospechó y llamó a la policía así que, cuando Stark salió, el teniente Pat Crowley le estaba esperando. No sabía que el baño se había convertido en un lugar de consumo de moda.

Aquello fue hacía una semana y ahora sentía la presión cada vez más. Había intentado olvidarse de su trato con Crowley. De hecho, no tenía ni idea de cómo iba a cumplirlo. Momo era muy reservado sobre su contacto, terriblemente reservado. Él era también su colega y su contacto. ¿Cómo cojones se había dejado atrapar en aquel trato? Momo nunca llevaba el material encima, siempre iba a otro sitio a buscar lo que el cliente le pidiera.

—Tío —dijo Stark—, esto no es el supermercado y Momo no es imbécil. No puedo preguntarle directamente quién es su contacto. Si meto demasiado las narices, me dejará fuera. Llevas en esto el tiempo suficiente como para saber lo paranoico que

es el mundo de los yonquis. Nadie confía en nadie.

—Más les vale porque sois todos unos chivatos. También podría encerrarte, apretarle las tuercas a Momo y que él se la juegue al pez gordo. Entérate de dónde esconde Momo el polvo blanco, ya hemos registrado su casa una vez.

Stark guardó silencio, sabía que el hawaiano no era ningún soplón. Antes iría a la cárcel sin importarle demasiado. Era el precio que había que pagar en este tipo de negocios.

—Quiero resultados —dijo Crowley—. Si dependiera de mí, te encerraría. Te crees muy listo, Stark, más listo que nadie.

—Pues tú no lo eres mucho —respondió de mala gana—. Mira que llamar al Panamá Club y esperarme fuera.

—No faltes a tus citas.

—No podía.

—Alguna zorra...

Stark no respondió, apretaba la mandíbula fuertemente por el rencor inútil que sentía.

—¿Qué quieres que haga ahora?

—Lo mismo. Acércate al jefe de Momo. Dile que quieres ganar mucho dinero o cualquier otro cuento, se te da bien inventarte historias. Ponte manos a la obra, tienes dos días para obtener resultados. Si para entonces no has conseguido nada, iré a por ti y te encerraré.

—Vale, vale. Estoy en ello, tengo una teoría. Creo que el tipo clave puede ser Dummy, el mudo. Ese tío es un asesino. ¿Le has mirado alguna vez a los ojos? Me pone los pelos de punta.

—Tonterías. Tienes dos días. Y, ahora, lárgate. Stark se bajó del coche de policía a dos bloques del Panamá Club. Permaneció de pie en la espesa niebla y se quedó mirando hasta que la luz roja de la parte de atrás del coche desapareció. Los ojos le ardían de rabia y tenía la delgada cara desencajada. Escupió, enfadado, como si así se limpiara la suciedad de la boca.

—Te crees un poli duro —gruñó. De repente, la mueca se transformó en una carcajada. Utilizando dos dedos de su mano izquierda a modo de pinzas, pescó un porro de marihuana arrugado del bolsillo de la camisa—. Sí, poli, llevaba algo ilegal en el bolsillo. Crees que me la vas a jugar pero seré yo quien se la juegue al mundo entero. A toda la chusma, perdedores y maderos, ¡que os jodan! Que le jodan a Momo y que le jodan también al pez gordo, sea quien sea el imbécil.

Un reloj en el escaparate de una joyería de precios bajos indicaba que era pasada la medianoche. No había prisa, el club permanecía abierto hasta las dos.

Stark arrancó el extremo retorcido del porro, le pasó la lengua para humedecer el papel, lo encendió, aspiró profundamente y echó a andar por la calle desierta.

Se preguntaba si la hierba aún podía colocarle. El porro había sido un regalo del camarero. Stark no pensaba aceptarlo cuando se lo ofreció pero no quería ofender al tipo, quien pensaba que la marihuana te daba el mejor subidón. Además, su actitud ante la hierba se había visto influida por la opinión de un drogadicto, su padre, el timador del billar, el hombre que decía: «No necesito esa mierda de hierba para volverme aún más loco. Lo que necesito es la medicina de Dios para estar cuerdo» y que acto seguido se pinchaba la vena con una aguja delante de su hijo. Su padre era un yonqui. Stark juró que nunca se engancharía. Sólo los imbéciles se enganchaban.

Le dio una calada más al porro y, mientras aguantaba el humo, la marihuana hizo su magia. En segundos, su mente se elevó a un nivel de perspectiva más alto, más intenso, aunque distorsionado al mismo tiempo. Le vino a la cabeza la cara de Crowley, esa expresión de bulldog estúpido. De repente, soltó una carcajada. Su risa retumbó en el silencio de las calles vacías. Se contuvo, consciente de que la hierba jugaba con su imaginación. Las luces brillaban más y las ventanas, que momentos antes le habían parecido horribles, ahora se presentaban como filas de cuadros impresionistas colgados por un gran artista en la galería de la noche. Este pensamiento le provocó otro ataque de risa desquiciada.

Cubos de basura, abollados por el uso, se alineaban en los bordillos esperando el amanecer. También estos objetos tenían su significado, especialmente una bañera deforme llena a rebosar de botellas de vino. Stark se paró en seco, se inclinó hacia delante y entrecerró los ojos inyectados en sangre.

—Hay que joderse —dijo profundamente impresionado—. Es una puta obra maestra vanguardista. —Lanzó una carcajada ante su propia ridiculez.

Un coche blanco y negro que merodeaba por allí se acercó al bordillo iluminándole de lleno con los faros. Le estropeó el humor de forma instantánea. Un policía de quien no podía distinguir las facciones bajo el ala del sombrero asomó la cabeza por la ventanilla, como una marioneta en una caja.

—¿Qué estás haciendo aquí fuera, amigo? Es tarde para andar dando vueltas.

—Sólo disfrutaba del arte. —¿Qué?

—Estaba sacando la basura. —Sabía que el policía se había detenido para comprobar si era un borracho. El estafador se recompuso—. La recogen muy pronto. Trabajo por la noche así que acabo de sacarla. Me alegro de ver lo bien que hace su trabajo, consigue que me sienta más seguro al dejar a mi mujer sola en casa.

—Muy bien, amigo. No trabaje demasiado. —Miró deliberadamente el montón de botellas de vino—. ¡Y cuidado con las úlceras!

El coche de policía se alejó para recorrer otros lugares durante la noche. Stark lo observó y se recompuso.

—Será mejor calmarse antes de que esta hierba de la risa haga que me encierren por reírme de la luna. Aceleró el paso en dirección al Panamá Club.

Capítulo 3

El sonido estridente del saxofón que emitía el *jukebox* llegó a oídos de Stark al acercarse a la puerta del Panamá Club. Un marine salió dando tumbos, con la camisa desabrochada y el sombrero ladeado, y se quedó de pie en la acera, balanceándose, como si estuviera decidiendo qué rumbo debía tomar su vida. Era uno de los muchos militares que venían incluso desde la lejana San Diego en busca de alcohol, risas y un polvo.

Stark pasó junto al borracho y se coló dentro. La potente luz, la percusión estridente y el olor a cigarrillos y perfume atacaron sus sentidos a la vez. Le encantaba. Era su territorio. Permaneció envuelto en las sombras mientras sus ojos se acostumbraban a la luz deslumbrante. Examinó la enorme y vibrante sala: la barra, la pequeña pista de baile, las mesas llenas, repletas, aunque no tan abarrotadas como los fines de semana. En el *jukebox*, sonaba música Rock & Roll. Una fulana teñida de rubio y un marinero de mejillas sonrosadas eran los únicos que bailaban.

A través de la neblina y del movimiento, Stark distinguió a Momo y a Dummy en el otro extremo de la barra, exactamente en el mismo sitio en el que les había dejado. Dummy, que siempre se vestía con elegancia, llevaba una americana de pata de gallo. Tenía una cara atractiva, sin arrugas. Momo era todo lo contrario. Era corpulento, vestía sin gracia, desarreglado; en cuanto se ponía la ropa, su figura sin formas la arrugaba. Tenía la tez morena, picada y brillante por el sudor. Menudo par, pensó.

Stark avanzó lentamente entre las mesas, bordeó la pista de baile, saludó al camarero con la cabeza de manera despreocupada y se paró detrás de los dos hombres.

—Necesitaba aire —le dijo a Momo al tiempo que saludaba a Dummy con la cabeza.

Stark se colocó entre los dos, observando de perfil la cara morena y marcada por el acné de Momo Mendoza.

—¿Adonde has ido? —preguntó Momo—. Llevas mucho rato por ahí.

Antes de que Stark pudiera responder, Dummy les llamó la atención en el lenguaje de signos de los mudos. Señaló a la cabeza de Stark e hizo el gesto de abrir un grifo. Estaba claro lo que quería decir. Stark sonrió y guiñó un ojo, aliviado.

Dummy asintió. Le dio un golpecito en el hombro al hombre delgado, cogió una moneda de veinticinco centavos del montón que había en la barra y se alejó. Stark volvió a ponerse de cara a Momo.

—¿Adonde has ido? —repitió el hawaiano—. Alguien ha comentado que te han visto subir a un coche.

Stark se quedó atónito. Dummy debía de haberlo visto. Se fijó en los ojos negros y sin expresión de Momo, incapaz de pensar durante un momento. Recuperó el

control de sí mismo inmediatamente pero se preguntó si Momo sospechaba de él o si se había dado cuenta de su reacción. Se le acercó y exageró de manera absurda una supuesta conspiración.

—Tío —susurró—, era Harry Anstetter, jefe del puto departamento estatal de narcóticos.

La cara de Momo esbozó una ligera sonrisa ante el ridículo comentario. Pero una sonrisa no era suficiente. Stark se le acercó aún más, tanto que casi le rozaba la oreja con los labios.

—No se lo cuentes a nadie, es un secreto, pero el viejo Harry no ha venido hasta aquí de servicio. Resulta que, en realidad, el tío es marica y lleva años enamorado de mí.

La sonrisa de Momo se transformó en una vulgar carcajada y el miedo de Stark se esfumó al escucharla. Llamó a un camarero y pidió un *ginger ale*. Mientras esperaba a que se lo sirvieran, comentó de manera despreocupada que había salido a fumarse un porro de marihuana que le había dado un amigo.

—No sabía que te gustara la hierba —dijo Momo.

—De vez en cuando, me fumo algo. Mi amigo lleva tiempo presionándome para que le pille. Era la droga que consumía hasta que empezaste a pasarme viajes gratis de tu mierda, joder. Ahora tengo que meterme un par de veces cada día, como un medicamento. Una vez por la mañana y otra por la noche.

Momo le dio un codazo e hizo un gesto con el dedo pulgar en dirección a la *jukebox*. Dummy se había quedado allí apoyado sobre la vibración de la música. Era una de las raras ocasiones en las que le había visto sonreír. Stark soltó una risita pero aquello no le interesaba demasiado, tenía cosas más importantes en la cabeza.

—¿Tienes algo para mi dosis de la noche?

—Te costará uno de diez. Y ése ya es el precio al por mayor.

—Tengo la pasta. ¿Me pasas un par de bolsitas?

—Aquí no, la guardo cerca de mi casa. No tardaremos mucho en llegar.

—Con tus precios de amigo, igual pillo para dos días.

Momo asintió.

—¿Cuándo lo necesitas? El club cierra dentro de una hora.

—Cuanto antes, mejor. La hierba me ha dejado la cabeza menos despejada que la fábrica de yute de San Quintín.

Momo asintió de nuevo con la cabeza, esta vez en un gesto de comprensión.

—La marihuana es para los pervertidos. Yo ni la toco.

Levantó un vaso de chupito lleno de whisky barato y se lo metió de un trago. De camino a la calle, Momo se detuvo ante el *jukebox* para decirle adiós a Dummy. El mudo se despidió con la cabeza y se quedó mirando fijamente a Stark sin apartar los ojos de ninguno de los dos mientras se marchaban.

—Dummy me pone nervioso —dijo Stark fuera, en la calle, seguidos por el sonido de la música y rodeados por una ligera niebla—. Sus ojos dan miedo. Incluso en la cárcel, todo el mundo le evitaba. Es frío. Cabría esperar que, después de cumplir condena juntos, fuera un poco más simpático conmigo.

—No es para tanto —comentó Momo—. Es de fiar y la gente no se la juega. Puede que esté un poco loco, sí, pero, ya te digo, es de fiar.

—¿Trabaja para ti? No sé de dónde saca la pasta. ¿Qué es lo suyo, el robo?

Momo ignoró las preguntas pero sonrió.

—Parece que las damas lo encuentran muy atractivo.

Los dos hombres rieron con sarcasmo y entraron en el aparcamiento donde Stark había dejado su Chevrolet familiar de seis años. El coche era lo que le quedaba de su breve paso como empleado de una empresa de máquinas expendedoras de Los Angeles. Le dieron el coche y él se lo quedó cuando se separaron. Se había montado un pequeño tinglado paralelo al trabajo hasta que los polis le pescaron. Vaciaba las máquinas y competía con la empresa vendiendo a los dueños y a los camareros otras libres de impuestos que traía desde México. No contaba con que la policía le pillara antes de que la mafia se diera cuenta de una caída en las ventas. Tuvo suerte de que sólo le cayeran dos años en la trena y tres de libertad condicional. No era su primer delito. Antes de eso, otro timo infalible salió mal y le pescaron. Tenía veintiocho años y ya había pasado un total de cinco en la cárcel, contando la temporada en el correccional de menores. Eso fue tres años antes. Hacía toda una vida de aquello.

El trayecto al agujero de Momo fue breve y tranquilo. Por el camino, Stark recordó una historia que había escuchado sobre Dummy. Al parecer, la primera vez que le trincaron, otro muchacho y él habían intentado atracar una gasolinera. El otro chico era menor, Dummy tenía dieciocho. Cuando el dependiente se negó a abrir la caja registradora, Dummy empezó a hacer ruidos que provocaron la risa del dependiente a pesar de la pistola que llevaba el mudo.

—Vete a casa y devuélvele la pistola a tu padre —le soltó el hombre.

Eso volvió loco a Dummy, lo golpeó a un lado de la cabeza con la pistola y ésta se disparó. Los dos ladrones novatos salieron corriendo con las manos vacías. El dependiente identificó al chico, que vivía en el barrio, y éste delató a Dummy. El muchacho acabó en el correccional de menores y el mudo en la cárcel. Con el tiempo se supo que, poco después de que Dummy saliera de prisión, encontraron al chico asesinado a puñaladas.

¿Y Crowley espera que delate a este tío? Mejor a Momo, un amigo, que a un asesino.

En la dirección del hawaiano, los dos hombres subieron rápidamente por las chirriantes escaleras y cruzaron un pasillo deprimente iluminado por una única bombilla que colgaba del techo. Momo giró la llave en la cerradura y abrió la puerta

con el codo.

—Espera dentro —dijo—. Voy a buscar el material.

—Date prisa, tío. Quiero meterme ya.

—Sólo tardaré un minuto. Ponte cómodo.

Momo se fue por el pasillo. Stark escuchó el crujido de las escaleras y entró en el apartamento. Era una habitación oscura con un baño y una pequeña cocina americana. La única luz que había era el pálido rectángulo que entraba del pasillo donde él se encontraba. El resplandor caía sobre una cama doble. Stark se dio cuenta en seguida de que había alguien durmiendo. Echó un vistazo a su alrededor y vio la ropa de una mujer sobre el respaldo de una silla. Un pie, con las uñas pintadas de rojo, sobresalía del montón de sábanas y mantas.

Cuando Stark cerró la puerta y encontró el interruptor de la luz, la persona que dormía se dio la vuelta, pero su cara permanecía oculta.

—¿Eres tú, encanto? —preguntó una voz ronca.

—Soy yo, nena, sea quien sea. Pero lo que no sé es si soy el encanto del que estás hablando.

La chica se dio la vuelta, salió de entre las sábanas y se enjugó los ojos somnolientos. Cuando terminó, él pudo ver sus preciosos ojos color esmeralda punteados por unas elocuentes pupilas.

—¿Quién coño eres? ¿Cómo has entrado?

—Me llamo Stark. Soy amigo y socio de Momo. Siento haberte despertado. Él me ha dejado entrar. Ha ido a buscar algo que necesito.

—No es para tanto, por aquí hay mucho tráfico. —Alargó la mano para coger un paquete de tabaco de la abarrotada mesita de noche pero, al encontrarlo vacío, lo arrugó y, con un suspiro, lo tiró contra un cenicero a punto de rebosar.

En silencio, Stark encendió dos cigarrillos y le pasó uno. Se preguntaba qué hacía una mujer tan guapa como ella encerrada en aquel cuchitril con un gusano como Momo. Si estaba enganchada, era lo suficientemente atractiva como para trabajar de prostituta en las grandes ligas de la Gran Manzana o de Hollywood.

—¿Tienes nombre? —preguntó—. ¿O puedo llamarte simplemente «preciosa»?

—Claro, llámame preciosa si quieres, pero mi nombre es Dorie Williams. —Sonrió. Se le iluminó toda la cara, especialmente esos ojos verdes salpicados de oro. Durante un breve instante, se convirtió en una niña llena de vida de pelo color caoba y algunas pecas alrededor de la nariz sin maquillar—. ¿Y tú, te llamabas? Se me ha olvidado.

—Stark.

—Stark. Estupendo, un hombre de pocas palabras. Eso me gusta.

—Los actos hablan más alto que las palabras. Ese soy yo.

Stark se sentó en una silla de respaldo recto y se inclinó sobre la pared estirando

sus largas piernas. Dorie dio una calada a su cigarro y dejó que el humo se arremolinara desde su ancha boca hasta la nariz.

—¿Dónde está Momo?

—Se ha ido por el pasillo. Se está ocupando del negocio.

Dorie asintió. Ahora estaba totalmente despierta y se acercó a la cabecera, con las rodillas dobladas, tapada aún hasta el cuello con la sábana. Lo observó detenidamente, estudiándolo.

—¿Cómo sé que no eres un ladrón o un violador?

—No puedes saberlo. Soy demasiado listo como para ser un ladrón, no me van esos chanchullos. Y en cuanto a ser un violador, ¿por qué robar lo que puedo conseguir pagando?

Dorie se sonrojó un momento, luego echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Hablas igual que Humphrey Bogart. Sólo te conozco desde hace cinco minutos y ya piensas que estoy a la venta. Eso es de ser muy frío —dijo en tono de burla.

—Se podría decir que lo soy.

Permanecieron en silencio durante un momento evaluándose el uno al otro. Dorie se movió para apagar el cigarrillo y la sábana se le escurrió del pecho dejando a la vista su blancura punteada por los pezones marrones. Se preguntó si el descuido había sido a propósito.

—¿Dónde te encontró Momo? —preguntó Dorie.

—¿Encontrarme?

—Sí, encontrarte. ¿Pescarte? ¿Conocerte? ¿Ficharte?

—¿Quieres decir que nunca te ha hablado de mí? Somos viejos amigos, sólo que he estado fuera durante un tiempo.

—¿Fuera? ¿En la cárcel? ¿Un tío como tú, el que es demasiado listo como para ser un ladrón?

—Oye, todo el mundo comete errores. Incluso tú. ¿Cómo te has liado con Momo? ¿Y por qué?

—Lo mismo que tú. Te metes poco a poco y después te vas directo al infierno. Este es tan buen lugar como cualquier otro pero, para tu información, te diré que Momo me encontró en un manicomio.

—Lo hubiera adivinado. ¿Camarillo?

—Sí.

—¿Seguías algún tratamiento?

—Sí, y también me recuperaba de una crisis nerviosa. Arreglaron lo segundo, pero no lo primero.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—Seis meses. Me metí allí porque quise.

—Y Momo estaba allí para evitar ser acusado de un delito grave. Pero ya ha

vuelto a sumergirse en este oscuro mundo.

—Sí. Puede decirse que me porto muy bien con mi contacto. Y merece la pena, fue una buena elección.

—Depende de con qué te guste divertirse, supongo. —Me gusta probarlo todo una vez.

Stark guardó silencio, no dejaba de mirar la puerta atento al primer sonido que indicara que Momo se acercaba.

—Ya debería haber vuelto —dijo Dorie—. No suele tardar tanto.

—Quizá le hayan trincado. ¿Qué harías entonces?

Se encogió de hombros.

—Pareces prometedor... para un tiempo. Apenas acabó la frase cuando giró el pomo de la puerta. Dorie se tapó con las sábanas cuando Momo entró y echó la cadena.

—Perdona por haberte hecho esperar —dijo—. Me ha costado un poco más de lo normal conseguir lo tuyo.

—¿Adonde has ido? —preguntó Stark.

—Cuanto menos sepas, mejor.

Stark sonrió.

—Me parece bien. ¿Puedo pincharme aquí?

—Supongo que sí, yo me voy a chutar también. ¿Tú qué dices, Dorie?

—Nunca me dejes fuera de un viaje, cielo. Me encanta. Momo los condujo al baño y le pasó a Stark uno de los globos rojos. Estaban atados por la parte superior formando pequeñas bolas asimétricas. Dentro de cada uno había diez cápsulas de heroína.

—Saca el instrumental, nena —le ordenó Momo a Dorie; después, extendió la mano con la palma hacia arriba en dirección a Stark—. Serán cuarenta pavos por las papelinas.

—Está claro que se puede confiar en ti —dijo Stark mientras le pasaba unos cuantos billetes.

Momo los cogió y se los metió en el bolsillo, sin contarlos, impaciente por meterse. Se acercó a la puerta mirando a Dorie. Estaba al otro extremo de la habitación, de puntillas sobre una silla frente a la puerta principal, rebuscando con dedos ansiosos en una grieta de la cornisa del techo.

—¿Vas a tardar toda la noche para coger los malditos trastos? —preguntó Momo.

—Está encajado, cielo. Cálmate y dame un segundo.

Momo gruñó algo ininteligible y esperó sin dejar de observarla. No parecía progresar demasiado. La vista de su culo temblando a través del fino camisón mientras lo intentaba aumentaba su impaciencia. Justo cuando iba a acercarse para cogerlo él mismo, ella se dio la vuelta.

—Aquí está —dijo.

Bajó ágilmente de la silla y le tendió el instrumental. Momo lo cogió sin pronunciar palabra y volvió rápidamente al diminuto cuarto de baño.

Stark estaba tras el lavabo. Había cogido una cuchara del armario de los medicamentos y la había depositado sobre la porcelana amarillenta. En la cuchara había polvo blanco.

—Déjame a mí —dijo Stark.

—¿Que te deje el qué? —preguntó Momo.

—El chute. —Hizo un gesto hacia los artilugios extendidos—. Estoy listo y tengo prisa. Deja que me meta yo primero.

Momo miró la cuchara y negó con la cabeza, incrédulo.

—Tienes un par de huevos. Estás en mi casa, yo me meto primero. ¿Verdad, encanto?

Dorie sonrió de manera enigmática y se encogió de hombros. No quería tomar partido.

—¿Qué coño intentas conseguir? —soltó Momo.

—¿Un buen anfitrión no debería dejar a su invitado, a su invitado que paga, que vaya primero? —dijo Stark.

La cara de Momo enrojeció. Apretó la mandíbula y cerró la boca con fuerza. No le gustaba el sarcasmo tan poco sutil de Stark.

—¿Quieres ganarte un paseo al hospital? —preguntó Momo. Se inclinó hacia delante, en un gesto desafiante.

Stark vio el peligro y echó marcha atrás. Sonrió de oreja a oreja y le dio una palmadita a Momo en el hombro.

—No me malinterpretes, hombre. No intento tomarte el pelo y tampoco quiero joderte. Eres mi amigo y el mejor contacto de la ciudad. Además, no eres imbécil, ya lo sé. Es sólo que voy con prisa, tengo muchas cosas en la cabeza.

Hablaba rápido, en un tono despreocupado, con aparente sinceridad.

La expresión de Momo se relajó. Bajó la vista.

—Muy bien, tío, no te preocupes. Olvídalo, es sólo que se me han cruzado los cables por un momento.

—Deberías disculparte por amenazar a un amigo —le reprendió Stark—. Pero, en vez de eso, deja que me meta yo primero y así sabré que lo sientes.

Momo se quedó petrificado, parpadeó y acto seguido soltó una carcajada. Hizo un gesto con la mano en dirección al lavabo.

—Sírvete.

Se giró hacia Dorie que había estado observando atentamente.

—Este tío podría venderles cinturones de castidad a las prostitutas. Pero el cabrón me gusta.

—Sí, ya lo sé. Es atractivo de una forma un tanto estúpida. Un verdadero estafador.

Stark se quedó mirando a Dorie con una expresión dura. Había hecho varios comentarios extraños en los escasos minutos desde que la conocía. Poseía una rara rapidez mental que le gustaba pero que podría resultar peligrosa. Tendría que vigilarla porque parecía conocer sus puntos débiles.

—Hazme un favor, pequeña —dijo—. Pásame algo con lo que atarme.

—¿Qué te parece una media vieja?

Arqueó las cejas en un gesto burlesco coqueto y puso una falsa voz ronca, al estilo de Verónica Lake. Ella también era rubia.

—Eso servirá —dijo él que ignoró el envite.

Momo estaba demasiado preocupado desarrollando el improvisado equipo hipodérmico como para darse cuenta del intercambio. Colocó la aguja y el cuerpo de la jeringuilla cerca de la cuchara y, después, llenó un vaso de agua hasta la mitad.

—Date prisa —dijo—. Después, voy yo.

Stark ignoró tanto a Momo como a Dorie. Ella salió del baño para ir a buscar la media. La mujer de generosas curvas se movía con la rápida seguridad de un sacerdote realizando un grotesco ritual. La aguja estaba colocada en el cuerpo de la jeringa y el extremo envuelto con hilo negro. Cogió agua del vaso para asegurarse de que la aguja no se atascaría. Puso una pequeña cantidad de agua en la cuchara llena de polvo. Encendió varias cerillas a la vez y el olor del azufre quemado hizo que el estómago de Stark se revoliera de náuseas. Colocó la cuchara sobre la llama y el polvo se disolvió para convertirse en un líquido vaporoso y claro teñido ligeramente de marrón.

Stark dejó con cuidado la cuchara sobre el lavabo y cogió un pequeño trozo de algodón. Le dio vueltas entre el dedo pulgar y el índice para formar una bolita dura que tiró en la mezcla burbujeante. Con los dedos temblorosos, colocó la punta de la aguja contra el algodón y absorbió el líquido. Le pasó la jeringa a Momo, cuyos ojos negros centellaban, y se quitó la chaqueta. Dorie había vuelto, sujetaba la media estirada con ambas manos a la altura del pecho. Mientras Stark terminaba de remangarse, se le acercó y, sin pronunciar una palabra, le ató la media alrededor del bíceps izquierdo, rozando con los pechos el otro brazo al inclinarse sobre él.

—Más fuerte —le ordenó mientras sentía cómo la sangre se agolpaba. Incluso con la urgencia del momento, notó su cálida piel y el ardor de su aliento contra la mejilla. Mientras ella apretaba aún más, sintió sus pechos, de los que sólo le separaba el fino camisón, contra su cuerpo. Sabía que aquella chica, tan extraña e inocente, tan dura y desenvuelta, intentaba ponerle cachondo. Puede que pensara que podía manipularle. Se sonrió ante la idea puesto que el sexo nunca había sido su punto débil. Actualmente, su debilidad era el caballo. No había lugar además para una

mujer.

Se olvidó de Dorie y pinchó la vena. Un chorro de sangre llenó la jeringa.

—¡Por J. Edgar Hoover! —dijo con una sonrisa y se metió el pico.

El subidón explotó y le inundó casi inmediatamente. Fue un viaje aplastante que le aflojó las rodillas pero que le envió al país de las maravillas.

—Buena —murmuró—. Sí, muy buena.

Pronunció las palabras en un tono gutural. Se aclaró la garganta.

—Es una buena mierda, Momo. La mejor que has tenido. ¿Es nueva?

Momo dejó sus preparativos por un momento.

—Es de un nuevo alijo que he recogido hoy. El Hombre me ha dicho que, a partir de ahora, será de máxima calidad.

—Lo es —dijo Stark que estaba pálido y pestañeaba sin parar. Se le empezaba a empapar la cara de sudor—. Muy buena. ¿Te ha dicho de dónde viene esta nueva mierda?

—No, pero ya sabes como son los contactos, nunca dejan de fanfarronear sobre su material.

—Éste está muy bien —jadeó Stark—. Ve con cuidado, no te pases o te dará una sobredosis. Quizá deberías cortarla para el resto de clientes. —Se tambaleó y sintió cada vez más náuseas en el estómago—. Necesito sentarme antes de que me desplome. Estaré en la otra habitación.

Momo asintió de forma brusca, sin levantar la vista. Estaba concentrado en prepararse su propia dosis.

Stark avanzaba a ciegas y se tropezó al rodear a Dorie, se dirigió hacia la cama sin hacer y se estiró medio tumbado, con la espalda apoyada sobre la cabecera y la cabeza colgando sobre el pecho. Sumido en el subidón de euforia pudo escucharla presionando a Momo para que se diera prisa, la llamada desesperada de otra yonqui necesitada.

Stark no dudaba que Momo se daría prisa. Medio soñando, visualizó al hawaiano moviéndose rápidamente y a la chica revoloteando impaciente sobre su hombro. Momo no se entretendría tanto por su ansia de meterse como por la obvia necesidad de Dorie. El traficante pagaba por su piel con droga. Un buen acuerdo, todo el mundo viaja al país de la alegría, pensó Stark con sarcasmo.

Sonrió al pensar en cómo podría conseguir la información que Crowley quería a través de la chica. Ella podría sonsacársela a Momo en diez insinuantes segundos. Y él, a cambio, podría mezclar más tarde los negocios con el placer mientras le sacaba la información entre polvo y polvo. Cualquier cosa para quitarse de encima a Crowley. Se colocó en una posición más vertical.

—Tío, esto es serio —murmuró.

—¿Qué es serio? —preguntó Momo. Había terminado en el cuarto de baño y se

apoyaba en la puerta con los ojos entrecerrados.

—Me estaba quedando dormido con todo el subidón. Así es como muere la gente, se dejan ir. Ya se me ha pasado el atontamiento pero no estoy listo para la mierda de tanta calidad.

—Sí, eso sería un asunto serio, especialmente en mi casa porque tendría que deshacerme de tu cuerpo. —Momo hizo una pausa, se pasó la mano por los ojos y sonrió—. Me alegro de que me avisaras de que fuera poco a poco. No fanfarroneaba sobre el material, podría haberme dado una sobredosis. Creo que tendré que cortarla para el resto de clientes.

—Sí, es lo que te he dicho. Tengo otras buenas ideas de negocios. Te vendría bien un tipo como yo, siempre pienso en todas las posibilidades.

Stark miró a Momo, adormilado de pie, y decidió probar un tiro a ciegas, un acercamiento directo.

—Me gustaría conocer a tu contacto y pillar algo grande. El efecto no fue el esperado. Momo adoptó un aire despectivo, pero que no albergaba sospechas. Negó con la cabeza, desdeñoso.

—Ni pensarlo —dijo mientras se acercaba a un sillón—. ¿Por qué quieres hacer una gran compra de repente?

—Porque de repente tienes buen material.

—Eso no cambia nada. Si sacas algo, será a través de mí. Una compra pequeña, grande, da igual. El Hombre no quiere conocer a nadie.

Stark se encogió de hombros.

—Sólo intentaba ahorrar algo de dinero. Tu pérdida es mi ganancia, o algo así. ¿Sabes a qué me refiero?

—Sí, ya lo sé. Siempre en tu estilo, intentas que te ayude a que me saques el dinero de los bolsillos. ¿Estás pensando en ser mi competencia?

—No, tu socio. Tengo algunas buenas ideas.

Momo adoptó una expresión irónica.

—Déjalo ya, me matas. Pero, como ya te he dicho, el Hombre no quiere conocer a nadie. Además, ¿de dónde piensas sacar toda la pasta? Si hubieras dado un gran golpe, me habría enterado. No llevas fuera el tiempo suficiente.

Stark fingió indiferencia.

—Ya lo hablaremos mañana.

—Podemos hablarlo en cualquier momento pero no vamos a llegar a ningún sitio.

Stark movió un hombro aceptando la respuesta medio adormilado. No esperaba conseguir nada. Miró la hora.

—De todas formas, tengo que irme, aquí ya está todo visto.

Se levantó, se desabrochó los pantalones y se remetiÓ la camisa.

—Oye, encanto —gritó en dirección al baño—, yo me largo.

Dorie apareció con los ojos vidriosos. En el brazo izquierdo tenía una pequeña marca de sangre del pinchazo. En el derecho, llevaba la chaqueta de Stark.

—No te olvides esto. ¿A qué viene tanta prisa? ¿Por qué no te quedas un rato y disfrutas el viaje? —dijo en tono provocador.

—Tengo algunos asuntos de los que ocuparme.

—¿Algún trapicheo que arreglar?

—No, temas de dinero —respondió mientras iniciaba la marcha y le daba la espalda—. ¿Te importa? —preguntó al extender los brazos en un gesto insinuante.

Movió la chaqueta de forma exagerada y se la puso sobre los brazos.

—Así que, ahora, el príncipe oscuro se marcha.

Stark la ignoró y avanzó hacia la puerta.

—Te veo mañana, Momo.

—Cuando quieras a partir de las diez. Estaré en el club.

Los dedos de Stark giraron el pomo, se dio la vuelta para observarles cara a cara con una sonrisa que asomaba en las comisuras de sus labios. Miró directamente a Dorie.

—Buenas noches, señorita Williams. Ha sido un placer conocer a alguien tan refinado como tú. Buenas noches a ti también, señor Mendoza, el mayor caballero y erudito que he conocido jamás.

Abrió ligeramente la puerta y miró al exterior, un movimiento provocado por la experiencia. No había nadie en el oscuro pasillo.

—Será mejor que eches la cadena —dijo mirando por encima del hombro—. Hay un montón de personajes raros merodeando por este barrio.

Dorie se sonrojó al acercarse.

—Echaré todos los cerrojos, señor Stark —y, en voz baja, añadió—: Cabrón.

La puerta se cerró de golpe a su espalda y Stark avanzó hacia las escaleras riéndose en voz alta para que ella le escuchara.

Capítulo 4

Era el momento en el que todo está en silencio justo antes del amanecer, cuando la ciudad parece muerta y ningún ser humano se mueve, cuando los faros de un coche incrementan aún más la sensación de soledad en lugar de aliviarla. Durante aquellos minutos, la mayoría de los que traman algo son miembros de la ley o están contra ella. Era el momento de la noche favorito de Stark.

Les había mentido a Momo y a Dorie. Lo único que tenía que hacer era una llamada telefónica que despertaría y pillaría por sorpresa a la persona que iba a recibirla. Aparte de eso, sólo le esperaban la cama y el sueño, dos cosas que deseaba con todas sus fuerzas. Haría la llamada desde Eric's, una cafetería veinticuatro horas de la carretera de la costa. Se encontraba en línea recta con su pequeño apartamento al lado de la playa cuyo paradero mantenía en secreto. En un interrogatorio de la policía, nadie podría revelar dónde estaba si no sabían su situación. Cuanta menos gente supiera de su existencia, mejor le parecía.

Su apartamento revelaría demasiado. Nunca había invitado a nadie allí, no quería que se supiera dónde vivía. Ni cómo vivía. Parte del mobiliario, los libros y la cristalería procedían de algún golpe. Le gustaba rodearse de cosas valiosas ya pudiera permitírselas o no. Su mundo era una mierda y estaba lleno de depredadores como él. Volvía a casa para escapar de la selva. Apreciaba muchísimo su privacidad tras pasar tres años en la cárcel.

Después de avanzar a través de una niebla impenetrable que le destrozó los nervios, detuvo el coche en el aparcamiento de la cafetería. No se sorprendió cuando los faros de su familiar iluminaron el Corvette rojo de Dummy. El mudo iba allí a menudo después de que los bares cerraran a las dos de la mañana, al igual que otros habitantes de la jungla de los bajos fondos: chulos horteras que alimentaban a putas estrafalarias, drogadictos insomnes (a pesar de los ojos adormilados), adictos a la bencedrina con los ojos abiertos como un búho, ladrones sin nada que hacer y con ganas de conversación y un pervertido o dos que buscaban compañía para abrazos extraños. Iban allí a sentarse delante de una taza de café, se fumaban innumerables cigarrillos y cerraban los tratos de la noche. Stark conocía a la mayoría de clientes del Eric's, al menos, de vista. También sabía que, aunque le aceptaban, no era realmente uno de ellos. El estaba un paso por delante de su alcance de maldad, como un lobo entre buitres. El profundo desprecio que sentía por ellos formaba parte de su ser. Además, eran unos primos y cuando escaseaban las presas más fáciles, no dudaba en timarles.

Aparcó en un hueco vacío al lado del Corvette. Al bajar del coche, se sintió obligado a tocar el brillante capó. Irradiaba éxito. Dinero. No estaba bien que un sordomudo al que sólo le interesaba la ropa, la droga y el sadismo tuviera tanto éxito

mientras que él simplemente se deslizaba por la vida. Dummy no ganaba mucho más dinero que él sino que no llevaba un mono a cuestas. Parecía que, excepto algún porro ocasional, sus únicos gastos eran el coche y la *jukebox*.

Stark miró el Corvette y se preguntó cómo ganaba Dummy la pasta. Sabía que era mejor no preguntarle. Era consciente de que llevaba un arma y de que sabía utilizarla. Cualquiera que fuera el medio por el que Dummy ganaba dinero, era ilegal. Stark apostaría su vida por eso. Aunque no sería una apuesta demasiado inteligente, pensó.

Mientras avanzaba hacia la puerta de cristal de Eric's, siguió dándole vueltas al asunto incluso siendo algo que realmente no quería saber. Un chulo podía comentar tranquilamente las prácticas sexuales más depravadas pero no discutía ni cuestionaba otros modos de vida. Era una especie de ley no escrita. Los dos vivían en la misma zona de la parte conflictiva de la ciudad pero no tenían nada en común. Se encontraban así, por casualidad, en lugares concurridos como aquel, e intercambiaban alguna palabra en el lenguaje de los signos, pero no se comunicaban. Nadie lo hacía. Eran extraños. Había más relación, incluso con sus conflictos, entre él y Dorie Williams que entre Dummy y él. Stark negó con la cabeza ante la extrañeza del mundo y abrió la puerta. Se detuvo y echó un vistazo al cromo brillante y al cristal inmaculado de la cafetería, a los perdedores y a los aspirantes a ganadores que la poblaban.

Dummy estaba solo en una cabina al fondo llenándose la boca con un mejunje de tortitas con huevos encima, todo bañado con sirope. Stark intercambió saludos con algunos de los clientes nocturnos y, casi contra su voluntad, emprendió el camino hacia la cabina de Dummy. Se deslizó justo delante del mudo y ambos comenzaron con los rápidos movimientos de dedos que querían decir «hola» salpicados por el ritual de guiños y muecas. Los penetrantes ojos azules de Dummy se percataron de las pupilas de heroína de Stark y le dedicó una silenciosa mueca. Stark se encogió de hombros y, tras pedirse un café, hizo el gesto de marcar un número de teléfono. Acto seguido, se dirigió hacia la cabina de la parte de atrás. Últimamente, Dummy le ponía nervioso. No pronunciaba palabra pero sus ojos te dejaban helado. A veces hablaban en voz altísima. Tenía la sensación de que Dummy le observaba en todo momento, advirtiéndole. ¿Le había visto subir al coche con el policía?

Cerró la puerta de la cabina, echó una moneda y, mientras marcaba, sonrió ante lo que iba a ocurrir. Eran las tres y media de la mañana.

El teléfono sonó varias veces antes de que una mujer de mediana edad con voz soñolienta respondiera.

—Residencia Crowley.

—Quiero hablar con Crowley.

—Acaba de acostarse —respondió la mujer, evidentemente desconcertada—. ¿Es importante?

—Sí, señora. De vida o muerte.

—Bueno, supongo que puedo despertarle. Pero tiene que estar en el juzgado mañana así que no le entretenga.

—No lo haré, señora... Señora...

—Señora Crowley —dijo en tono severo. Stark se tapó la boca para contener una risita y acto seguido lanzó una carcajada al escuchar el teléfono golpear contra la mesa.

Unos minutos después, se escuchó la voz enfadada de Patrick Crowley.

—¿Quién es?

—Ernie Stark.

—Ya puede ser algo bueno para llamarme a estas horas de la noche. —El tono de Crowley oscilaba entre la irritación y el nerviosismo.

—Pat he intentado pillar al Hombre por ti pero no puedo.

—No me llames Pat y será mejor que... ¿Me has despertado sólo para decirme eso? Lleva tu culo a la comisaría por la mañana. Estoy cansado de tus putas tonterías.

—Mira teniente, puedo darte a Momo ahora mismo. ¿No es eso suficiente?

—¿Qué mierda es ésa? Tú eres una amenaza mayor que él.

La indignación no era falsa y la sonrisa de Stark desapareció. Hizo una pausa, miró nervioso a su alrededor y vio a Dummy que le observaba a través de las puertas de cristal. Se preguntaba qué le pasaba por la cabeza. Si supiera lo que hacía, pensaría en un navajazo rápido en la garganta o en un disparo desde la oscuridad.

—¿Es todo lo que tienes? —volvió a preguntar Crowley.

—No. Quería decirte que Momo ha conseguido una mierda nueva. Material de alta calidad. Su proveedor debe conseguirla directamente desde fuera del país. Es la mejor mierda que he probado pero Momo no suelta prenda. Lo he intentado por todos los medios.

—Será mejor que la consigas, ahora más que nunca.

—¿Qué pasa si no puedo?

—Es como vender tarjetas, sólo te pagan si lo consigues. Si fuera por mí te metería en San Quintín antes que a cualquier otro. Sólo eres una rata insignificante que utilizo para cazar otra mayor. Si no me sirves, me desharé de ti, sin pensarlo. Se te está acabando el tiempo.

—Mira, tío, encontraré la manera de conseguir lo que quieres. Puede que tarde un poco, pero lo conseguiré. No te me eches encima. Si no puedo sacarle la información a Momo, me trabajaré al bombón con el que está liado.

—A mí eso me da igual. Yo cobro de todas formas vayas a la cárcel o no. Si no lo consigues tú, lo hará otro. Los soplones como tú salís de debajo de las piedras.

Stark aceptó el desplante en silencio. Crowley le colgó. De repente, sintió una punzada de preocupación en el estómago. Al salir de la cabina, se dio cuenta de que

Dummy lo miraba. El mudo estaba escribiendo algo en una servilleta. Volvió a la mesa preguntándose si, de alguna forma, Dummy sabía sobre qué iba la llamada. El mudo le pasó el papel.

—Vigila tus espaldas, la poli va a por ti —leyó Stark.

Aliviado, Stark iba a meterse la servilleta en el bolsillo antes de darse cuenta de lo ridículo de la situación. Lo hizo al mismo tiempo que explotó la risa casi inhumana del mudo. Stark sonrió y tiró amistosamente el papel hecho una bola contra el pecho de Dummy.

—Muy gracioso —señaló Stark, pero el mundo no era divertido.

Se comió una hamburguesa y se tomó un café mientras observaba a Dummy alejarse en su coche. Cuando terminó, había recuperado su seguridad aunque no sabía el motivo. Fuera, la niebla era aún más densa. Intentaba con todas sus fuerzas encontrar una forma de salir de aquello.

Por la mañana, después de poco más de cinco horas de sueño, se despertó medio mareado. Las náuseas de la abstinencia empezaban a crecer en su estómago y sentía un dolor extraño en las articulaciones, una agonía particular que comenzaba a sufrir cada día. Su dependencia aumentaba cada vez más. Se levantó de la cama descalzo, llevaba puestos sólo unos calzoncillos, y sacó el alijo y el instrumental de su escondite, un agujero en la parte inferior de la puerta del armario. Se colocaba antes de darse un baño, después se afeitaba y se fumaba el primer cigarrillo del día. Antes de que éste se consumiera, se tomaba tres tazas de café caliente. Sin mirar, sabía que llevaba sólo ciento cinco dólares en la cartera, no mucho para un tipo con su grado de adicción. Tenía que dar un golpe rápido, nada complicado. Se puso un uniforme de trabajo: unos pantalones color caqui, unas botas pesadas y una chaqueta de cuero con el cuello de piel sobre una camiseta blanca. Para el timo, tenía que parecer un trabajador.

Antes de las once, ya se encontraba bastante al norte de Oceanview por la carretera de la costa conduciendo a través de pueblos marítimos que se extendían en una larga línea desde Los Angeles. En una licorería, compró casi un tercio de *bourbon* de Kentucky de calidad de una marca con una botella de forma peculiar.

Al sur de Long Beach, aparcó en una coctelería de la carretera y, con cuidado, arrugó la bolsa de papel para que se vieran los cuellos de las botellas. El oscuro local estaba abierto para los chanchullos de las primeras horas del día. El camarero calvo y pecoso secaba sin muchas ganas el limpiacristales con el que había rociado el largo espejo que colgaba de detrás de la barra. Un chino viejo y arrugado fregaba bajo las cabinas tapizadas de vinilo verde.

En el otro extremo de la barra, había tres clientes. Todos tenían los ojos rojos y daban sorbos de sus Bloody Marys. Dos eran hombres de negocios de mediana edad vestidos con trajes arrugados. Necesitaban afeitarse. El tercer cliente era una rubia

teñida y despeinada. A Stark le resultó obvio que pagaban por ella. Se preguntaba si habrían montado un trío en algún motel, tenían pinta de haber estado despiertos toda la noche, presentaban su peor aspecto.

El trío no importaba. Sólo contaba el camarero y, quizá, el dueño. Colocó la bolsa con las botellas de *bourbon* sobre la barra y esperó unos segundos a que se acercara el camarero. El hombre sonrió de manera profesional. Stark esperó.

—¿Qué le pongo?

—Una cerveza de barril, en vaso pequeño.

—Sólo tenemos de botella.

—¿Cuánto cuesta la más barata?

La pregunta hizo que el camarero arrugara la cara. Aunque lo disimulaba ligeramente, se le notaba el rechazo que sentía hacia los de puño cerrado y los pobres.

—Cincuenta centavos —dijo el camarero. Sus ojos se posaron sobre la bolsa de papel. Vio las botellas, reconoció la marca por la forma del cuello. La curiosidad se reflejó en su cara y Stark se dio cuenta. Ninguno de los dos pronunció una palabra y el hombre fue a buscar la cerveza.

Cuando volvió, Stark estaba listo. Rebuscó en el bolsillo, sacó un cuarto de dólar y lo deslizó con cuidado sobre la barra.

—Ya me gustaría echar un trago de lo que llevo en la bolsa —lo dijo dándole un acento sureño a las palabras antes de pasarse la lengua por los labios.

—¿No es tuyo?

—Más o menos. Lo será cuando le pague a un amigo tres dólares por ellas. Pero no veré nada de pasta hasta la semana que viene. La vida del currante es una mierda, joder.

Stark tenía los ojos abiertos de par en par y hablaba de forma anodina y simple.

—¡Tres dólares! —dijo el camarero—. Es la mitad del precio al por mayor.

—Ya ves, pero tengo que venderlo. Necesito la pasta.

—¿Has encontrado algún comprador?

—Sí, un tío en Long Beach. Le vendí diez botellas la semana pasada.

—Long Beach está a más de treinta kilómetros, puedes venderlas aquí mismo. Te daré tres cincuenta por cada una. Stark se lo pensó detenidamente.

—No sé, ya le había dado mi palabra pero sí que es un viaje largo para levantar tres dólares, no me llega ni para la gasolina. Pero es que tengo que ver si quiere más, puede que un pedido entero. Mi amigo necesita dinero porque, ya sabes, la parienta quiere divorciarse y además tuvo un accidente. —Stark continuó divagando, sopesaba en voz alta los pros y los contras de la situación.

—¿Cuánta priva más puedes conseguir? —le interrumpió el camarero ignorando a los clientes del fondo del local que intentaban llamar su atención.

—Joder, pues no lo sé —dijo, lacónico, mientras engullía un trago de cerveza y se

limpiaba la boca con el dorso de la mano—. Supongo que un puto almacén entero. Escocés, *bourbon*, coñac, lo que sea... Nunca me había pillado más de diez o doce botellas, pero no es porque no pueda. Antes no había necesitado dinero.

El camarero absorbió la información con rapidez, intentando calibrar las posibilidades de la situación.

—¡Oye, camarero! —le llamó la rubia—. ¿Qué te parece si nos atiendes un poco?

—No te vayas —le dijo el camarero—. En cuanto me ocupe de esa gente, hablaremos de todo esto.

Se alejó para atender el pedido de la mujer y los dos hombres.

Stark no tenía ninguna intención de marcharse. Se miró a sí mismo en el tenue reflejo del espejo y se guiñó el ojo. El asunto marchaba bien, mejor de lo que había esperado. Había lanzado la caña y pescado una presa a la primera. El anzuelo estaba bien enganchado, ahora tenía que seguir el juego y enrollar el carrete. Podría zanjar todo el asunto en un par de encuentros en vez de tener que desplegar toda la parafernalia que siempre le tocaba montar. Necesitaba pasta, y rápido.

Stark esperó hasta que el camarero se acercó a la caja registradora y, entonces, el timador se deslizó del taburete, cogió la bolsa y se encaminó lentamente hacia la puerta.

—Oye, amigo —le llamó el camarero al acercarse a él rápidamente—. ¿A qué viene tanta prisa? Pensaba que teníamos negocios de los que hablar. Siéntate y tómate otra cerveza, invito yo.

Stark volvió a abrir los ojos de par en par y se sentó de nuevo en un taburete.

—¿Hablas en serio? No puedo andarme con tonterías, tengo que ayudar a mi amigo.

—Hablo en serio, y puede que hasta te pille todo un pedido. Pero necesito que me cuentes algunos detalles, más información.

—Pues la cosa está así. Me llamo George Splivens, ¿y tú? —Stark le tendió la mano antes de comenzar la historia...

Capítulo 5

Dos horas después, Stark estaba de vuelta en Oceanview; frustrado, maldijo al enterarse de que su socio habitual para los timos estaba en Las Vegas. No es que el tipo fuera su amigo, se trataba simplemente de otro depredador, astuto e implacable, que llevaba tanto tiempo pegando palos que consideraba a todo el mundo una víctima en potencia. Para esta jugada, Stark necesitaba a alguien que le ayudara a dar el último paso. Todo marchaba más rápido de lo que esperaba. El primo estaba listo para que le desplumaran inmediatamente, casi suplicaba que cogieran el dinero.

Stark miró el reloj, era la una del mediodía. A menos que encontrara a otro socio en media hora, tendría que posponer el palo al menos un día y no quería hacer eso. El olor de la sangre ya le había llegado a la nariz, los primos solían echarse atrás demasiado a menudo.

Condujo el familiar hasta el Panamá Club. Esperaba encontrar a Momo en el sórdido antro con la esperanza de que fuera capaz de representar su papel y de que quisiera hacerlo por una tercera parte de lo que sacaran. Aquello también significaría allanar el camino con Momo.

Stark se acercó a la puerta y echó un vistazo adentro. Era como cualquier club nocturno por la noche, tan deprimente como una resaca. El único cliente era una prostituta cansada tirada sobre la barra. Stark soltó la puerta para que se cerrara. Momo seguiría en su apartamento con Dorie. No podía culparle.

Antes de marcharse con el coche, Stark echó un vistazo al otro extremo de la calle y lo que vio le dejó helado. Crowley estaba aparcado en doble fila al otro lado del bulvar. El detective le hizo un gesto para que se acercara con su mano entrada en carnes.

—Joder —murmuró Stark para sí mismo—, a plena luz del día el muy imbécil.

Observó toda la calle para comprobar si había algún personaje local. No vio a nadie pero alguien podría estar espiando, escondido tras alguna ventana. Stark odiaba el riesgo que corría al hablar con un policía tan al descubierto. Negó con la cabeza y le hizo un gesto a Crowley para que se marchara. La cara de perro del policía enrojeció pero asintió. Señaló hacia el otro extremo del bloque para indicarle a Stark que se encontrara con él a unos metros de distancia. Stark asintió y el Ford se puso en marcha.

No esperó a ver dónde se paraba el coche. El miedo había desaparecido en un instante. Mientras asentía, había decidido ignorar la llamada. Se metió en el club vacío, rodeó las mesas y salió por la cocina al callejón de atrás. Crowley se cabrearía pero ya se le ocurriría algo. El poli se tragaría una buena historia, ya lo pensaría. Ahora mismo debía encontrar a Momo y ganar algo de dinero.

Dejó el coche aparcado en la esquina, delante del club. Ya lo recogería después.

Paró un taxi amarillo. A fuerza de la costumbre, Stark se apeó del taxi un bloque antes de alcanzar su destino. Recorrió la distancia caminando rápidamente y, cuando llegó a las escaleras, las subió corriendo. Al llamar a la puerta con varios golpecitos, estaba jadeando. Tocó despacio, no demasiado fuerte, en el mundo paranoico de la droga unos golpes fuertes significaba policía. La voz de Dorie Williams se oyó débilmente tras la madera.

—¿Quién anda ahí?

—Ernie Stark.

—Momo no está, ha salido.

—Mierda —murmuró—. ¿Sabes cuándo volverá? Tengo que verle.

Dorie malinterpretó la urgencia de la situación.

—Tendrás que volver más tarde, yo no puedo venderte nada. No quiere que yo ande traficando.

—No quiero colocarme, necesito a Momo. ¿Cuándo crees que volverá?

Al otro lado de la puerta, dudaba. Stark se la imaginaba con expresión desconcertada, quizá se mordisqueaba una uña mientras sus ojos verdes se llenaban de indecisión.

—Tengo que saberlo —presionó Stark—. Le necesito para unos asuntos.

—Debería volver en veinte o treinta minutos. —Déjame entrar, lo esperaré.

Ella volvió a dudar pero no durante mucho tiempo. Se escuchó el sonido del cerrojo al abrirse, el pomo giró y la puerta se abrió hacia adentro. Stark entró, la chica volvió a cerrar rápidamente todos los cerrojos y colocó una silla bajo el pomo.

Stark se detuvo en el centro de la deprimente habitación y la observó mientras llevaba a cabo las medidas de seguridad, se fijó en cómo, con el movimiento, los muslos torneados y el culo redondo se le marcaban a través de los pantalones pirata blancos. Esa ropa le sentaba mejor a su figura sexy que la desnudez parcial de la otra noche. Se giró hacia él con curiosidad.

—Eres una criatura cuidadosa, preciosa —le dijo con sarcasmo.

—Es mejor estar segura que en la cárcel.

—No me cabe duda de que la policía entrará aquí si quiere hacerlo, por eso no te preocupes. He visto a polis atravesar más de una puerta.

—Puede que sí pero les detendrá el tiempo suficiente como para que pueda tirarlo todo por el retrete.

—Pues buena suerte. Supongo que a mí me gusta más correr riesgos y moverme al borde del desastre. Hace que el juego sea más divertido.

—A mí, no. Además, Momo se vuelve loco si no voy con cuidado.

—No tienes que pedir perdón por tener miedo de la policía, ni tampoco de Momo.

—No tengo miedo —soltó al tiempo que se ruborizaba—. ¡Que te jodan! ¿Por qué no dejas de provocarme?

—Supongo que por la misma razón por la que te afecta tan inmediatamente. Tú también eres bastante rápida con la aguja —le espetó con lacónica ligereza acompañada de una mirada un tanto lasciva. El doble sentido era premeditado.

—Vale, me gusta meterme, ¿y qué? A ti, también.

—Sí, pero yo prefiero pagar al contado.

La cara de Dorie se tino de rojo, lo que confundió a Stark. Sólo pretendía gastarle una broma pero la reacción le sorprendió. No debería haberse avergonzado al mencionar su relación con Momo. Poco a poco, se dio cuenta de que había desenterrado la verdad. Y sonrió.

Ella lo miró como si supiera lo que estaba esperando. Durante medio minuto, permanecieron observándose el uno al otro, esperando ambos a que el otro diera el primer paso. Podía ver un guiño del sujetador marcado contra el blanco puro de la fina blusa. Estaba de pie con las largas piernas separadas en una pose masculina y, al tiempo que el rojo de sus mejillas se atenuaba, inclinó la cabeza hacia atrás en un gesto desafiante. Despacio, se llevó las manos detrás de la espalda, el movimiento hizo que sus grandes pechos sobresalieran aún más.

—Acabemos ya con esto —susurró mientras se desabrochaba la camisa por la espalda, despacio. Cuando terminó, la dejó caer.

Respiraba lenta y profundamente y permaneció quieta para que él la observara. Tenía la cintura estrecha, las caderas anchas y los pantalones se le pegaban a cada curva del cuerpo. Empezó a desabrocharlos, a contonearse y a bajárselos poco a poco por las caderas. Lo miraba fijamente y se reía de él, lo excitaba.

Stark ni se inmutó.

—No tenemos tiempo para esto —le soltó de forma cortante.

Dorie se frenó en seco. Se incorporó con la cara marcada por la confusión.

—Vuelve a vestirte —le dijo fríamente—. No tenemos tiempo suficiente. Ya volveremos adonde lo hemos dejado, más tarde, cuando yo quiera.

Le llevó unos segundos darse cuenta de lo que pasaba. Entonces, con un amplio movimiento cargado de ira, recogió la blusa del suelo y miró fijamente a Stark.

—Eres un cabrón —dijo—. Un cabrón frío. Me has hecho creer que...

Se tragó las palabras enfurecidas y cogió los pirata pero no conseguía abrochárselos con la blusa molestándole en la mano.

—¿Qué te hace creerte tan superior? No eres más que un timador de mierda. Estás tan acostumbrado a las putas baratas que no serías capaz de reconocer algo bueno aunque lo tuvieras delante.

Aunque el cuerpo le ardía de deseo, aquel no era el lugar ni el momento. Disfrutaba viéndola enfadada. Le hacía sentirse superior a ella, sentirse al mando.

—El infierno no conoce furia como la de una mujer despechada —bromeó.

Dorie le dio la espalda y se puso la blusa. Se acercó a una ventana polvorienta que

daba a la calle y se llevó los brazos a la espalda para intentar abrocharse. Stark se dio cuenta de que no lo conseguía así que se acercó lentamente.

—Déjame a mí —le dijo—. Ya te la abrocho yo.

Ella no respondió pero dejó caer las manos en un gesto de silenciosa aprobación. Mientras jugueteaba con los botones, Stark le rozó suavemente la oreja con los labios. Ella no se movió para aceptar ni para rechazar el contacto. Le ignoró.

—No te enfades, preciosa —susurró.

—¡Eres un puto yonqui!

—No más que tú. Ahora mismo no podemos porque tu amante está a punto de volver.

—No es un amante, es bueno conmigo.

—Venga, nena, no hace falta que mientas. Puede que sea bueno pero no deja de ser un arreglo.

—No lo es, no soy ninguna puta.

—Dime que le quieres, ¿o sólo te lo estás follando? Cinco minutos después de conocerte, ya me decías que te vendrías conmigo si le trincaban.

—Si le trincaran, tendría que ir a algún sitio, no puedo volver a casa. Mi padre es pastor. Además, Momo se ha portado bien conmigo.

Stark arrugó la frente. Aquella defensa de Momo era algo totalmente inesperado. Quizá sí le importaba el gordo hawaiano. No tenía tiempo para discutirlo. Miró por la ventana y vio cómo el Corvette de Dummy giraba la esquina, de él se bajó el objeto de su conversación. Momo desapareció bajo sus ojos y entró al edificio. El deportivo se alejó con un rugido.

—Hablando del demonio —dijo al soltar a Dorie de forma tan natural como la había tocado.

Capítulo 6

Stark estaba sentado en una silla recostada contra la pared, con las piernas estiradas, cuando Dorie Williams abrió la puerta.

—Me ha dicho que tiene asuntos contigo —le explicó al percatarse de la mirada de enfado de Momo—. También me ha dicho que no tiene que ver con droga y que es importante.

Mirando a Stark, Momo movió la cabeza en un gesto que preguntaba sin hablar.

—Si quieres ganar dinero fácil y rápido sin ningún riesgo, tengo una proposición de la hostia que hacerte.

Momo gruñó con su humor de cerdo enfermizo. Stark se dio cuenta de que no lo hacía como respuesta a sus palabras, que apenas había oído. Nada que ver, era la reacción de un hombre feo que se siente inseguro al lado de una mujer guapa y que sospecha al encontrar a otro hombre, una posible amenaza, en su propia casa.

—No pareces muy entusiasmado —dijo.

—No lo estoy. Eres un estafador, y de los buenos. Demasiado bueno. ¿Cuánto me va a costar?

Stark frunció los labios y negó con la cabeza, incrédulo. Se guardó mucho de mirar a Dorie, que merodeaba discretamente cerca de la puerta del baño.

—Ya te he dicho que es dinero fácil —comentó Stark—. Necesito ayuda en un golpe facilísimo. Mi socio habitual está fuera de la ciudad y he pensado proponértelo a ti. También quiero enseñarte lo bueno que soy en los negocios. Ganarás quinientos por un par de horas de trabajo.

—¿Por qué quieres hacer algo por mí? —preguntó Momo que seguía mirándole con desconfianza aunque ahora, tras mencionar el dinero, se le había despertado la curiosidad.

—Eres incapaz de creer que alguien quiera ser tu amigo o que pueda confiar en ti, así que digamos que quiero seguir de buenas con mi contacto.

Momo adoptó un aire despectivo pero no pudo evitar interesarse por lo que había dicho Stark.

—Momo, yo no me fiaría de este tío, es un estafador —dijo Dorie.

—Ignora a la parienta. ¿Qué sabrá ella de negocios? Este es fácil, sin complicaciones. Tengo ropa de trabajo en el coche. Deja que te lo explique todo a ver qué te parece...

Veinte minutos después, Stark estaba apoyado contra la pared de cristal de una cabina de teléfono marcando el número del local de la carretera de la costa. Momo estaba en la puerta de la cabina. Los dos tenían los nervios de punta.

—Christy's Lounge —dijo el camarero—. Al al habla.

—Hola, Al. Soy George Splivens, el tío que ha estado ahí esta mañana.

—Sí... —dijo, emocionado—. ¿Qué pasa?

—No ha querido. Le he soltado un rollazo por ti pero le da miedo meterse en este chanchullo con la poli y eso. Le he contado que eres un viejo amigo mío...

—¿Qué ha pasado? —le interrumpió Al—. ¿Va todo bien?

—Te lo estoy diciendo. No quería pero yo lo he convencido. ¿Puedes venir a Oceanview ahora con la pasta?

Hubo una pausa.

—¿Cuándo?

—¿En cuarenta y cinco minutos?

—Eso es muy pronto. Tengo que encontrar a alguien que le eche un ojo al local. El dueño no tiene ni idea de este asunto.

Stark podía sentir la impaciencia de Al. Le guiñó el ojo a Momo. Era obvio que el camarero planeaba cargarle al dueño el alcohol al precio normal al por mayor y así recoger él los beneficios en una jugada rápida. Era el sistema de enriquecimiento más antiguo, todo el mundo ganaba dinero excepto el último de la fila.

—Tiene que ser rápido. ¡Joder!, me ha tocado convencer a mi amigo como si fuera un viejo vendedor, no sé si le dará por rajarse si se lo piensa demasiado.

—Sí, vale, trato hecho. Quiero material por valor de mil quinientos dólares. ¿Dónde nos encontramos?

—¿Tienes un camión?

—Puedo pedir prestada una furgoneta a la tienda de televisores de al lado. Ya he hablado con el tipo.

—Entonces, conduce hasta Oceanview. ¿Sabes dónde está el almacén de licores Johnson?

—No.

—En Beale Street, justo al pasar la calle principal. En el diecisiete sur. Aparca al otro lado de la calle, te estaremos esperando. Trae la pasta.

—Bien, estaré allí en media hora. Adiós.

—Adiós.

Tras adornarse con una floritura, colgó el teléfono y le dio un golpecito a Momo en el hombro.

—Vamos a echar un trago rápido y mientras te escribiré lo que tienes que decir. El primo estará allí en media hora. Ahora te toca ponerte la ropa de trabajo.

A la hora acordada, Stark merodeaba por la acera cerca del lugar en el que Al debía aparcar. El enorme almacén de ladrillo y las oficinas de Johnson se encontraban al otro lado de la calle. Momo estaba allí, escondido entre las sombras de una puerta cerrada. No se le podía ver desde la posición de Stark ni desde donde aparcaría Al.

Stark metió las manos en los bolsillos de los pantalones caqui y apoyó un pie en la pared. Cualquiera que le observara pensaría que era uno más de los pobres

trabajadores que abundaban en los barrios industriales. Era una figura que no atraía segundas miradas. Pero sus ojos no eran torpes ni carecían de vida como los de esos hombres. Los suyos estaban vivos, examinaban con detenimiento cada camión que pasaba por allí pensando que muchos de ellos iban cargados de material valioso para el mercado negro, donde tenía muchos contactos. Otro de sus golpes consistía en elegir uno de esos camiones, especialmente los que llevaban ropa a las tiendas al por menor, y seguir su ruta. Aunque tardara todo el día, finalmente el conductor cometía un error y aparcaba en el lugar equivocado en una de sus paradas. En los minutos que tardaba el hombre en entrar dentro, Stark podía llevarse trajes o vestidos por valor de unos mil dólares. Era rápido y fácil, sólo hacía falta una palanca, controlar el tiempo y ser audaz. Ahora observaba los vehículos que pasaban por si encontraba algo interesante que examinar otro día. Recordaría el nombre de la empresa para un futuro golpe. Tenía muy buena retentiva para los posibles trabajos. Siempre había tenido buena memoria, incluso en la escuela. Podría haber ido a la universidad pero la delincuencia resultaba más divertida. Las estafas le subían la adrenalina, era mucho mejor que estudiar para los exámenes. Unos minutos después, una furgoneta azul con el nombre de una tienda de reparación de televisores giró la esquina. Pudo ver a Al a través del parabrisas. Stark se alejó de la pared y se acercó rápidamente al asiento del copiloto. Abrió la puerta y subió.

—Hola, viejo amigo —dijo con una amplia sonrisa que dejaba ver todos sus dientes.

Al se movía nervioso y sujetaba con fuerza el volante.

—¿Va todo bien? —preguntó, tenso.

—Pues claro que sí, no te preocupes. Esto es más fácil que quitarle un caramelo a un niño.

—Ya puedes decir eso, no eres tú quien quebranta la ley. Yo corro el riesgo, tu amigo y yo. Por cierto, ¿dónde está?

—¡Joder!, claro que yo no corro riesgo pero tampoco gano casi nada. Lo que hago, lo hago por mi amigo. Casi no saco nada de este asunto. Parece que no te das cuenta.

Al parecía avergonzado.

—Tienes razón, amigo. Lo siento, es que estoy nervioso. Pero, ¿dónde está?

—Se presentará en cualquier momento. Esperaron y, casi como si les hubiera escuchado, Momo apareció por la puerta. Vestía un uniforme de algodón azul liso, como los que utilizan los dependientes de las estaciones de servicio y los hombres de reparto. En el pecho de la camisa llevaba bordado: ALMACÉN DE LICORES JOHNSON. El uniforme brillaba bajo la luz de la tarde. Se detuvo a esperar a que el tráfico se calmara un poco y entonces se acercó. Le había comprado la ropa por cien pavos a un antiguo empleado. Era la mejor inversión que había hecho jamás.

—¿Es él? —preguntó Al.

—El mismo. Juro por Dios que es un gran tipo. Hasta se quitaría el pan de la boca para dártelo.

Al observó a Momo acercarse. Stark se recostó en un rincón y estudió la cara rojiza de Al de perfil, el estafador buscaba algún signo de sospecha. No encontró ninguno.

Momo rodeó la furgoneta para acercarse al lado del copiloto, donde se sentaba Stark. No abrió la puerta pero se subió al estribo y echó un vistazo dentro.

—No puedo quedarme. No quiero que alguna de las chicas me vea por la ventana de las oficinas. ¿Es éste el tío, Spliv?

—El mismo.

Momo miró a Al fingiendo no fiarse del todo.

—No sé, no estoy seguro.

—No te preocupes, Al es amigo mío —dijo Stark, aunque casi hace una mueca al mirar a Momo. El traficante tenía una pinta tan siniestra como alguien recién salido de un gueto mexicano.

—Entonces, supongo que no hay problema —dijo Momo y acto seguido se dirigió a Al—. ¿Te ha dicho George lo que tienes que hacer?

—Más o menos.

—Soy el capataz de la zona de carga que hay en la parte de atrás. Me encargo de los pedidos. Cuando vayas allí, aparca cerca del extremo oeste y ya me ocuparé yo del resto a partir de entonces. Te cargaré veinte cajas de *bourbon* de primera calidad. Dale el dinero a George, no quiero llevarlo encima por ahí detrás. El te dirá exactamente lo que tienes que hacer, no puedo quedarme más tiempo.

Antes de que Al pudiera decir nada, Momo se despidió rápidamente con la cabeza y desapareció por la parte trasera de la furgoneta. Stark notó la confusión del camarero e intervino rápidamente para que no tuviera tiempo de llamar a Momo.

—No sería bueno que alguien le pillara aquí hablando contigo. Pueden verte a través de la ventana y tú ahora tienes que entrar ahí dentro. Podrían pensar que pasa algo raro.

—Sí, supongo que tienes razón —comentó Al que, reacio, apartó la mirada del hombre que se alejaba—. No he pillado mucho de qué iba. ¿Es mexicano?

—Es mulato pero es de Hawai. Sólo quería verte, asegurarse de que todo iba bien. Yo te diré lo que tienes que hacer.

—¿Habéis hecho esto antes alguno de los dos?

—No, no somos habituales, pero sí que lo hemos hablado muchas veces. Casi nada puede salir mal. —Stark se acercó a Al y le dio una palmadita en el hombro para tranquilizarle—. Tranquilo, tío, estás más nervioso que un viejo toro rodeado de moscas y sin una vaca. Todo va bien. Él lo controla todo ahí detrás. Al soltó una risita

y se relajó al momento.

—Quizá me esté preocupando demasiado. Entonces, ¿qué hago ahora?

—Tienes que entrar por esa puerta de ahí y rellenar una hoja de pedido de dos o tres cajas de whisky. Lo pagas y te darán unos papeles. Después vas con esos papeles a la parte de atrás para que la gente te vea dárselos a Willie. El les dice qué tienen que cargar en los camiones.

—¿Llevo el camión a la parte de atrás?

—Sí, si no quieres cargar con las cajas hasta casa.

—No, no quiero hacer eso. —Ahora Al estaba de buen humor. Negó con la cabeza—. Si sólo es eso, parece bastante fácil. ¿Dónde estarás tú?

—No puedo entrar por detrás contigo, tú sabes. Algunos de los que cargan saben que soy amigo de Willie. Te esperaré aquí hasta que salgas de la oficina, entonces cogeré el dinero y me largaré.

Al asintió.

—¿Cuándo empiezo?

—Ya puedes ir, van a cerrar en una media hora. Willie tiene que estar con los nervios de punta ahora mismo.

Al se activó rápidamente. Le dio un golpecito al bolsillo de la derecha (Stark vio el gesto y supo que el dinero estaba ahí), salió de la furgoneta y cruzó en dirección al edificio. Le observó alejarse y entonces, tras encenderse un cigarrillo, se bajó y se fue a esperar al lado de la furgoneta. Quería estar en la acera cuando Al regresara.

Cuando volvió, la cara del camarero estaba radiante. Llevaba en la mano la hoja de pedido por triplicado, cada copia de un color: rojo, amarillo y blanco. Dio la vuelta hasta donde se encontraba Stark.

—¿Cómo ha ido?

—Como la seda, tal y como me habías dicho. Tío, podemos hacer esto regularmente.

—No sé si mi amigo querrá. Sólo lo hace porque necesita la pasta... Será mejor que me la des ya, no quiero que te pires con el alcohol y nuestro dinero.

Stark extendió la mano en un gesto despreocupado pero sus ojos ocultos estaban concentrados en cualquier movimiento que pudiera revelar las intenciones o reservas de aquel tipo. Hubo un pequeño atisbo de duda.

—No es para mí, mi amigo me ha dicho que lo coja —dijo Stark rápidamente.

Al soltó una carcajada, quería imitar el estilo informal. Sacó un fajo de billetes de cincuenta y se los pasó.

—¿Quieres contarlo?

—Nah. Joder, tenemos que confiar en nosotros y, además, no tengo tiempo. Ve a dar la vuelta y recoge tu material.

—Por supuesto que tenemos que fiarnos de nosotros, de lo contrario, ¿en quién

podríamos confiar? —Al sonrió, consideraba que había hecho una observación chistosa. Stark se preguntaba si aquel hombre sonreiría de haber sabido lo gracioso que era el comentario en realidad.

Le devolvió la sonrisa y le hizo un guiño.

—Me gustas, ya lo creo, ¡joder! Será mejor que vayas o empezará a mosquearse. Ya has visto cómo es. Te llamaré mañana. Igual podemos repetirlo en unos seis meses.

—Estupendo. Estupendo. Gracias por todo.

El camarero le tendió la mano y Ernie Stark se la estrechó con firmeza. Al rodeó la furgoneta y se subió.

En cuanto el vehículo azul se puso en marcha, Stark se dirigió a la esquina y se dio prisa en coger un taxi. Momo apareció por la puerta y corrió para alcanzarle. Cuando estuvieron juntos, empezaron a reírse de forma espontánea al imaginar la expresión de horror en la cara del camarero cuando le cargaran la furgoneta con la cantidad que aparecía en la hoja de pedido, y nada más.

Capítulo 7

Minutos después, Ernie Stark y Momo Mendoza, ambos con expresión radiante, circulaban por la carretera en el asiento de atrás de un taxi tras sentir la tremenda satisfacción de los depredadores que han cazado a su presa y se han atiborrado de carne roja. Los dos sentían el subidón tras el éxito del timo.

El conductor del taxi era un enano con cara de gnomo y las orejas como las alas de un murciélago. Era el proxeneta de las prostitutas del Panamá Club que trataban con los militares, un personaje marginal de los bajos fondos que sabía mantener la boca cerrada, así que a Stark y a Momo no les preocupaba hablar con total libertad.

—Es el dinero más fácil que he visto nunca —dijo Momo mientras sacudía la cabeza, incrédulo. Stark puso ojitos y sonrió de oreja a oreja con sus finos labios. Asintió en un gesto engreído y autocomplaciente.

—Sí, un timo muy fácil, pero... —Se encogió de hombros y dejó que el comentario hiciera efecto.

—Pero, ¿qué? —preguntó Momo—. No hay ningún problema, ¿no? —prosiguió con la voz impregnada por las sospechas típicas de un yonqui paranoico.

—No, todo ha salido estupendamente. Nueve de cada diez veces, ni siquiera oyes las sirenas.

—¿No llamará el primo a la pasma?

—No suelen hacerlo. No puede decir cómo se ha montado el timo porque sino el Consejo le retiraría la licencia al bar, echaría el cerrojo al local y acabaría con su negocio.

—Pero él no era el dueño.

—El dueño es el responsable de lo que hacen sus empleados. Y a los federales tampoco les gusta que intenten saltarse los impuestos de la venta de alcohol.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Si hay algo que vuelve locos a los dueños de los bares es preocuparse por perder la licencia. Les suelen pagar uno de los grandes a algún picapleitos para que les represente en una vista por algo tan sencillo como que un menor comprara tabaco en una máquina... No, no van a la pasma. Se limitan a lamerse las heridas y lo consideran una pérdida. Algunos te buscan para recuperar su dinero o joderte, pero es como intentar encontrar una aguja en un pajar.

Momo negó con la cabeza, sorprendido.

—Tío, deberías ganar un millón de dólares con un truco como ése. Es la jugada más fácil que he visto nunca.

—Sí, he ganado bastante pasta —dijo en un tono deprimido—. Pero, cuando pillo algo, al final te lo acabas quedando tú.

Aun así, se percató del respeto, incluso de una cierta intimidación, en la voz de

Momo. Suponía un cambio brusco con respecto a la actitud que tenía anteriormente hacia él y, aparentemente, lo había hecho sin acordarse de la arrogancia mostrada ayer, ni de la de aquella mañana siquiera. Consiguió que Stark despreciara aún más a su camello. Tal vez podría sacar partido de esta nueva relación, para él y quizá para Crowley.

—Es fácil —concedió Stark— pero ya lo he quemado. En los últimos dieciocho meses, ya han mordido el anzuelo unos quince bares. La voz se corre rápidamente. Intenté dar el palo hace un par de semanas en un local y el dueño me tendió una trampa para que me partieran los brazos. Dos idiotas me estaban esperando en un aparcamiento. Rajé a uno y salí corriendo. Parece ser que se la había colado antes al hermano del tipo —Stark negó con la cabeza—. Sí, ya lo he quemado. Todo lo bueno tiene un final, supongo. Tú eres el que lo tiene mejor montado. En tu negocio nunca hay vacas flacas, puedes ganar un montón de pasta si consigues la mierda suficiente. Hay más clientes de los que puedes manejar.

—Puedo conseguir el material —afirmó orgulloso Momo—, pero en Oceanview no hay más que unos cuantos yonquis. El negocio es lo bastante grande como para mantener mi hábito. Aquí no hay demasiada acción.

—Si yo tuviera tu contacto, haría mucho más que eso. Me limpiaría el culo con billetes y no viviría en un agujero asqueroso ganando una miseria. Tu chica podría llevar un visón y tú conducir un Cadillac.

Momo se frotó la cara fuertemente con la mano, como haría justo después de despertarse. Se hurgó la nariz con el dedo y resopló. Stark no podía descifrar si aquellos gestos tenían algún significado o si simplemente estaba distraído. Stark decidió ser más específico.

—En un mes, podríamos estar vendiendo cinco veces más de lo que mueves ahora. Con menos riesgos. Tendríamos una organización con otras personas al frente. Deberíamos unirnos y trabajar en algo realmente bueno para los dos. Además, supuse que este nuevo material te llegaba de algún amigo de Hawai aunque aún no se me ocurre cómo lo metes en el país.

Momo soltó una carcajada.

—Esta mierda no viene desde más lejos de La Jolla. Ya no me quedan amigos en las islas.

Por primera vez, Momo vio las posibilidades. Su hosca expresión dejó entrever las semillas de una idea. Arrugó los labios y agachó las cejas. Stark le observaba como lo haría un halcón sobrevolando un conejo. El hawaiano se lamió algo que tenía entre los dientes, lo toqueteó con el dedo y negó con la cabeza.

—Tío —dijo—, si me hubieras propuesto lo de ser socios la semana pasada me habría reído. Antes pensaba que no eras más que un montón de palabras, pura basura. Después de hoy, te tomo mucho más en serio. Deja que me piense lo de trabajar

juntos. Es sólo una idea, no me metas prisa.

—Ganaríamos un montón de dinero. Buscaría nuevos clientes por todas partes.

—Pero no creo que pueda llevarte hasta el contacto. No quiere conocer a nadie, es un tío raro. El producto tiene que llegar a través de mí, de nadie más.

—Ya —dijo Stark lentamente. Hizo una pausa y, acto seguido, le acusó—. ¿Qué pasa? ¿Es que no te fías de mí? ¿Crees que soy un chivato o que quiero levantarte el contacto?

—No, hombre. Pero tengo que protegerme. Mientras sea yo el que le proporcione el material a nuestra sociedad, no tendrás ocasión de levantarme nada. Además, el tío este se pone muy nervioso. —Extendió las manos en un gesto que pedía su comprensión—. No lo aceptará y me dejará fuera si lo intento. No quiere saber nada de estafadores, es un hombre de negocios que se lo curra e intenta forrarse. Le da miedo su propia sombra. Ni siquiera sabe que yo consumo. No necesitas conocerle, yo puedo arreglar todo lo que nos haga falta.

Momo hablaba con una sinceridad tan lastimera que Stark supo que no podía presionar más en aquel momento sin perder terreno.

—Tienes razón —dijo—. No necesito conocerle, podemos ganar dinero de todas formas.

—Está claro. Lo intentaremos a ver qué pasa. —Momo dudó y después miró a Stark a los ojos fríamente—. Pero, una cosa, a ella no la comparto.

—Venga, tío —dijo Stark al darle una palmadita a Momo en el brazo, tranquilizándolo—. Ya sé que ella es tuya.

El objeto de la advertencia de Momo no estaba en el apartamento. Según una nota garabateada, se había ido a ver una película. Momo aceptó la información con su gruñido característico. Estaba de buen humor y parloteaba con alegría sobre los quinientos dólares tan fáciles que acababa de ganar. Escuchaba atento la breve explicación del plan de Stark. Reclutarían a los traficantes en las pequeñas comunidades cercanas. Cada uno contaba, al menos, con una base de operaciones, una coctelería o una sala de billar, y un puñado de clientes enganchados. Hasta aquel momento, los yonquis tenían que desplazarse unos ochenta kilómetros o más hasta Los Angeles para comprar. Stark colocaría a un traficante en cada zona para que se encargara de los envíos al principio y a un camello para que hiciera las entregas.

—Pero ya pensaremos en los detalles más tarde —dijo Stark cuando terminaron de ponerse. Se guardó dos gramos gratis para después—. Hay muchos más detalles pero ésa es la idea principal. Ya tengo pensado a alguien que haga de camello, alguien que no pueda irse de la lengua. Dummy.

Momo soltó una gran carcajada.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Stark.

—¡Dummy! —exclamó Momo—. ¡De camello!

—No sé qué tiene de divertido —comentó Stark, irritado.

—Nada, nada. Es sólo que ya es mi camello y no te gustaría jugársela, créeme.

Stark cogió otro taxi en dirección al centro. Recostado, dormitaba por los efectos de la droga y dejó que un cigarro se consumiera hasta quemarle los dedos antes de tirarlo por la ventana. Le daba vueltas al rompecabezas de Dummy y el Hombre, se preguntaba cómo podría seguir al tipo hasta su presa. Aun así, por mucho que lo intentara, Stark no conseguía asociar a Dummy con ningún «hombre de negocios» de Oceanview, ni de ningún otro sitio. Stark repasó sus recuerdos en busca de alguna pista pero, finalmente, negó con la cabeza y aparcó el asunto hasta que tuviera más datos. El contacto seguía siendo anónimo. Sin embargo, ahora las piezas iban encajando en su lugar. Le encontraría. Y tal vez se lo entregara a Crowley. O tal vez no. La idea de una nueva red de droga empezaba a parecerle atractiva. Quizá funcionara. Quizá Crowley tendría que buscarse a otro.

Capítulo 8

Le resultó bastante fácil encontrar a Dorie Williams. La comunidad costera no tenía más que tres cines y sólo uno de ellos organizaba sesiones de tarde entre semana. No había demasiados clientes. Ella estaba sentada junto al pasillo, hacia la mitad.

Stark se detuvo a su lado, aún no le había visto. Una sonrisa malintencionada se dibujó en su cara. Se inclinó y le puso la mano firmemente sobre el hombro.

—Queremos hablar con usted en comisaría, señorita Williams —dijo en un tono frío.

Dorie se sobresaltó al escuchar las palabras y sentir el contacto de su mano. Contuvo la respiración en un acto reflejo. Stark era consciente del miedo que sintió. Soltó una carcajada cuando ella se dio la vuelta y vio a quien suponía era un policía.

—Menudo gilipollas —exclamó—. Serás imbécil, pensaba que eras un policía.

—Ha sido divertido —dijo mientras se deslizaba por delante de sus piernas y se acomodaba en el asiento contiguo. En la pantalla, John Wayne atacaba al malo.

—¿Es buena? —preguntó.

—Era horrible hasta que has llegado tú. Ahora es peor.

—Entonces, larguémonos de aquí.

—Estás loco. ¿Cómo me has encontrado?

—Recibí tu nota.

—La dejé para Momo.

—Ya, ponía su nombre pero yo sé que la dejaste para mí.

—¿La has robado?

—No.

—Estás muy seguro de ti mismo. —Levantó la voz bruscamente, sus palabras se oyeron por encima de una repentina pausa en el sonido de la pantalla. Alguien cerca de ellos les dedicó un enfadado «chst».

—Vamos —susurró Stark que se inclinó sobre ella aún más para captar el dulce aroma de su perfume y le puso una mano suavemente sobre el brazo—. Antes no tuvimos tiempo de charlar... Pero ahora sí. Quiero seguir con nuestra conversación, ¿y tú?

Dorie dudó y le miró a la cara en la oscuridad intermitente; entonces, con un suspiro de resignación, cogió el bolso. El observó con avidez el movimiento de sus anchas caderas mientras la seguía por el pasillo.

Anocheecía cuando salieron del cine. La calle principal de Oceanview estaba saturada de coches que volvían del trabajo y de currantes que intentaban terminar sus compras lo antes posible para volver a casa. Los coches atestaban las calles en una maraña de bocinas y la multitud se empujaba para entrar y salir de las tiendas. Empezaba a levantarse brisa. En la penumbra creciente, las luces de neón lanzaban

sus primeros destellos como un aura que aún no había conseguido la oscuridad necesaria para brillar. Dorie esperaba en la acera. La brisa le pegaba la falda a las piernas.

—¿Adonde vamos? —preguntó. Su voz sonaba profunda y tensa.

—El no te echará en falta durante un par de horas. Asintió despacio y bajó la mirada.

—Sí, tengo unas dos horas.

Dudaron esperando a que sus pensamientos se consolidaran. Los peatones pasaban entre ellos y se alejaban rápidamente. El tráfico de la calle peleaba para avanzar.

—Podemos tomar una copa o podemos ir a mi casa.

—Lo que tú quieras. —Lo miró. Stark no era capaz de distinguir si lo que veía era odio o rendición. La cogió del brazo y se acercaron a una parada de taxis.

En el taxi, guardaron silencio durante las primeras manzanas mientras él se preguntaba por qué la llevaba a su casa. Cuando salieron del centro, el coche aceleró.

—¿Está muy lejos? —preguntó Dorie.

—A unos diez minutos en coche.

Stark observó su perfil que se dibujaba contra un fondo en el que el sol teñido de rojo se hundía en el mar. Sus rasgos no eran duros. Había en ellos algo infantil, que aún no había sido corrompido, o, al menos, sólo a medias. No era pureza, ni tampoco maldad. No sabía qué, pero le tenía fascinado.

—No sé por qué estoy haciendo esto —dijo Dorie de repente—. No me gustas, no eres trigo limpio. Momo es un completo animal pero tú eres como una serpiente con escamas brillantes.

Hablaba con tanta tranquilidad que a Stark le resultaba imposible enfadarse. En vez de eso, se sintió sucio. Necesitaba animarla, aplacar su odio. Se le ocurrió que el humor tal vez funcionaría.

—Quizá esto sea parecido a lo que había entre Bess y Crown, ya sabes, de *Porgy & Bess*.

Capítulo 9

Stark entró en el Panamá Club de la misma forma en la que había salido la última vez, por el callejón de la parte de atrás que daba a la cocina. No lo hizo porque tuviera miedo de Crowley sino porque el club estaba más cerca que el apartamento de Momo, así que se bajó primero. No habría sido prudente que alguien le viera llegar en taxi con la mujer de Momo.

Se deslizó entre los olores de la cocina y se coló en la sala principal. Se encontró con el alboroto que provocaban las risas, el tintineo de los vasos, el sonido atronador de la música, el color y el movimiento, y con las capas flotantes del humo de los cigarrillos. Cruzó la sala con la idea de recoger el coche. Quería conducir y pensar en los problemas con Momo, Crowley, Dorie, Dummy y el gran contacto desconocido. No cabía ninguna duda de que era complicado. Quería a la chica pero ella no dejaría a esa escoria. Incluso si lo hiciera, Stark no podía permitirse despertar la ira de Momo en aquel momento. No es que le importara pero, sin él, el martillo de Pat Crowley caería sobre su cabeza y entonces no habría Dorie ni nada más excepto la cárcel durante varios años.

Se le pasó por la cabeza el esbozo de una idea con la que le levantaría a Momo no sólo la chica, sino también el gran contacto. Sólo deseaba que desapareciera la mole acechante y siempre presente del policía. Ojalá pudiera jugársela a Momo, liberarse de la presión y dejar el camino despejado con Dorie y el Hombre. Podría convertirse en un camello importante. Sería una buena forma de sacar ventaja. El dilema era cómo conseguirlo. Ojalá supiera dónde se encontraba el escondrijo de Momo.

Stark le daba vueltas a estas ideas mientras recorría por la acera la corta distancia que le separaba del familiar. Lo rodeó por detrás y sacó las llaves.

Desde la oscuridad del otro lado de la calle, vio la ráfaga de unos faros que le iluminaban. La policía. Se dio la vuelta, cegado por la luz, escuchó el sonido de las puertas de un coche al abrirse y, horrorizado, su primer pensamiento fue que llevaba heroína en el bolsillo. La sacó mientras el sonido de unos pies retumbaba cada vez más cerca. Unas siluetas uniformadas, con las pistolas desenfundadas, se le echaron encima mientras se metía el pequeño paquetito en la boca.

—Si te tragas eso, cabrón, te volaré la cabeza —bramó una voz.

Stark levantó las manos.

—¿Qué está pasando? —gritó y, aunque aterrorizado, se tragó lo que llevaba en la boca.

No se escuchó ningún disparo homicida pero un puño apareció de la oscuridad y le aplastó la mandíbula, cayó de bruceas sobre el coche y un montón de luces rojas le inundaron el cerebro. Se llevó los brazos a la cabeza y se agachó.

—¡Joder! ¿Qué coño es esto? ¿Qué está pasando?

—Yonqui de mierda —dijo la voz, furiosa—. Sé lo que has hecho, hijo de puta. Debería dispararte. Corre, joder, corre para que pueda dispararte.

—Mi madre no crio a ningún imbécil —bromeó Stark, que seguía agachado y cubriéndose con los brazos.

Se escuchó una voz algo más calmada.

—Tranquilízate. Ponle las esposas y vamos a llevárnoslo.

Unas manos ásperas le dieron la vuelta, le ataron las muñecas a la espalda con unas pulseras de acero que le apretaban, le cachearon y después le apartaron del coche con un tirón brusco de las esposas. Le empujaron hasta que llegó a trompicones al coche de policía. Una vez fuera del alcance de la luz cegadora vio que se encontraba a merced de dos toros jóvenes. Obviamente, habían estado vigilando el familiar.

Le empujaron de la cabeza para que entrara en la parte de atrás del coche patrulla y después para que se pusiera boca abajo sobre el suelo enmohecido. Cerraron la puerta de golpe y un pie le pisó con fuerza en la nuca. Tenía las piernas dobladas y apoyadas contra la puerta cerrada. Era una postura apretada y desagradable para un viaje incómodo. Aun así, su actitud no denotaba ansiedad, ni siquiera molestia. Todavía no se le había pasado el susto lo suficiente como para que esas sensaciones resultaran evidentes. Si sentía algo, era entumecimiento e indignación no dirigidos a nada ni nadie en particular sino a todo aquel lío.

En la comisaría de policía, le subieron a empujones por las escaleras de la parte de atrás. Siguiendo las indicaciones de un sargento de uniforme, le encerraron en una celda de detención: una sala sin ventanas, sin cama, y con el aire acondicionado enfriando al máximo. En un hueco del techo, tapado tras una pantalla, había un fluorescente que proyectaba su luz sobre un banco de metal atornillado a la pared y sobre una taza de váter de aluminio sin brillo que había en otra pared. Ése era todo el mobiliario.

Le quitaron las esposas y le dejaron solo. No le hizo falta echar un vistazo al espartano lugar. Ya había estado allí antes. Tampoco necesitaba saber por qué le habían cogido. No le habían hecho ninguna pregunta, lo que significaba que todo aquello eran órdenes de Crowley. El detective seguía enfadado por haberle dejado plantado por la tarde.

—Debe estar muy cabreado —murmuró Stark al darse unas palmaditas en los bolsillos en busca del arrugado paquete de Lucky que encontró en la camisa. Se sentó en el banco y fumó, se masajé las muñecas maltrechas y esperó a Crowley.

Tres cigarrillos después, el detective aún no había llegado. Stark se apoyó en la puerta y echó un vistazo a través de la pequeña ventana de cristal. Tras diez minutos de espera, vio a un detective por el pasillo. Golpeó la puerta y el hombre se acercó a la rendija.

—¿Dónde está el detective Crowley? —preguntó Stark con los labios pegados a una esquina de la puerta—. Quiero verle.

—Se ha ido a casa hace unos quince minutos —respondió el detective y se marchó.

Stark maldijo en voz baja y volvió al banco.

—Seré un puto enfermo por la mañana y él es un cerdo hijo de puta por hacerme esto.

Las primeras horas no resultaron incómodas ni tampoco sintió miedo. El polvo blanco no permitía que se manifestaran el dolor ni las preocupaciones sino que creaba la sensación de estar lejos de cualquier problema. Era consciente de la realidad de la situación pero como si todo aquello le ocurriera a otra persona, a un personaje de una película.

Debido a esta disociación, fue capaz de tomar los hechos y darles la vuelta de diferentes formas. Se tumbó en el banco con la cabeza apoyada en la chaqueta enrollada. Fumó sin parar hasta que se le terminaron los cigarros, tiraba las colillas al suelo sin prestar mucha atención para después volver a encender las más grandes y dar las últimas caladas. Mientras tanto, reflexionaba sobre cómo manejar la situación. No había duda de que aquello era un castigo y una advertencia por parte de Crowley. Tras una noche de tormento y alguna charla, le dejarían libre. Pero, del mismo modo, aquel arresto era una señal de que se le acababa el tiempo. La paciencia de Crowley estaba al límite y no se tragaría más historias ni retrasos.

Aun así, Stark no era capaz de trazar un plan definitivo. Como siempre, esperaba poder jugar sus cartas siguiendo su instinto y tomar las decisiones correctas en los momentos de crisis. De todas formas, se le escapaba incluso cualquier plan general. Sabía que quería demasiadas cosas y era incapaz de amarrarlas todas. Sería más fácil si pudiera entregar a Momo y a su contacto. Pero no conseguía hacerlo. No es que le importara el contacto aún desconocido ni su propia oscura moralidad, era sólo que, si utilizaba a su nuevo socio, podría irle mucho mejor. Un año como traficante y podría comprarse una cadena de máquinas de tabaco y un club pequeño. Incluso se quedaría con Dorie. Allí tumbado, fumaba y negaba con la cabeza.

Pasada la medianoche, comenzaron los primeros dolores de la abstinencia. Los temblores del miedo aumentaban a cada minuto para convertirse, horas después, en una agonía que borraba prácticamente todo lo demás. Los pensamientos lógicos desaparecieron. Se retorció de dolor, pataleaba, vomitaba y maldecía su estado.

Por la mañana, estaba tan débil que se puso de pie tambaleándose cuando Crowley abrió la celda. Su elegante apariencia habitual ahora se había convertido en un montón de arrugas nauseabundas. Gotas de vómito salpicado se le habían secado en los zapatos y en los bajos del pantalón. El pelo enmarañado estaba totalmente despeinado y la ropa llena de marcadas arrugas.

Se chocó contra el marco de la puerta al pasar junto al detective que tenía el aspecto feliz de quien se había dado una buena comilona matinal y que le dedicó una sonrisita al verle tan hecho polvo.

—Tienes buen aspecto esta mañana —fue el ingenioso comentario de Crowley.

—Que te den por culo —le dijo Stark con toda la rabia que pudo reunir. Se tambaleó por el pasillo estéril seguido del hombre de cara roja. Stark sabía por experiencia dónde tenía que ir, a una sala de interrogatorios insonorizada. A pesar de la agonía, el cerebro le funcionaba aunque no con la claridad de la noche anterior.

—Siéntate, amigo —le dijo Crowley al cerrar la puerta y hacerle un gesto indicando una silla detrás de una mesa totalmente vacía.

Stark se dejó caer y un repentino escalofrío le recorrió el cuerpo. No se percató del atisbo de una sonrisa en la cara de Pat Crowley. El detective le deslizó un paquete de tabaco por encima de la mesa.

—Fúmate uno.

—Me sabría como algo sacado de una alcantarilla.

—¿Es que no te encuentras bien?

—Sabes perfectamente cómo me siento —le espetó Stark en un intento de mostrar su irritación.

—Te lo has ganado, cabronazo —contrarrestó Crowley con más sarcasmo que enfado. Desde el otro lado de la mesa, le dio la vuelta a una silla y se sentó con los brazos cruzados sobre el respaldo. Stark sudaba, se retorció y bostezaba. Crowley le observaba como si estudiara algo nuevo, aunque durante toda su carrera había visto innumerables yonquis con el mono—. Debe estar muy bien para alguien como tú —continuó— soportar toda esta agonía cuando se pasa el efecto y después volver corriendo a meterte a la primera de cambio.

Stark no respondió. En el estado en el que se encontraba, lo único que quería era acabar con aquello cuanto antes.

—Bien, Stark, eres lo bastante inteligente como para saber que esto es sólo una bofetada por haberte escabullido de mí ayer.

—No podía... Tenía algo entre manos en ese momento —le interrumpió Stark.

Pat Crowley le hizo un gesto con la mano para que guardara silencio.

—No quiero escucharlo. No viniste, así que mandé a buscarte. Ahora te encuentras fatal y no me importa una mierda porque para mí no eres más que basura. Ya sabes lo que pienso de ti. De todas formas, en esta ocasión, te voy a dar otra oportunidad. Aún me resultas útil. Pero, después de esto, cuando te diga «caga», quiero que te agaches y empieces a apretar bien fuerte. ¿Entendido?

Stark tenía la cabeza colgando hacia delante pero escuchó cada palabra y asintió. Se encontraba tan mal que ni siquiera podía odiar a aquel cabrón arrogante.

Crowley hizo una pausa en su monólogo el tiempo suficiente para encenderse un

cigarro. Lanzó un chorro de humo.

—Bien, ¿qué tienes para mí? ¿Algo nuevo?

Stark negó con la cabeza.

Crowley se le quedó mirando fijamente.

—A la mierda. Voy a encerrarte y a tirar la llave. —Se levantó y empujó la silla—. Vamos al registro de entrada.

Stark contuvo un amago de vomitar.

—Espera... un segundo. No me encuentro bien. Creo que tengo algo.

—Ya puede ser bueno.

—Estoy mal, no puedo hablar —dijo Stark con voz ronca—. Dame una dosis y te lo podré contar.

Crowley se incorporó y adoptó un aire despectivo.

—Me tomas el pelo. Escupe algo que me guste y podrás volver corriendo a tu cloaca a colocarte.

Stark se estremeció y se armó de valor para intentar controlar el cuerpo que no dejaba de temblarle.

—El gran contacto está en La Jolla. Pensaba que la mierda le llegaba de Hawai pero es un agente local.

Los ojos azules de Crowley brillaban llenos de interés.

—Eso no es suficiente para recuperar tu libertad. Dame algo más. ¿Quién es el contacto? ¿Dónde esconde Momo el material?

Stark negó con la cabeza.

—No lo sé.

Crowley parecía disgustado.

—No estás progresando demasiado. Tal vez debería dejar que Dummy se enterara de que se la intentas jugar a Momo.

—Me ha aceptado como socio. Me enteraré de más detalles sobre quién es el contacto. Momo me lo piensa presentar pero eso tal vez lleve un par de días. El Hombre es muy precavido. Me tienes de rodillas, joder... Afloja un poco.

De repente, Stark sufrió un espasmo que le sacudió todo el cuerpo, le castañetearon hasta los dientes. Aunque lo peor pasó en unos segundos, seguía agitándose visiblemente.

—Tengo un plan —jadeó—. Dame algo para que pueda contártelo. Así no puedo hablar, joder.

Crowley tiró al suelo descuidadamente el cigarro consumido y lo apagó con el talón mientras digería la información, tranquilo.

—No tenemos nada para los yonquis enfermos. Dejaré que te busques tú algo. Márchate y llámame esta tarde o te quitaré el vicio en una celda.

Crowley habló con tanto énfasis que casi se le salen los ojos.

Stark asintió una vez con un movimiento brusco.

—¿Dónde está mi coche?

—Sigue en la calle. No tenía pensado que te quedaras aquí dentro así que no lo movimos. Un coche patrulla puede llevarte.

—No, sólo búscame un taxi.

—Como tú quieras. Espera aquí mientras lo arreglo todo ahí abajo.

Crowley salió y dejó la puerta entreabierta. Stark se movió solo una vez para inclinarse a un lado y vomitar los últimos restos de bilis que le quedaban en el estómago destrozado. Esperó en un estupor silencioso, no podía pensar en nada más allá del próximo chute. Se sentía morir. Muchas veces se había dicho que no era ningún yonqui, que sólo le gustaba ponerse de vez en cuando. Aquella noche en la celda le había demostrado lo contrario. Tendría que empezar a cortarse.

Capítulo 10

Fue sólo cuestión de suerte que Stark no sufriera varios accidentes mientras conducía como un loco desde el Panamá Club hasta casa de Momo. Se saltó un semáforo en rojo que ni siquiera vio. Un camión de dos toneladas clavó los frenos y dio un volantazo para evitar chocar con él y fue embestido por el coche que le seguía. Stark siguió adelante haciendo caso omiso de todo, zigzagueando entre el tráfico, tocando la bocina en numerosas ocasiones y maldiciendo a los conductores más lentos.

En casa de Momo, se olvidó de sus precauciones habituales y aparcó directamente frente a la puerta. Salió del coche como pudo y corrió escaleras arriba sin disminuir el ritmo aun cuando le sobrevinieron las arcadas y el estómago se le dio la vuelta.

Al llegar a la puerta, la golpeó y se apoyó sin fuerzas contra el marco sin dejar de llamar, como si le estuviera dando un infarto. No hubo respuesta. Stark esperó menos de un minuto para agacharse y mirar por la cerradura. Estaba tapada por una llave desde dentro. Llamó más fuerte.

—¡Momo! ¡Dorie! Abridme. ¡Me estoy muriendo! Sé que estáis ahí.

—¿Quién es? —preguntó Momo.

Por la voz, Stark supo que estaba justo detrás de la puerta, sonaba chillón y tenso.

—Ernie Stark.

Hubo otra pausa.

—¿Estás solo? —preguntó de nuevo.

—No, estoy con tu madre. Por el amor de Dios, ábreme. Me encuentro mal, tío, ¡muy mal!

—Espera un momento.

Stark maldijo en silencio. Desde dentro, escuchó el sonido amortiguado de movimiento. Pasaron segundos que le parecieron horas. Levantó la mano para llamar de nuevo justo cuando giraron la llave. La cara de Momo apareció tras la cadena con los ojos abiertos como platos mientras estudiaba el pasillo detrás de Stark. Abrió la cadena y se coló dentro inclinado ligeramente hacia delante por los calambres en el estómago.

—Necesito meterme —dijo.

Momo volvió a cerrar la puerta pero no se movió de allí ni habló. Stark percibió el silencio y se quedó perplejo. Miró a su alrededor en busca de Dorie. Ella no estaba en la habitación pero, en un rincón detrás de la puerta, vio de pie a Dummy, impecable con su elegante ropa de seda italiana y una enorme 45 colgando de la mano. La cara del mudo se mostraba inescrutable, como siempre.

—¿Qué es esto? —preguntó Stark con una mezcla de miedo y dolor—. ¿A qué viene la pipa?

Momo se apartó de la puerta.

—No sabíamos quién era. Nos has asustado con tanto escándalo, sonaba como una redada de la policía. —Le hizo un gesto a Dummy para que dejara su posición y después se giró hacia la puerta cerrada del baño—. Dorie, no pasa nada, ya puedes salir.

Dorie Williams apareció con una caja de zapatos sin tapa en las manos. Pudo ver el contenido por encima del borde: varios paquetitos de caballo. Obviamente, la habían mandado al lavabo para que lo tirara todo por el retrete si el escándalo de la puerta resultaba ser la policía. ¿Dummy acababa de hacer una entrega?

—Prepárame una dosis —le rogó al tiempo que se acercaba a la cama y se dejaba caer.

Se encontraba demasiado mal como para darse cuenta de que nadie se movía. Momo y Dummy seguían de pie uno al lado del otro, observándole, Dorie se perdió al fondo.

—¿Dónde has estado? —preguntó Momo. Stark levantó la cabeza, vio sus expresiones duras y se apoyó en el codo.

—He estado en comisaría. Sabes perfectamente dónde he estado.

—No han presentado cargos —dijo Momo, con desconfianza—. Dummy vio cómo te pegaban y uno de mis hombres llamó a la cárcel.

Stark analizó sus caras, frías, y los ojos asustados de Dorie. Sonrió de forma sarcástica ante el arma en la mano de Dummy.

—¿Qué coño te pasa, Momo?

—Quiero saber por qué te han soltado tan rápido.

—He delatado a tu madre. Se la van a llevar a Alcatraz... No seas estúpido, hombre. Estás actuando como un principiante, sabes que no soy ningún soplón. Me han soltado porque no tenían nada contra mí. Fue sólo una provocación. Me tragué la última papelina antes de que me pillaran. No tenían ninguna prueba pero se me llevaron de todas formas.

—No les has hablado de mí, de nosotros, ¿verdad?

—Joder, hombre, te lo contaré todo cuando me haya puesto. Me siento demasiado mal como para hablar.

De repente, tembló, como para demostrar lo que acababa de decir.

Momo parpadeó, perplejo ante la repentina oleada de información. Sin embargo, consiguió mantenerse en sus trece.

—Quiero que me cuentes algo ahora mismo.

—Pensaban que si pasaba toda la noche con el mono, hablaría. No lo hice así que dejaron que me fuera. Que yo sepa, no han venido aquí, ¿o sí?

Momo asintió, satisfecho. Tocó el brazo del mudo y le hizo un gesto para que dejara el arma que desapareció en una pistolera que llevaba en el hombro. Dummy indicó a Momo que le siguiera a un rincón de la habitación donde sacó una libreta y

le garabateó un mensaje. El hawaiano lo leyó y asintió. Dummy gesticuló que se marchaba, miró duramente a Stark, ignoró a la chica y se largó.

—Si no tuviera el estómago vacío, vomitaría sobre la cama —dijo Stark—. ¿Qué coño piensas hacer?

—Lo siento, tío. Dorie, saca algo de material, tenemos que darle a mi socio un poco de medicina.

Minutos después, Dorie y Stark se quedaron solos en el baño. Le preparó la dosis. No hablaron hasta que él se hubo sacado la aguja del cuerpo de un tirón. Las nauseas desaparecieron tan rápido que casi parecía que nunca hubieran existido.

Se estiró, arrugó la nariz al percibir su propio olor y echó un vistazo a Dorie. Apenas le había mirado desde que entró en el apartamento.

—¿Qué pasa, nena? —susurró—. ¿A qué viene ese menosprecio? Pensaba que tú y yo...

—No me ha gustado verte tan hecho polvo, tan débil. Me ha hecho sentir mal. No me gusta ver sufrir a nadie.

—El mundo sufre, nena. Todo el puto mundo lo pasa mal. Es una selva llena de leones, zorros y serpientes. Yo soy todo eso cuando la ocasión así lo requiere. Mira cómo he manejado a esos dos ahí dentro, los apago y los enciendo como a la luz. Hablaba con tanto desprecio que provocó que una oleada de enfado cruzara la cara de ella.

—Siempre serás un timador pero Dummy no se ha tragado tu historia, ¿no te has dado cuenta? —le dijo—. Y pensar que me he sentido mal por ti.

Le dio la espalda. Rápidamente, se acercó a ella y la cogió del brazo para impedir que se fuera al tiempo que se inclinaba más para susurrarle.

—Escúchame. A ver si lo entiendes de una puta vez, soy un solitario. Mi viejo era un yonqui y yo llevo en esta vida desde que puedo recordar. Tú eres una recién llegada y aún llevas tu educación religiosa a cuestas. No sabes de qué va esta vida vertiginosa, nunca has conocido a nadie como yo pero yo tampoco he conocido nunca a nadie como tú. Te haré daño —añadió en voz baja—. Me gustaría poder confiar en ti, no sé por qué. —Se sonrojó y fue incapaz de decir nada más.

La expresión de Dorie reflejaba su propia confusión. La punzada de deseo en sus palabras, tan inesperada, la avergonzó. No pudo responder, no quiso responder, así que, en vez de eso, volvió a la otra habitación. Stark, que controlaba de nuevo sus sentimientos, la siguió.

Momo había colocado una gran plancha de vidrio sobre la cama. Amontonada sobre la superficie, había treinta gramos de heroína, acercaba con destreza cápsulas vacías al montón para llenarlas. A su lado había una caja de globos naranja. Cada vez que llenaba veinte cápsulas, las metía en un globo al que hacía un nudo en el extremo. Ojalá Crowley pudiera ver aquel espectáculo.

—¿Te has metido un buen pico? —preguntó.

—Sí, uno de puta madre. Hasta se me ha quitado el dolor donde me dieron los polis.

Momo, satisfecho, asintió con un gesto seco y señaló el material sobre la cama.

—Ayúdame a meter todo esto, quiero terminar rápido.

—¿Tienes prisa?

—Sí, tengo que ir hasta Malibú.

—Eso ya es mucha clase.

—Tengo un buen cliente allí.

—Es un territorio de demasiado nivel para un drogata y está lejos de tu campo de acción.

Momo pasó la mano sobre las cápsulas.

—Venga, ayúdame.

Stark acercó una silla y empezó a llenar las cápsulas.

—De hecho —se le ocurrió comentar después—, Malibú tiene tanta clase que no debería llamar al tío drogata. Es un adicto, el pobre diablo. —Stark sonrió ante su broma.

—Paga el doble del precio habitual —le explicó Momo—. Por eso me molesto en hacer el viaje.

—Eso está bien. Igual deberías cortar un poco esta mierda. El tío ni se enterará.

Dorie rodeó la cama y empezó a meter las cápsulas llenas en los globos.

—Haces que me sienta mal con toda esa mierda de sacarme la pistola como si dudarás de nuestra sociedad —dijo.

—Es Dummy. Estaba tan frenético que me estuvo dando la paliza. No dejaba de negar con la cabeza y de hacer esos ruidos tan raros. No le gustas, no confía en ti y dice que yo tampoco debería. Si yo fuera tú, tendría cuidado con él. ¿Se puede saber qué coño le has hecho?

De repente, Stark entrecerró los ojos y levantó una mano que dejó quieta, suspendida en el aire, justo delante de ellos.

—¿Me tomas el pelo? Le conozco desde hace mucho tiempo. Estuvimos juntos en la misma cárcel. Todo el mundo le tenía miedo en el talego, su reputación era de lo peor. Intenté llevarme bien con él pero no resultó.

Momo se encogió de hombros.

—Y yo qué sé. Algo le pasa, creo que está mal de la cabeza. Apuñaló a un tío en la cárcel —añadió Stark.

—¿En serio hizo eso? —preguntó Dorie.

—Por supuesto. ¿Cómo sino iba a ganarse una reputación en la trena? Los estafadores dejan en paz a los chalados.

—Olvídalo —dijo Momo—. Intenta no cruzarte en su camino.

—Debería matarle por pensar que se la jugaría a mi socio —murmuró Stark en un tono despiadado y directo.

—Tranquilízate, hombre, no es nada. Estás bien conmigo sino no serías mi socio. El es sólo un mensajero.

Stark asintió con un gesto que indicaba que aceptaba de mala gana el consejo aunque sólo amenazó con matarle para causar impresión.

—Olvídate de Dummy y busca traficantes. Cuanto antes nos movamos, antes ganaremos dinero.

—Iré a Santa Ana esta tarde mientras tú no estás.

Cuando tuvieron quince globos llenos de cápsulas, Momo les detuvo, recogió todo y lo colocó con cuidado de vuelta en la caja de zapatos.

—Tengo que irme ya.

Lo dijo de forma que Stark supiera que también debía marcharse.

—Dame un par de gramos —dijo—. Uno para mí y otro de muestra.

Momo le tiró tres globos llenos. Se puso el abrigo y le dijo a Dorie que no se marchara y que tuviera la puerta bien cerrada. El comentario sobre la puerta se refería a Stark.

Los dos hombres salieron juntos y se separaron en la acera. Quedaron en encontrarse en el Panamá Club por la noche.

Condujo unas cuantas manzanas y se detuvo en una estación de servicio. Mientras el dependiente le llenaba el depósito, Stark se acercó a una cabina. Se quedó mirando el aparato negro durante medio minuto y después, con determinación, metió una moneda y llamó a la comisaría. Preguntó por Pat Crowley y le pasaron con él.

—Estaba esperando esta llamada —le soltó Crowley antes de que le diera tiempo de nada aparte de anunciarse—. Trae tu culo aquí.

—Estaré allí en diez minutos después de que me escuches. Pero, si voy, no conseguirás nada bueno. Tengo una pistola apuntándome. La historia de ayer casi consigue que me vuelen las tripas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Crowley, desconfiado.

—Dummy se cree muy listo. Me clavó un arma en el estómago porque alguien sospechó de la noche que pasé en comisaría sin ningún cargo. Conseguí convencerles de que no pasaba nada pero no tentemos a la suerte. Tengo a Dummy pegado al culo, debe sospechar algo. Está claro que es la seguridad del Hombre.

—Interesante. Ten cuidado, muerto no me sirves de nada.

—Ya, gracias. Yo también sé lo que pasará, no me creas si no quieres. Ya te lo he dicho, sólo iré allí si me obligas pero, si lo haces, estarás intentando que me maten.

Los labios de Crowley chocaron contra el auricular.

—Mmm, vale, esta vez te sales con la tuya. No quiero cargar con tu muerte en mi conciencia.

—Gracias, amigo. Ah, y otra cosa. Todo este rollo me ha cortado las alas. No quiero presionar a Momo sobre el contacto durante un tiempo. No sospechará de mí a menos que le dé un motivo a su pequeño cerebro. De momento, cree que quiero levantarlo a la parienta pero centrará su atención en el contacto si le caliento demasiado la cabeza.

—Quieres decir que la has cagado, ¿no?

—No, quiero decir que tengo que ir despacio.

—¿Cómo de despacio?

—Unos días, una semana máximo. ¿Cómo coño voy a saberlo? Hasta que confíe en mí del todo.

—¿Qué tengo que perder? —pensó Crowley en voz alta—. Siempre puedo emitir una orden de busca y captura sobre ti y ya me he tragado tantas de tus historias que una más no me hará daño. Pero mantenme al tanto para que no me vuelva paranoico y tenga que mandar a buscarte otra vez. La próxima, la cura de desintoxicación incluirá un largo descanso.

Stark salió de la cabina, débil y aliviado. Se detuvo a encenderse un cigarro y consideró la situación. No tenía planes de salir del apartamento más que para llamar por teléfono y el repentino alivio de presión le dejó sin nada que hacer. Se había sentido como un hombre arrastrado hacia la orilla por una ola gigante luchando por respirar sin preocuparse por ninguna otra cosa más allá. De repente, Crowley le había lanzado un salvavidas. La ola volvería para atraparlo pero, mientras tanto, podía respirar, trazar un plan y actuar.

Le dio una larga calada al cigarro y casi se sintió mareado. Una vez aliviado se dio cuenta de lo tremenda que había sido la presión. Ganó una batalla, salió fortalecido, esquivó los golpes y jugó todas sus cartas con éxito. La arrogancia recorría todo su cuerpo. Ahora su único problema podría ser Dummy.

—Eres un gordo imbécil, poli —murmuró. Tiró el cigarrillo en un gesto desafiante contra la rueda de un automóvil que pasaba. La colilla provocó una pequeña explosión de chispas naranjas. Echó a andar de forma arrogante hacia el coche. Decidió hacer lo que le había prometido a Momo: conducir más de sesenta kilómetros hasta Santa Ana a buscar a alguien que pasara droga. Era lo que quería el hawaiano. El plan de organización seguiría adelante incluso si le pasaba algo al socio. Montar una buena red podía ofrecerle numerosas posibilidades. En vez de entregarle el Hombre al poli, se desharía de su socio cuando llegara el momento justo diciéndole a Crowley dónde guardaba el material.

—El pobre hawaiano —se dijo sin lástima y deseó tener a alguien que apreciara sus intrigas.

Capítulo 11

El familiar dejó una nube de polvo bajo el sol de la tarde. Stark condujo despacio por la carretera sin asfaltar mientras comparaba los números borrados de las casas con los de su agenda. La calle sin salida, que llevaba a un naranjal, estaba en las afueras de Santa Ana. Aunque las casas que dejó atrás no eran demasiado viejas, la construcción barata y los perezosos residentes habían causado un rápido deterioro. No había ni aceras ni farolas y la capa original de grava se había desgastado con el tiempo y ahora sólo quedaba el polvo que se levantaba al pasar.

Hacia el final de la manzana, Stark encontró la dirección. El bungalow blanco de estuco, situado bastante al fondo, estaba más descuidado que los vecinos. La pintura estaba cubierta de manchas rojizas y la puerta mosquitera rajada y combada. Lo que en un principio fue un gran césped delantero ahora estaba tan crecido y las malas hierbas tan altas que parecía una parcela desierta. Un automóvil abandonado y hecho polvo, con las entrañas sacadas, descansaba solitario sobre unos bloques en la esquina. En el camino de entrada, un chiquillo sin camiseta y con unos Levi's grasientos trabajaba en un deportivo con la capota abierta. Se giró para observar sin expresión alguna el familiar destartado.

Stark se deslizó del asiento delantero hacia la ventana a la espera de algún recibimiento. No obtuvo ninguno así que abrió la puerta y bajó. El muchacho delgado y cubierto de pecas avanzó unos pasos.

—¿Qué quieres, tío? —preguntó el chico con tono y gestos provocadores.

Stark sonrió para intentar disipar las sospechas.

—Estoy buscando a tu hermano. Bueno, creo que es tu hermano, te pareces a él. Alfie.

—Sí, ya. ¿Quién eres?

—Ni un agente de la condicional ni de la pasma.

Antes de que el chico pudiera responder, la puerta mosquitera chirrió al abrirse y apareció la cabeza de una mujer despeinada con expresión dura que llevaba un pañuelo rojo como cinta de pelo.

—¿Quién es ése, Clyde? —le preguntó.

—Un tío que pregunta por Alfie, mamá.

—Un amigo suyo —añadió Stark.

—Si eres poli —gritó—, no está aquí y tampoco lo estará después.

—No sabrá dónde puedo encontrarle, ¿no, señora? —preguntó Stark con un acento sureño que esperaba hiciera desaparecer la hostilidad—. ¿Tengo pinta de ser de la pasma?

—Debería estar en la cárcel pero seguramente estará en algún antro de mala muerte con otros yonquis, como tú. Será mejor que te largues de aquí o llamaré a la

poli.

—Yo no soy ningún yonqui, pero todo se andará.

—Seas lo que seas, seguro que no traes nada bueno.

Ya se estaba dando la vuelta para marcharse. Clyde se le acercó aún más y habló de forma que su madre no pudiera ni verle ni escucharle.

—Será mejor que te pires antes de que llame a la poli. Al-fie estará en el Pit Stop.

—¿Y eso qué es?

—Un bar de carretera a unos tres kilómetros de aquí. Si le ves, dile que estaré allí esta noche.

—Se lo diré, gracias.

Condujo tres kilómetros fuera de la ciudad, dirección Los Angeles, y encontró el bar. Sólo había cuatro coches en el aparcamiento de la parte delantera del soso edificio que había sido diseñado para otra cosa diferente de un local nocturno. Era feo, gris y sucio, las amplias ventanas que tuvo en un principio habían sido pintadas. En el arcén de la carretera, había un cartel de neón azul. Otro más grande sobresalía del tejado. Los dos rezaban: PIT STOP, CÓCTELES, MÚSICA. Un letrero colgaba de la parte delantera del edificio y anunciaba que el grupo de Arnold Hunter tocaba allí tres noches a la semana.

Stark sabía cuál era el tipo de entretenimiento que se podía encontrar allí al caer la noche. Lugares como aquel brotaban como setas en las carreteras de las afueras de las ciudades y proporcionaban un servicio rápido, vulgar y poco exigente.

Se bajó y cruzó la pesada puerta. El interior era oscuro, frío. Las mesas estaban acordonadas pero la larga barra seguía abierta aunque sólo había tres clientes, dos mujeres jóvenes vestidas de forma demasiado elegante para el día, sobre todo con aquel tiempo tan caluroso y en el entorno rural, y un joven delgado con una camisa blanca vaporosa tan suave que resultaba casi femenina. Llevaba el pelo color arena corto como un universitario y saboreaba un Tom Collins. Stark se le acercó.

—Alfie.

El joven se dio la vuelta. Iba perfectamente afeitado y tenía la tez morena y llena de pecas. Los ojos verdes eran claros y rebosantes de vida. Rondaba la veintena. Sonrió ampliamente dejando a la vista unos dientes perfectos y blancos como perlas.

—¡Ernie Stark, qué pasa, cabronazo! ¿Dónde están los diez dólares que te dejé?

Se rio.

—Tío, la ley de prescripción se impone sobre esa deuda.

Se dieron un apretón de manos. Se sentó en el taburete de al lado y se pidió un Tom Collins para acompañar a Alfie. El camarero se alejó para prepararlo.

—Olvídate de esa calderilla —dijo el joven—. En la cárcel, aprendí eso y más de ti. No pensaba que volvería a verte.

Stark levantó un hombro.

—En los bajos fondos, nunca se sabe.

—¿Qué te trae por aquí?

—Te estaba buscando.

La cara inmaculada de Alfie se arrugó.

—¿Cómo me has encontrado?

—Por tu hermano pequeño, me pasé por tu casa y me dio esta dirección. Por cierto, me dijo que te avisara de que vendría.

—Querrá algo de hierba. Has tenido suerte de que estuviera allí, mi madre no habría soltado prenda.

—Ella quería llamar a la pasma.

Alfie soltó una carcajada, negó con la cabeza y se puso serio.

—Entonces, ¿qué te trae por aquí? ¿Es que te están buscando?

—No, tengo una proposición que hacerte. Parece que te va bien.

—Me enseñaste algunas cosas. Tengo a una tía por ahí con algunos chanchullos y yo soy el camarero por la noche. No es que esté forrado pero la poli me deja en paz y el Thunderbird de ahí fuera es mío. Bueno, mío y del Bank of America.

—¿Te metes?

Alfie le dio unas vueltas a su bebida y se quedó mirando el vaso.

—A veces, pero no estoy enganchado. ¿Por qué? ¿Tienes algo?

—Si quieres un chute. ¿Dónde podemos prepararlo?

—En el baño de detrás, tengo el instrumental.

El camarero le trajo su cóctel y cuando Stark hizo ademán de pagar, Alfie le indicó que lo dejara estar.

—Apúntamelo —le dijo Alfie al camarero.

—Gracias, chico —comentó Stark.

—No es nada. Además —Alfie sonrió—, yo te invito a un trago y tú me invitas a un chute. Salgo ganando.

Stark dio un trago al dulce cóctel.

—No está mal pero seguro que sabe mejor después de un buen viaje. Vamos a ponernos.

—Alguien está enganchado —dijo Alfie al bajarse del taburete. Cruzaron el bar en dirección a la parte de atrás.

—¿Cuántos yonquis hay en Santa Ana? —preguntó Stark.

—Enganchados, unos nueve o diez. Unos quince o veinte más se meten de vez en cuando.

—¿Les conoces?

—A la mayoría, supongo.

Abrió la puerta del lavabo de hombres y echó el pestillo cuando estuvieron dentro. Sacó un equipo envuelto en un pañuelo de debajo del lavabo. Dejaron de

hablar hasta que se hubieron vaciado la jeringuilla en las venas. Alfie frotó el jabón con la punta del dedo índice y se masajeó con cuidado el punto rojo del pinchazo.

—Esta mierda es muy buena —dijo con voz ronca y se quedó mirando a Stark con ojos vidriosos—. Entonces, ¿qué te traes entre manos?

—Volvamos fuera.

Alfie escondió el equipo en el mismo sitio y los dos hombres volvieron a la sombría sala principal. Las chicas se habían marchado y el camarero les dedicó una mirada de desaprobación a ellos dos. Suponía lo que habían hecho pero no era asunto suyo, así que se mantuvo al margen.

El líquido helado le supo especialmente bien en la boca seca. Alfie estaba esperando. Los hombres acercaron la cabeza y Stark le contó el plan entre susurros. La cara típicamente americana del joven adoptó una expresión dura mientras escuchaba; los ojos verde azulados le centelleaban con la cruda intensidad del cazador mientras seguía cada palabra que se pronunciaba. Aun así, no rebosaba entusiasmo, su interés parecía remoto. Stark captó las reservas de su actitud e hizo una pausa en el discurso.

—¿Qué pasa, tío? ¿Es que no te interesa participar? Si no quieres, encontraré a alguien más que quiera ganarse una pasta y que además tendrá siempre a mano para meterse. Es un buen trato. El suministro será continuo y habrá un camello que se encargue de las entregas.

Alfie negó con la cabeza.

—No es eso. Me metería en este asunto pero es que no creo que puedas mover una cantidad suficiente como para que merezca la pena.

—¿Por qué no? Hay diez drogas que comprarían de continuo y eso supone unos doscientos o trescientos brutos al día. Los otros que picotean acabarán enganchándose si pueden conseguir la mierda de seguido. Ya sabes cómo va esto.

—Es que el suministro ya es continuo.

—¿Alguien más está pasando?

Alfie asintió.

—No es nadie de por aquí. Es uno de esos traficantes mexicanos de altos vuelos al que se le ocurrió la misma idea que a ti. Tiene a un tío que hace la ronda todos los días, y no sólo en Santa Ana, va a todos los pueblecitos de los alrededores. He oído que trae cargamentos de material.

—Hijo de puta —maldijo Stark.

—El caballo no es tan bueno como el tuyo pero la mayoría de los clientes fijos son también mexicanos y prefieren comprarle a uno de los suyos. No hay bastantes clientes para los dos.

El ánimo de Stark se quedó por los suelos. Al definir su juego, se había vendido. Sus propias palabras le habían hecho volar la imaginación. Ahora se encontraba con

un problema mayor, un competidor. En silencio, se quedó mirando al vacío.

—Joder, menuda mierda —dijo.

Dio una profunda y violenta calada al cigarrillo, echó el humo en un fino chorro como expresión de su enfado y después aplastó la colilla y dejó que chisporroteara en lo que quedaba de su copa. Frunció el ceño y la expresión se le oscureció.

—Joder, ahora tengo que preocuparme también por los putos mexicanos —espetó, frustrado.

—Ya, es una putada —dijo Alfie que se encogió de hombros—. Ya me gustaría levantarme unos cientos a la semana. Sería de lo más fácil, la pasma no se preocupa tanto por las drogas en esta zona.

—Ojalá pudiera decir eso de Oceanview. —Stark pensó en la papada de Crowley. Sabía que no le quedaba mucho tiempo para que la policía volviera a echársele encima con todo. Hizo un gesto de dolor sólo de pensarlo. La seguridad que había sentido mientras conducía camino de Santa Ana se había desvanecido a pesar del chute que se acababa de meter. Su dependencia crecía.

—Tío —dijo—, tengo un material de primera pero no puedo introducirlo en el mercado. Y encima estoy rodeado de putos chicanos. No me van los lloriqueos pero... ¡Joder, tío! Ni te imaginas las historias que he tenido.

—Si necesitas pasta, te puedo dar unos cincuenta. Ya sé que no me los vas a devolver, pero me lo puedo permitir.

—No, no necesito dinero. Necesito que Dios me sonría o algo así.

—No tengo contactos en el cielo. —Alfie sonrió pero en seguida se puso serio y negó con la cabeza—. No sé qué decirte. Me imagino cómo te sientes, sentado sobre una mina de oro sin poder sacarlo.

—Mi socio parece mexicano pero no habla español. Es hawaiano. Igual le comprarían a él si... —No acabó la frase, su mente se centró en la situación de Momo y Dorie. Cualquier sentimiento fuerte por una mujer en su mundo era una señal de debilidad. Drogadictos, ladrones y chulos se reirían y le ridiculizarían. De hecho, a Stark le costaba reconocer, incluso a sí mismo, que cada vez estaba más enganchado a Dorie. Le molestaba tenerla siempre tan presente en la cabeza. Dejó de lado el problema e intentó hablar de otros asuntos.

—¿Has visto a alguien de la trena?

—A un par de paletos —respondió Alfie—. Aquel viejo falsificador de cheques, Martin, merodea por aquí en busca de mujeres jóvenes. Mi chica le ha desplumado un par de veces.

Alfie se quedó mirando el vaso, toqueteándolo, pretendía llamar la atención del camarero. Entonces, de repente, se animó.

—Oye, ¿te acuerdas de esos dos chicos de la última celda?

Stark rebuscó en su memoria.

—Johnson y Kleger. Sí, me acuerdo.

—Se pasaron por aquí un par de veces. Iban armados hasta los dientes. Estaban atracando por todo el estado, desde Sacramento a San Diego. Se liaron a tiros en un mercado en Stockton. Son unos niñatos pero tienen un montón de pasta y unas pistolas enormes colgadas de una funda en el hombro. Se pasearon por aquí como si fueran Dillinger pero se tomaron dos copas cada uno y ya no se tenían en pie. Mi chica se tiró a uno por cien pesos.

—Tienen una esperanza de vida muy corta.

—Sólo buscan la pasta, están viviendo la vida.

—Eso está bien —dijo Stark en tono de desprecio—. Acumularán recuerdos durante los años que sigan así. Cuando les pillen, si no la palman antes, tendrán que despedirse de todo eso durante el tiempo que pasen a la sombra.

El entusiasmo de Alfie se desvaneció ante la cruda respuesta de Stark. El más joven llamó al camarero y señaló el vaso.

—Sí, esos imbéciles están condenados —murmuró—. Se esconden en un agujero llamado Rendezvous Motel, enfrente de Disneyland. Me llamaron para que les pillara algo de hierba y se la llevara. Pasé. Tío, no me haría gracia estar cerca de ellos y que me pillara en medio un tiroteo con la poli. No es mi estilo. Esos pistoleros están locos.

Stark asintió con la cabeza.

—Sé a qué te refieres. Hoy en día, el secreto de los bajos fondos es sobrevivir y no llamar demasiado la atención. Las escenas de robos a lo grande y tiroteos son cosa de los años treinta.

La conversación murió de muerte natural, cada uno divagó por su cuenta.

Se terminó otra copa y se excusó. Intercambiaron sus números de teléfono, Alfie le dio el de un apartamento y Stark el del Panamá Club.

—Si pones algo en marcha, llámame —dijo Alfie—. Quiero ganar lo suficiente para comprarme mi propio bar y jubilarme.

—¿A los veintiocho?

—Es la mejor edad.

—Puede que consiga algo. ¿Puedes organizar un encuentro con el camello mexicano local? Te llamaré.

—Avísame un par de horas antes.

Stark se levantó y se despidió con un gesto. Alfie guardó silencio.

—Ten cuidado con las sobredosis —le dijo, sonriente.

Stark apretó el bíceps en un gesto de camaradería, le guiñó el ojo y salió fuera donde parpadeó ante la furia amarillenta del sol del sur de California.

La autopista era un torrente de vehículos, un montón de veloces proyectiles automovilísticos que dejaban atrás a los implacables camiones. Se sumó a aquella

riada pero el familiar se quedó en el carril lento tras un autobús escolar que llevaba a casa a un grupo de escandalosos estudiantes de instituto.

En la radio, retransmitían el partido de los Dodgers y Stark lo escuchaba prestando atención a medias mientras sopesaba su dilema. No era preocupación lo que sentía sino más bien un enfado perseverante. Se veía a sí mismo como un hombre que se enfrentaba a varios oponentes a la misma vez, incapaz de tomarse el tiempo suficiente para rematarlos.

Sorprendentemente, la idea se le ocurrió de manera inesperada. En un momento, diseñó todo un plan que mejoró tras estudiarlo detenidamente y modificar y añadir algunos detalles. Era un movimiento maestro para asestarle el golpe de gracia a Crowley, utilizar la red mexicana y allanar el camino para jugársela a Momo. Se le ocurrió como una idea certera a la par que desternillante. Soltó una carcajada. Se reía con tantas ganas que casi no vio que el autobús que circulaba delante de él se detenía. Pisó el freno a fondo y dio un volantazo para evitar estrellarse. Aquella crisis le tranquilizó momentáneamente pero, cuando el tráfico volvió a circular, se sonrió ante la belleza de su plan.

Echó un vistazo al reloj y vio que aún tenía tiempo para llegar a Los Ángeles. Buscó la primera ocasión para dar la vuelta. Todo el camino lo pasó nervioso y exaltado.

Capítulo 12

El hombre de fuerte constitución, ojos de color azul pizarra y nariz plana como la de un antiguo boxeador profesional estaba sentado tras una mesa abarrotada; le escuchaba atentamente mientras toqueteaba de forma despreocupada una pipa de espuma de mar apagada. Gran parte de la pared a su espalda estaba cubierta por un mapa del sur de California. Era el jefe de narcóticos de la policía de la región.

Stark le soltó la historia y la proposición en un murmullo continuo acompañado de gestos de preocupación con las manos y una actitud temerosa. Se comportaba de manera quejumbrosa y servil, sin levantar la mirada, aunque su mente seguía afilada como una cuchilla. Cuando se quedó sin palabras, el hombre tras la mesa levantó una mano para que se contuviera. Se hizo el silencio. El oficial reflexionó sobre lo que acababa de escuchar con el ceño fruncido.

—Interesante —dijo—. Es razonable pero también tremendamente extraño. Vienes aquí a tenderle una trampa a alguien porque el teniente Crowley hizo un trato que no puedes cumplir.

—Es la verdad, agente Wilson. Puedo ayudarte pero no puedo conseguir lo que él quiere. A él no le interesa la zona este de Los Ángeles ni Santa Ana. No es su territorio, pero sí el tuyo. Si puedo salir de este lío, enderezaré mi vida.

Wilson resopló.

—A mí no me vengas con esa mierda, lo único que quieres es no estar a la sombra. —Wilson volvió a darle vueltas a la cabeza con la cara arrugada. Stark sintió la espinita de una duda y observó al hombre en busca de alguna señal. Finalmente, éste tomó una decisión—. No tengo nada que perder. Has venido aquí tú solito. No puedo decirle a Crowley lo que tiene que hacer pero sí puedo hablar con Pat y estará de acuerdo conmigo, estoy seguro. Ya había oído hablar de esta operación de entrega, es bastante grande. Las ciudades pequeñas no tienen equipo de narcóticos así que es cosa mía.

—Quiero hacer esto —dijo, y no mentía.

—¿Estás seguro de que puedes hacerlo?

—Por eso he venido. Te he contado la verdad, ¿no?

El agente Wilson asintió despacio.

—Sí, eso es verdad. ¿Cuánto tardarás en organizarlo todo?

—Como ya te he dicho, lo haré a mi manera. Mañana podré conseguir el camello pero tendremos que esperar unos días más hasta que pueda llegar hasta su jefe. Entonces prepararé algo como una entrega importante y podréis pillarle.

El agente rellenó la pipa con tabaco lentamente, sin pestañear ni apartar los ojos de Stark mientras tanto. No habló hasta que hubo terminado de encender la pipa y el humo se le arremolinó delante de la cara. Parecía estar viendo el alma de Stark.

Se sentía desnudo, nervioso. Aquel hombre le daba escalofríos. Deseaba no haber ido allí pero no dejaba de buscar algo más con la esperanza de poner fin a aquella mirada penetrante. Entonces, se acordó de algo.

—Éste no es un problema de narcóticos —comentó—, pero hay un par de chicos que han estado robando mercados, unos imbéciles de gatillo rápido. Los buscan por todas partes. Johnson y Kleger...

—¿Qué pasa con ellos?

—Están escondidos en un agujero llamado Rendezvous Motel, cerca de Disneyland.

Wilson se acercó al teléfono. Su actitud hacia Stark se había relajado algo. Stark suspiró y miró por la ventana. Se estaba haciendo tarde y los rayos de sol que se filtraban entre la niebla empezaban a desaparecer.

Era casi de noche cuando el familiar redujo la marcha al llegar a las afueras de Oceanview. Las luces del bulevar proyectaban sus destellos brillantes y estériles en pequeños charcos sobre el asfalto y centelleaban sobre el esmalte encerado de los automóviles que pasaban a toda velocidad con reflejos de distintos tonos.

Tenía puesta la radio del coche en la que sonaba una música suave mientras esperaba los resultados del béisbol. El boletín informativo de cada hora mencionó sucesos ocurridos en rincones alejados del mundo y entonces, cuando estaba más cerca de casa, comentó brevemente que un agente de la patrulla de carretera y un delincuente habían muerto en un tiroteo en un motel de Anaheim. Las víctimas eran el oficial William Cantón y Donald Kleger, de veintinueve años, identificado como ex convicto. Stark agudizó el oído. Un segundo delincuente fue reducido con gas lacrimógeno y capturado. El oficial dejaba mujer y tres hijos.

—Imbéciles —murmuró Stark pensando en Kleger y Johnson—. Eso es lo que consiguen por jugar a ser Dillinger.

Uno estaba muerto y el otro iría a la cámara de gas por haberse cargado al policía; de hecho, no era un mal cambio. No se sentía culpable por lo que su comentario había desencadenado. Desearía poder cambiar la vida de un policía por la de un criminal más a menudo...

Un minuto más tarde, ya se había olvidado de ellos. Se imaginaba a Crowley y la cara que pondría cuando Wilson se lo contara todo. Aquello bien merecía una carcajada. Quizá a Crowley le diera un ataque al corazón y muriera, aunque eso era demasiado pedir. En cuanto a los mexicanos, eran tan idiotas que no se enterarían de cómo ni por qué les habían pillado.

Para llegar al apartamento de Momo sólo tenía que desviarse menos de una manzana de su ruta, así que Stark hizo una parada. Pero la casa estaba vacía. Condujo hasta su apartamento para ducharse, colocarse y cambiarse de ropa. De camino de vuelta a la ciudad, se detuvo en un asador junto al mar donde, con calma, se comió

unas chuletas y se le insinuó a la indignada camarera.

Eran las nueve de la noche cuando pasó despacio con el coche por delante de la puerta del Panamá Club y examinó la zona para asegurarse de que no había coches policiales en la esquina. Giró y aparcó en la parte oscura de la calle.

Entró en la sala abarrotada y se hizo a un lado para echar un vistazo a la escena. Ningún policía. Un chulo que llamaba la atención reprendía seriamente en un tono que amenazaba con violencia a su zorra, que parecía enfadada. Les observó durante un momento y sus labios dibujaron una sonrisa lasciva; probablemente la zorra habría recaudado poco dinero o se habría pasado del tiempo con un cliente.

Un grupo de marines con las camisas desabrochadas y los ojos inyectados en sangre estaban sentados en una mesa e intentaban cantar al ritmo del corte de *rhythm and blues* que sonaba en el *jukebox* dorado. Una camarera cansada les servía botellas de cerveza mientras esquivaba con destreza sus largas manazas.

Localizó a Momo, Dorie y Dummy a través del humo y del ruido sentados en una mesa en un rincón. Un hombre joven que Stark reconoció como un yonqui local estaba delante de ellos, con las manos apoyadas sobre el borde de la mesa, hablando intensamente con Momo. Al acercarse, vio que el tipo sudaba a chorros y que tenía espasmos.

—... el dinero mañana, te lo juro por Dios, Momo...

La expresión de Momo se endureció ante la súplica, Dorie parecía pálida y avergonzada ante el lloriqueo y los fríos ojos de Dummy miraban fijamente la cara agonizante del hombre que no paraba de suplicar. Podía leer sus labios.

—¿Qué pasa? —le preguntó Stark a Momo al ponerse al lado del hombre.

—Este imbécil quiere algo de material a crédito. Se cree que soy un puto banco.

Antes de responder, le dio una palmadita a Dummy en el hombro, en un gesto amistoso pero notó que se ponía tenso con el contacto y que le clavaba los ojos.

El yonqui miró a Stark con la cara descompuesta por la ira que le provocaba el dolor. La interrupción le enfureció, aunque conocía a Stark de vista, no de nombre.

Antes de que el tipo pudiera decir nada, Stark intervino.

—Así que quieres caballo a crédito. Se te ve muy mal.

El hombre dudó sin saber qué decir. Al final, asintió.

—¿Por qué? ¿Tienes algo?

—Hmm, hmm. Puede que te dé algo de crédito.

—Tío, estoy enfermo.

Momo abrió la boca para protestar pero le hizo un gesto para que guardara silencio.

—Pero te costará algo —dijo Stark—. En los negocios no hay nada gratis.

—¿Cuánto?

—Te daré un gramo por cincuenta dólares.

—Es casi tres veces el precio normal —se quejó el tipo.

—¿Quién había oído eso de comprar a crédito? En este mundo, hay dos cosas que se pagan al contado: el caballo y los chochos. Si no te gusta la tarifa, lárgate a Los Angeles a ver si allí te dan crédito.

—No puedo conducir hasta tan lejos. Tengo el mono.

—Nadie te estaría soltando este rollo si pudieras, así que tendrás que tragar con mi precio. ¿Qué quieres hacer?

La cara del yonqui se contrajo con nuevos signos de dolor y los ojos se le llenaron de lágrimas. Stark casi le sonríe de forma sarcástica mientras toqueteaba con la punta de los dedos lo que le quedaba de las cápsulas en el bolsillo. Sabía exactamente por lo que estaba pasando aquel tipo.

—¿Cuándo tengo que pagar?

—La próxima vez que vengas a pillar. Si no estoy yo aquí, dale el dinero a Momo. Y si no lo tienes, será mejor que te largues de la ciudad porque te encontraremos.

El hombre asintió con un movimiento brusco y no dejó de hacerlo mientras Stark se sacaba el globo del bolsillo y lo depositaba en la palma sudorosa del tipo. El comprador se dio la vuelta y salió a toda prisa, chocó con una mesa y ni siquiera perdió el ritmo. En unos minutos, el recuerdo del dolor desaparecería.

Cogió una silla y le guiñó el ojo a Momo.

—¿No pensarías de verdad que me estoy volviendo un blando?

—No tenía ni idea de qué tramabas. ¿Crees que pagará?

—Claro. O paga o se larga de la ciudad. Eres, bueno, somos el único contacto. De todas formas, no había mucho más de medio gramo.

—Estás podrido —dijo Dorie, asqueada—. El tío estaba muy mal. ¿No has pasado tú por lo mismo hace nada? ¿Dónde tienes el corazón?

—Cállate —le soltó Momo.

—Eso —dijo Stark, seco, con los ojos clavados en los suyos—. Mantén la boca cerrada. Tú no tienes el mono, no necesitas robar ni venderte para evitar ponerte como él. Así que preocúpate por ti, no puedes cargar con todo el mundo sobre los hombros. Así son las cosas en esta vida, frías y podridas. Perro come perro.

Dorie se sonrojó y guardó silencio.

Stark miró a Dummy e intercambiaron saludos en el lenguaje de signos. El mudo respondió pero su actitud era tensa. Stark le preguntó qué le pasaba pero Dummy no le hizo ni caso. Se limitó a señalarle con un dedo, como si le apuntara con una pistola. Esa reacción le produjo una pequeña sensación de ansiedad al recordar el arma en la mano del mudo hacía algunas horas. Por un segundo, tuvo un ataque de pánico pero en seguida se centró en asuntos más importantes con Momo.

—He visto a mi contacto en Santa Ana. Tengo que volver por allí dentro de unos

días pero todo va bien. Puede mover unos treinta gramos al día.

—Joder, eso es más de lo que estoy moviendo yo ahora.

—No es nada. Mañana o pasado, iré hasta San Bernardino y Riverside a ver a otra gente. Nos limpiaremos el culo con billetes.

Momo estaba resplandeciente.

—Sí, socio.

Miró a Dorie que se bebía su copa con la mirada baja, aún dolida por las palabras de Stark.

—¿Has oído eso, nena? Vamos a ganar un montón de pasta. Voy a sacarte de ese agujero asqueroso y llevarás ropa que hará que el tráfico se detenga. Incluso podremos buscarte un deportivo. ¿Qué te parece eso?

Stark observó la expresión de Dorie. Se percató de que la sonrisa era forzada e insincera. Lo que necesitaba Dorie no eran regalos. Momo no se dio cuenta y siguió parlotando sobre el enorme Cadillac que se iba a comprar para él.

Dummy no le prestaba atención. Miraba fijamente al otro extremo de la sala a una prostituta euroasiática que llevaba un vestido ajustado con una raja en la rodilla. Era una recién llegada a la zona oscura de Oceanview. Stark sabía que el mudo a veces compraba el sexo y que a menudo lo hacía sin pagar, pero sólo con putas que no podían acudir a la policía. Hacía tiempo, un chulo indignado se opuso a aquellas transacciones gratuitas y recibió un tiro mortal por su protesta. Se llevó a cabo el arresto pero no se encontraron testigos. Desde ese momento, Dummy era aceptado como un riesgo laboral por las putas locales. Preferían irse con él y evitar así posibles cardenales y ojos morados por mostrar resistencia que las mantendrían fuera de circulación durante un tiempo. De hecho, la mayoría parecía disfrutar con Dummy que tenía la reputación de tener unos gustos extraños en cuanto al sexo.

Stark se pidió una copa y sacó un cigarrillo. No tenía fuego y le hizo un gesto a Dummy pidiéndole. El mudo sacó un librito de cerillas y las tiró sobre la mesa. Ignoró el obvio desplante, encendió el cigarro y cerró el librito. Echó un vistazo al anuncio en letras doradas sobre la tapa azul. Durante unos segundos, dio algunas caladas para intentar disimular su reacción. Agencia de Viajes Azteca, La Jolla, California.

La Agencia Azteca estaba especializada en viajes al México antiguo, decía la parte de atrás del librito. Ahí estaba, escrito en claras letras doradas. Ése era, el Contacto. No cabía duda. Alguien de la Agencia de Viajes Azteca era la fuente de suministro de Momo. Ahí era donde Dummy, el camello, había cogido las cerillas. ¿Por qué sino iba a estar Dummy en una agencia de viajes? ¿En La Jolla?

Stark fingió naturalidad y le tiró de vuelta las cerillas, no sin antes fijarse en si alguien había notado su sorpresa. Nadie se había dado cuenta. Dio una calada al cigarro y engulló la copa, el alcohol se mezcló con la emoción que le inundaba. El

puzle estaba casi montado, sólo le faltaban algunas pequeñas piezas. Más tarde trazaría un plan para utilizar la información. Ahora, tenía que mantener la calma aunque no podía evitar imaginar cuánto le gustaría saberlo a Crowley. Sí, constituía una información muy valiosa por varias razones. Era otro elemento que intercambiar en el mercado de la información si la situación se ponía difícil. Y, más importante aún, era el último obstáculo para deshancar a Momo. Lo único que necesitaba era cerrar un trato con el Hombre y ya tenía una idea general de cómo conseguirlo.

La voz de Dorie le sacó de su ensimismamiento.

—Se te ve a tus anchas.

Le guiñó un ojo y sonrió.

—Así me siento, preciosa. Las cosas van bien, mejor de lo que esperábamos. ¡Joder! En cualquier momento estaremos nadando en billetes. Piensa en todas las cosas que tu hombre te comprará.

La expresión de Dorie se ensombreció un poco. Stark lo notó pero Momo no se dio cuenta. Estaba un poco borracho y se acercó a Stark en un gesto cariñoso para cogerle por el hombro.

—Ese es mi socio —dijo.

Dummy les observaba; sus helados ojos azules no decían nada pero parecía verlo todo. Era como una cobra, enrollada y lista para atacar. Era frío. Muy frío.

Un coro de risas estridentes estalló en la mesa de los marines cuando uno de ellos se recostó demasiado y se cayó al suelo. El *jukebox* puso otro vinilo en el plato y el sonido de la trompeta se alzó entre el humo, las risas y el sonido del cristal al chocar. El Panamá Club vibraba entre luces de neón lleno de gente histérica que intentaba escapar de la realidad.

Capítulo 13

Stark se despertó con el súbito brío de un animal salvaje. Escuchó un sonido extraño a través del rumor de las olas, en la oscuridad. Alguien subía despacio por las escaleras de madera de la calle. Salió de la cama en silencio y se acercó a la cómoda sin hacer ruido. Sacó de un cajón una 25 milímetros automática cargada y la levantó. Era pequeña pero igual de mortífera.

Alguien llamaba despacio a la puerta, insistentemente.

Guardaba la pistola para visitantes inesperados. Sólo Dorie conocía la dirección. Si era la policía... Sus pensamientos se centraron en el pequeño alijo. Tiraría tanto la droga como la pistola por la ventana, a la playa. No podían buscarle por algo tan serio como para no poder salir bajo fianza.

Pero no era la policía, ellos no llamaban despacio. En vez de acercarse a la puerta, aún en calzoncillos, avanzó en la oscuridad de las cuatro de la mañana hasta una ventana lateral por la que podía ver el rellano de lado. Allí estaba ella, entre las sombras. Volvió a llamar. Examinó la oscuridad de más abajo, pero no había nadie más. Abrió la ventana y ella se giró al escuchar el sonido. No podía ver sus rasgos en la penumbra.

—¿Qué quieres?

—Cuánto me alegro de verte. Empezaba a pensar que no estabas.

Gruñó, cerró la ventana y fue a abrir la puerta. Seguía llevando la pistola y estaba desnudo excepto por los calzoncillos.

Dorie entró y Stark cerró con llave, de espaldas a la habitación, sin mirarla.

—¿Para qué es la pistola? ¿Llevas otra metida en los calzoncillos? —preguntó Dorie con una mirada lasciva.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Le has dicho a alguien que venías?

Dorie le siguió a la habitación y se quitó el abrigo. Se lo colgó del brazo y se detuvo justo en la puerta, apoyada en el marco.

Stark metió la automática bajo el colchón y cogió unos pantalones de una silla. La llegada de la chica a aquellas horas era una complicación que no necesitaba. Aún no.

—Le he dejado —dijo Dorie respondiendo a la pregunta que aún no le había hecho—. Ya no podía aguantarlo más.

—¿Sabe él que has venido aquí, conmigo? —la interrumpió.

—¿Acaso importa si lo sabe? —los verdes ojos de Dorie se fijaron en su delgada cara.

Stark se abrochó el cinturón y se rascó la mandíbula que apretaba fuerte, cada vez más enfadado.

—Claro que importa, ¡joder!

—¿Por qué?

—¡Se te ha ido la puta cabeza! Sabes muy bien por qué. Acabamos de empezar como socios, y él tiene al Hombre. Necesito ese contacto para ganar un montón de dinero.

—Podríamos mudarnos a Hollywood. Tengo un par de miles en el banco.

—Nos lo meteríamos todo por la vena si tuviéramos que pillar. Da igual, no pensarías en tantas historias en unos meses cuando estuvieras enganchada y nos quedaríamos sin pasta. Las mujeres lo lleváis fatal.

Stark empezó a caminar de un lado a otro, negando con la cabeza.

—¿Sabe adonde pensabas ir?

—No.

—Eso es bueno.

—No debería haber venido —dijo con voz temblorosa—. Pensaba que me deseabas.

Stark suspiró, cogió un cigarrillo y se recostó sobre la cama revuelta. Miró a la chica apoyada en la puerta y negó con la cabeza. Tenía aspecto de haber salido de un campus universitario o de un concurso de belleza de alguna ciudad de carácter pueblerino; limpia y sana y aun así increíblemente sexy.

—Claro que te deseo —dijo—. Pero, ¿por qué coño has tenido que hacer esto justo ahora? En unos días, él no podría hacer nada contigo. ¿Por qué ahora? Creía que te gustaba.

—Siempre le he detestado. Esta noche estaba borracho, ya lo has visto, y ha empezado a decir que me amaba, que quería que nos casáramos. Imagínatelo, menudo cerdo. Amor y matrimonio. Sé que estaba con él para castigarme a mí misma pero antes acabaría con mi vida.

El adoptó una expresión inquisitiva.

—Así que te quiere y es un cerdo. Siempre has sabido que era un cerdo y aun así le abrías las piernas. Hasta ahora nunca has querido largarte. Y ahora, porque el inútil te quiere, se acabó la fiesta. No sé por dónde cogerte.

Dorie bajó sus grandes ojos hacia la alfombra. Antes de hablar, se sentó sin fuerzas a los pies de la cama.

—Dame una calada de ese cigarro.

En vez de eso, Stark encendió otro y se lo pasó. Ella echó una nube de humo y se quedó mirando intensamente al vacío.

—¿Cuál es tu historia? Cuéntamela —le pidió mientras se apoyaba sobre un hombro para observarla.

—No puedo querer a nadie —dijo—. Y no quiero que nadie me quiera. —Pronunció aquellas palabras despacio, de forma tan realista que resultó más enfática de lo que hubiera sido cualquier emoción.

Stark abrió la boca para decir algún comentario supuestamente ingenioso pero se

limitó a humedecerse los labios y negar con la cabeza. Sabía que sólo se confundiría aún más, que entraría en un territorio más allá de su entendimiento.

—Por eso estoy aquí —continuó—. Tú quieres pasar un buen rato, utilizar mi cuerpo. Quizá también quieras usar mi cabeza. Eres demasiado frío como para enamorarte de nadie. Eres cien veces más frío que Momo. El es sólo un inútil, no es malo. Pero tú sí, tú eres retorcido. Sólo piensas en utilizar a la gente. No quieres a nadie, no puedes querer a nadie. Eres como yo. Quizá estemos hechos el uno para el otro.

—Tranquilízate, preciosa —la interrumpió Stark—. No entiendo de qué vas, ni cómo piensas ni qué quieres. Estás en una especie de zona oscura que es sólo tuya. Un momento te comportas como si yo no fuera más que una mierda y tú la virgen María y al siguiente quieres meterte conmigo en este infierno lo más profundo que puedas. No lo entiendo, pero no me importa si es lo uno o lo otro. Estás aquí y me gustas. El amor no entra en esta ecuación. Momo no sabe que estás conmigo así que puedes quedarte. Sólo tienes que hacer lo que te diga, que no te vea nadie durante unos días hasta que arregle todo esto. Después, nos largaremos de aquí. ¿Dónde está tu ropa?

—Sólo tenía unas cuantas cosas y las he dejado. Me he largado cuando se ha despistado.

Stark asintió y miró el reloj de la mesita de noche.

—Se está haciendo tarde y mañana me espera un día duro. Ven aquí.

Se le agravó la voz, cargada de intenciones. Dorie comprendió la mirada y sonrió. Se desabrochó la blusa blanca y se quitó el sujetador. Sus blancos y suaves pechos asomaban provocadores por entre la tela abierta. Gateó por encima de la cama hasta tumbarse a su lado. Sus bocas se encontraron y la lengua de ella exploró la de él. Cuando terminaron de besarse, ella le puso la cabeza entre las tetas. Le mordisqueó una de ellas y sintió como los pezones se endurecían al contacto con sus dientes. Ella arqueó la espalda, le pasó los dedos por el pelo y tiró de él para acercarle aún más.

—Vamos, hazme daño —le susurró entre gemidos.

Cuando Stark se despertó por la mañana, no lo hizo de forma repentina, como de costumbre. Se sentía flojo, le costaba centrarse. Su cuerpo le lanzaba indirectas, necesitaba drogas, y su primer pensamiento fue el de un pinchazo mañanero. Entonces se percató de la figura que dormía a su lado con las sábanas sobre la cabeza. Era tremenda en la cama, pensó con una leve sonrisa. Se levantó en silencio, cogió los calzoncillos de donde habían caído sobre la alfombra y se dirigió al baño. Se metió la mitad de su dosis matinal para intentar ir reduciendo y dejó cápsulas suficientes para que Dorie se colocara dos veces; necesitaría una al levantarse y otra a lo largo del día. El estaría fuera hasta la noche, conseguiría algo para él y traería algo más de la mierda que tenía que mover, pero ella estaría sola. Le hubiera gustado tener

algo de comida. No se sentía cómodo con responsabilidad sobre nadie. Por la ventana, vio el cielo envuelto en la niebla gris del mar. Las nubes estaban altas pero no le dejaron deducir la hora. Podría ser cualquier momento entre el amanecer y las once y media. De repente, le dio un ataque de ansiedad, buscó su reloj de pulsera y miró la hora. Pasaban tan solo unos minutos de las ocho, más temprano de lo que solía levantarse. Sus planes le habían hecho despertarse.

Se afeitó en la ducha mientras el agua caía a chorros sobre él. Gracias al desodorante y a la colonia se quitó de encima el aroma de ella. Se puso unos pantalones de piel y colgó una camisa y un jersey del pomo de la puerta. Dorie seguía durmiendo y él decidió hacer la primera llamada antes de que se levantara. De puntillas, salió de la habitación no sin asegurarse de que no se había movido antes de cerrar la puerta con cuidado.

Mientras marcaba, el nudo que se le había hecho en el estómago crecía cada vez más a causa de los nervios. Aquella era la primera jugada de una serie de apuestas encadenadas.

—Utiliza tu labia, señor ingenioso —se murmuró a sí mismo al escuchar el rítmico zumbido del auricular.

—Policía de Oceanview —respondió una operadora.

—Con el teniente Crowley.

—Un momento, por favor.

Se oyó un clic y otro zumbido. Entonces Stark escuchó como cogían el otro auricular.

—División de narcóticos, teniente Crowley.

—Ernie Stark, jefe...

—Stark —farfulló Crowley; Stark podía ver la cara llena de manchas del policía poniéndose cada vez más roja—. Ya me he enterado de todo —dijo furioso—. Wilson me llamó anoche. Le conté la clase de rata que eras y le aconsejé que no se fiara de ti. Quiero que lo sepas. Pero él insistió así que estás libre, por ahora. Estarás contento ¿no?, escoria. Tu información ha provocado la muerte de un policía. Y no nos olvidemos de los dos delincuentes a los que has delatado.

—Mira, teniente, no es lo que te imaginas. No es ningún juego. Pero eres demasiado impaciente, me presionaste más de la cuenta. No quería que me echaras encima a los perros. Sé que llevas ventaja y siento lo del policía muerto.

—Ya puedes sentirlo. Ya te enterarás cuando Wilson se canse de tu basura y yo vuelva a entrar en acción. Vas a saber lo que es estar en el ala del hospital que pertenece a la cárcel. Cuando pienso en ti, me gustaría poder ponerte las manos encima. Eres el mayor despojo de ser humano que jamás he conocido.

Stark se alejó el auricular de la oreja y escuchó el torrente de desprecio con una expresión de irónico aburrimiento en la cara. Cuando empezó a remitir, volvió a

acercarse el aparato.

—Deja que te diga algo —dijo enérgicamente y su voz se tiñó entonces de una solemne sinceridad—. Puedo entender por qué me desprecias. No valgo para mucho...

—No vales para nada.

—Tal vez sea un yonqui y un timador. Probablemente, siempre seré un estafador. He intentado dejarlo y estoy intentando quitarme del caballo. Ya sabes lo que le pasa a la gente con esa mierda, le incita a hacer cosas que no están bien. No valgo para nada pero soy algo mejor que los buitres que trafican con ella y me chupan la sangre. Les odio tanto como tú. No acudí a Wilson para escaparme de ti pero, como ya te he dicho, tú no eras nada discreto. Me tienes tanto asco que ibas a conseguir que me mataran.

Hizo una pausa esperando una respuesta pero sólo obtuvo un gruñido. Al menos no escuchó otra retahíla de menosprecios que le quemaban el oído.

—Sigo trabajando en lo que quieres, creo que puedo tener algo.

—¿Sí? ¿Y qué es?

—Estoy casi seguro de poder enterarme de quién es el contacto, si me ayudas.

—¿Ayudarte? —Crowley adoptó una actitud cautelosa que asomó en el tono de su respuesta—. ¿Cómo es eso? Dilo muy despacito para que me lo pueda pensar. Eres una rata asquerosa.

—Momo vive con una chica joven.

—Lo sé. Dorie Williams. Veintisiete años. Buena familia. Sin antecedentes, pero es una adicta. También tiene problemas mentales. Comprobé sus datos con el hospital. Como ves, yo también sé algo de lo que está pasando.

—La misma. El caso es que la chica está por mí y ella sabe quién es el Hombre. Se detuvo, a la espera.

—Pues sácale la información —soltó Crowley tras unos segundos de silencio—. ¿Qué tiene eso que ver conmigo? ¿No irás a pedirme que la arreste y se lo saque a la fuerza? Me quitarían la placa.

—No, no es eso. Quiero trabajármela pero no tengo más que unos minutos cada vez que la veo. Momo siempre está pendiente porque teme que se la levante. No la deja respirar. El es el problema. Si pudierais retenerlo unas horas... —Stark escuchó abrirse la puerta de la habitación y se interrumpió. Estaba sentado en el sofá, tapó el auricular y miró a la chica por encima del hombro. Ella le observaba con curiosidad pero se notaba que no había escuchado nada. Su primer impulso fue ordenarle que volviera a la habitación pero eso podría darle problemas. Decidió que, llegados a aquel punto, podría ensombrecer la conversación para que ella no entendiera de qué estaba hablando. Le hizo un gesto para que fuera a la cocina y preparara café, extendió la mano vacía como si sujetara una taza de la que fingió beber.

—Stark... Stark, ¿qué coño pasa? —gritaba Crowley, enfadado.

—Sí, estoy aquí.

—¿Dónde coño te habías metido?

—Se me ha caído un cigarro del cenicero a la alfombra.

—Ve terminando —le presionó Crowley.

—Si haces lo que te he dicho, puedo ir más allá y ayudarte. También estoy trabajando en lo de Wilson.

Crowley se pasó la lengua por los dientes, dándole vueltas a sus palabras.

—De repente te has vuelto de lo más cooperador.

—Te equivocas. De repente, puedo hacer algo sin acabar muerto. Esto es algo bueno, quizá consigas hasta un ascenso.

—Sí, quizá —repitió Crowley, dubitativo—. Puede que sea cierto y también puede ser uno de tus jueguecitos. —Crowley dudó, reflexionó mientras Stark esperaba. Finalmente, el policía habló—: Si esto es un juego, soy incapaz de ver por dónde vas. Pero, no sé, probablemente andes bien encaminado. No tengo nada que perder así que me la voy a jugar. ¿Cuándo quieres que lo arreste? Tal vez largue sobre lo del contacto y, entonces, ya no te necesitaré.

—Lo dudo mucho, sino ya lo habrías hecho hace mucho tiempo. Llévatelo hoy al mediodía, hora más, hora menos. No debería resultarte difícil.

—No, puedo encontrarle por cómo huele. ¿Cuánto tiempo quieres que lo retenga?

—Tres o cuatro horas. Puedes decirle que la chica delató a su contacto.

—Y mientras él no está tú te la vas a follar.

—Es parte del juego, la parte divertida.

—¿Te dirá quién es el Hombre? —preguntó el policía.

—Sé que puedo sacárselo.

—No sé por qué soy policía, joder. Me lleno de mierda por estar rodeado de gente como tú.

—Pues déjalo.

—No. Es un asco, pero alguien tiene que hacerlo. Tengo más estómago que la mayoría.

—Entonces, ¿puedo contar con que lo harás?

—Sí. Llámame más tarde para contarme qué has averiguado. Será mejor que sea algo bueno o estás frito.

—Claro, claro. No te preocupes.

—Ten cuidado con Dummy. No quiero que te maten antes de que pueda exprimerte.

—Cuéntame otra, Pat —dijo y colgó el teléfono riéndose antes de que Crowley pudiera soltar algún taco.

Cuando se giró para mirar a Dorie, aún había una sonrisa en su delgada cara. Ella

seguía junto a la puerta de la habitación. Estaba descalza, sólo llevaba unas bragas de encaje y la camiseta que él se había quitado la noche anterior. El conjunto acentuaba sus torneadas y largas piernas, firmes y suaves. Esto, unido a la falta de maquillaje y al pelo revuelto de recién levantada, le daba un aspecto de extrema juventud y exuberante sensualidad. Llevaba un cigarro encendido en la boca y parpadeaba al contacto con el humo que se elevaba. Notó que Stark la examinaba y sonrió ligeramente. Parecía Verónica Lake.

—¡Hmm, hmm! —exclamó—. Tengo cosas que hacer esta mañana.

Dorie se encogió de hombros.

—¿Quién es Pat? ¿Otra amiguita?

—No, sólo es un chorizo, un trato sobre una mercancía por un poco de caballo. El tío con el que hablaba representa a otro tío. Puede que le demos el palo. No es nada.

Se levantó y rodeó el sofá en dirección a la habitación. Al pasar al lado de Dorie, le dio una palmadita en el muslo desnudo y cálido.

—Estás muy bien, preciosa.

—Eso te costará un viaje —le dijo—. O puede que también quieras echar un polvo.

—Siempre tengo ganas de ti pero te he dejado un poco de material en el baño. Hay suficiente para un par de tiros. Yo estoy intentando cortarme un poco. Deja algo para más tarde. Estaré fuera todo el día.

Asintió pero no entró en el baño. Durante un momento, le observó mientras cepillaba los zapatos que pensaba ponerse.

—Me pondré dentro de un rato —dijo—. Te prepararé un poco de café si quieres.

El asintió, distraído.

—Hay un bote de café instantáneo en el armario. El agua del grifo no está muy caliente. Llena una olla y ponla en el fuego hasta que hierva.

—¡Joder!, ¿es que crees que no sé ni preparar un puto café instantáneo?

Dorie fue hacia la cocina. Stark se puso los zapatos de cocodrilo y cogió la suave camisa y la chaqueta. Se peinó de forma perfectamente informal y estudió su aspecto en el espejo de cuerpo entero de la parte interior de la puerta del armario. Quedó satisfecho. La ropa era cara y tenía estilo sin llegar a llamar la atención. Nadie imaginaría que era un ladrón y un estafador. Parecía un marido de los barrios residenciales que ganaba cien mil al año y con buen gusto en ropa. Justo cuando iba a marcharse, sintió un impulso. Cogió la pequeña automática y se la metió en el bolsillo de delante. Pesaba un poco contra la pierna pero no abultaba bajo la chaqueta. Entró en la cocina.

Dorie no sólo había hecho café sino que estaba preparando huevos con *bacon* que chisporroteaban sobre la cocinilla. Cuando él llegó, ella estaba agachada mirando el horno.

—Si te esperas a que esto se caliente, haré también tostadas.

—No tengo tiempo.

—Lo demás estará listo en dos minutos.

Gruñó pero le dedicó una breve sonrisa. Estaba nervioso por ponerse en marcha y se sentía extraño ante tantas consideraciones.

—Ve a sentarte a la mesa —le ordenó—. Te llevaré el café.

Accedió, dio unos sorbos al humeante líquido negro y observó como su cuerpo medio desnudo volvía descalzo a la cocinilla.

—Eres demasiado, Dorie. Soplas en tantas direcciones como el viento.

—Sólo me siento así de vez en cuando. A veces me pasa lo contrario y no hago nada durante semanas excepto estar tirada en la cama y enterrarlo todo bajo el caballo.

Notó cierto tono de súplica en sus maneras y la interrumpió.

—Tráeme el desayuno y ya está. Guárdate la historia para más tarde —dijo de forma un tanto cortante.

Le llevó el *bacon* y los huevos.

—La nevera está vacía, la leche está agria y las naranjas verdes. Deberíamos tener algo de comer si no quieres que vaya a la ciudad.

—Yo me ocuparé de eso, no te morirás de hambre.

Empezó a comer. Ella le observó un momento y luego le dijo que iba a ponerse.

Stark engulló la comida sin dejar de controlar el tiempo. Eran las diez menos cinco. Su show debía comenzar. Se acercó a la puerta de la habitación y se asomó dentro. Dorie seguía en el baño.

—Nena, me marchó —gritó—. Será un día largo. Puedes ir a darte un baño esta tarde si quieres. Después hará calor.

Se escuchó una carcajada.

—¿En bragas y sujetador? Me arrestarían por exhibición obscena.

—Puede que te detuvieran pero no les estarías enseñando nada indecente, no irías desnuda. Se me había olvidado que no habías traído ropa.

Estaba a punto de añadir esto a sus otros problemas pero se contuvo y apartó la idea. La falta de ropa de Dorie podía esperar.

—Adiós, nena.

—¿A qué hora volverás?

—No estoy seguro. A las cinco, tal vez. No me controles.

—Limpiaré la casa hoy. Hay una capa de polvo encima de todo.

—No te molestes. Me gustan las cosas como están.

¿Y ahora quiere arreglar la casa? Ni hablar. No estaba nada cómodo con la escenita doméstica. Iba demasiado rápido para él.

Capítulo 14

El sol disipaba rápidamente la neblina gris cuando Stark llegó a Oceanview. El olor penetrante del océano impregnaba el aire, incluso en el centro. A mediodía, la ciudad se deleitaba en la dorada calidez. Era un buen día en muchos sentidos. Al pensar en la complejidad del plan, soltó una risita. Al final, podría incluso salirle un día de puta madre.

Cuando aparcó cerca del apartamento de Momo, seguía sintiéndose alegre. Incluso subió las escaleras silbando aunque, al llamar, se recompuso. Aquel era un asunto serio.

Momo abrió la puerta, sin afeitarse y despeinado. Su pelo negro era una maraña y el único botón abrochado de su ropa arrugada era el de arriba de los pantalones, un mínimo detalle para que no se le cayeran. Apestaba a alcohol y tenía los ojos encendidos. Sobre la mesa con quemaduras de cigarrillo del centro de la sala había una botella vacía de whisky barato junto a otra igual, medio vacía. Vio un paquete de treinta gramos de heroína roto tras ser abierto por unas manos ebrias, parte del polvo blanco estaba esparcido por la mesa. El instrumental reposaba en un vaso de agua.

Stark observó todo esto mientras esperaba a que Momo cerrara la puerta a sus espaldas. El estúpido inútil estaba enganchado a la chica y pasaba por un mal momento. Ella nunca volvería con él en esas condiciones.

—Tío, no puedes tener descuidos así —dijo Stark señalando el caballo—. No puedes dejar una sentencia de diez años ahí a la vista. La poli podría tirar la puerta abajo. Y, entonces, ¿qué?

Momo movió la mano como para desechar el consejo. Se hundió en la silla de al lado de la mesa y se sirvió una copa.

—Si tiran la puerta abajo, supongo que tendré que cumplir esos diez años.

Tiró el whisky y miró a Stark de la cabeza a los pies.

—Estás muy elegante hoy, como siempre. ¿Quién era ese tío inglés famoso por lo bien que vestía? De hace unos doscientos años, creo.

—Beau Brummel.

—Sí, ése eres tú. El gran Beau. ¿Quieres una copa?

Stark aceptó aunque la mañana aún no había avanzado mucho.

—Debería empezar a vestir de forma elegante —continuó Momo mientras le servía la copa a Stark y se ponía él otra—. Igual de esa forma mi chica se habría quedado conmigo.

Stark frunció el ceño, sorprendido y preocupado.

—¿Qué pasa, tío? ¿Dónde está Dorie?

—La zorra me ha dejado. ¡Puf! —Momo agitó los brazos—. Se ha escapado del corral, se escabulló ayer por la noche.

—¿Qué le has hecho? ¿Le has puesto la mano encima o algo?

Momo lanzó una carcajada enfermiza.

—¡Ponerle la mano encima! ¡Qué va! Estaba borracho y me puse cariñoso cuando llegamos a casa. Le dije que quería que nos casáramos, que fuéramos a Hawai de luna de miel, que viéramos a mi gente. Se puso como loca. Actuaba como si le hubiera dicho alguna burrada, como si tuviera que acostarse con su padre. Entonces intenté acostarme con ella pero no me dejaba. En ese momento, sí, casi se me va la mano. Ojalá lo hubiera hecho pero me contuve y decidí pillarme una buena. Cuando salí a comprar alcohol, se marchó. Se dejó la puerta abierta y se largó sin llevarse la ropa ni nada. Ni una nota. Nada. Durante un momento pensé que había salido a dar una vuelta para despejarse o algo, pero se había marchado más lejos. La estuve buscando por el barrio hasta las tres de la mañana. Sabía que no habría corrido a tu lado, no hacía más que repetirme que tuviera cuidado contigo, que eras malo. ¡Mujeres! ¿Cómo se puede saber lo que piensan? —Momo movió los hombros ante la inutilidad de la situación.

—Puede que vuelva. Está enganchada y necesitará material.

—Aunque siempre puede buscarse a alguien que se lo proporcione con lo increíble que es. —Momo levantó el vaso, se quedó mirando al fondo vacío en una pose de reflexión gastada por el tiempo y empezó a murmurar por lo bajo, con la voz agravada por el whisky—: Supongo que la quería. Está loca, es una simple currante más pero tiene una mente afilada. Puede estar caliente al máximo y después, de repente, fría.

Momo negó con la cabeza, despacio. Sin previo aviso, echó el brazo hacia atrás y estampó el vaso contra la pared. Se rompió en pedazos. Stark dio un salto, sorprendido.

—Tranquilízate, hombre. No es más que un par de tetas. Ya sabías que estaba loca, te irá mejor sin ella.

Momo se le quedó mirando al borde de un ataque violento.

—Oye, oye, no te alteres —le reprendió con calma Stark—. Soy tu socio y tu amigo, no me metería entre tú y ella. Sé lo que sentías. Igual vuelve cuando se haya calmado, con las mujeres nunca se sabe. Por otra parte, igual esto es bueno para ti. La tía está chiflada y sabe demasiado. ¿Qué pasaría si la cogieran y la presionaran? Nos habría delatado a los dos. Estamos mejor sin ella.

—Quizá tengas razón, pero...

—¿Te merece la pena ir a la cárcel por una tía? —Stark negó con la cabeza, indignado—. Vamos, hombre, cuando lo tengamos todo montado, podremos conseguir las mejores mujeres, esas zorras con estilo que salen en las revistas. Tendremos mucho dinero y tú conducirás un Cadillac... —Stark le describió brevemente cómo vivirían. Su voz sonaba llena de optimismo. Momo le escuchó y se

calmó un poco.

—Tienes razón, ya lo sé. Pero es que me ha pillado bien. Lo superaré. Veo las cosas tal y como son en realidad, me ocuparé de los negocios. —Momo consiguió incluso sonreír para reafirmar sus palabras, no quería que su socio pensara que le podía la presión—. Eres un buen socio. Eres más listo que yo, ya lo sé. Igual por eso al principio no me gustabas. Pensaba que me mirabas con superioridad, como si yo fuera tonto. Además, Dummy dijo que no se fiaba de ti.

Stark echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—¡Joder!, tú no me gustabas a mí porque tenías todo el material. Estaba celoso. Pero, olvidemos todo eso, no es nada. —Le dio una palmadita a Momo en el hombro—. Vamos a quitar esta mierda del medio y ocupémonos de los negocios. Deja fuera siete u ocho gramos. Tal vez vaya hoy a Riverside para quitármelos de encima y arregle también el tema con el camello.

Cinco minutos después, la heroína estaba escondida en una tubería fuera de la ventana del baño. La cañería estaba tapada en el tejado para que no cayera nada. El paquete estaba colgado de un cable en una junta que podía abrirse pero, si no se hacía de una cierta manera, al meter un lápiz o una hoja de cuchillo por un agujero de más abajo, el paquete se caería por el tubo. Sólo Stark, Momo y Dorie sabían la combinación. Era fácil de coger y casi imposible que la policía la encontrara y, si lo hacían, las probabilidades de que probaran su propiedad eran ínfimas.

Juntos, Stark y Momo arreglaron un poco la deprimente habitación. Hicieron la cama, barrieron el suelo y tiraron las botellas a la basura. Apilaron la ropa sucia en la bañera porque no había cesta de la ropa. Stark sacó la basura mientras Momo se afeitaba. Aún seguía en ello cuando Stark volvió, entró en el baño y se sentó en la tapa del váter echado hacia atrás en una cómoda posición, casi tumbado. En la papelera, estaban todos los cosméticos de Dorie.

—Tendrías que mudarte de este agujero —dijo Stark—. Ya tienes el dinero suficiente.

—Ya, debería, pero... —Se encogió de hombros—. Esto es mejor que donde crecí. En la isla, toda mi familia dormía en una pequeña habitación. El baño estaba apartado, fuera, en la parte de atrás.

—Yo tampoco crecí en Beverly Hills pero me he pillado un bonito apartamento, bastante moderno.

Momo paró la cuchilla a mitad.

—Sí, por cierto, ¿dónde vives? No está en la zona de los trapicheos o lo sabría. Me lo pregunté justamente ayer.

—Está en esa nueva zona de apartamentos cerca de Broadcrest —mintió—. Te llevaré a verlo en un par de días. Quizá mañana. De hecho, mañana iremos a comprarte ropa nueva y te buscaremos un apartamento en un barrio mejor. En este

sitio pasan demasiadas cosas. La policía siempre está rondando por aquí y sabe dónde encontrarte. Muchos yonquis tienen tu dirección, es peligroso.

Momo acabó con la cuchilla y, sin aclararse, se limpió los restos de espuma con una toalla que tiró después a la bañera.

—Deberías darme tu teléfono para que pueda localizarte si pasa algo importante.

—Te lo daré cuando lo tenga. Deberían ponérmelo la semana que viene. Llevo un mes esperando.

—Suelen ponerlos rápido.

—Igual se han equivocado. Es un edificio nuevo y al resto de la gente ya se lo han puesto. Mañana llamaré a la compañía.

Momo aceptó la mentira sin sospechar nada y se fue a la otra habitación. Antes de seguirle, Stark miró la hora. Eran las once menos diez. Salió del baño, fue directo a la puerta de entrada y se paró justo delante de ella.

—Será mejor que me ponga en marcha.

—¿A qué viene tanta prisa? Quédate un rato. Ven a desayunar conmigo.

—Ya he comido. Riverside queda lejos, a algo más de dos horas. No quiero que oscurezca cuando llegue allí y, además, tengo que buscar a un tío. De todas formas, no se gana dinero haciendo el tonto contigo. No hay nada que hiciéramos juntos con lo que no puedas arreglártelas tú solo.

Momo sonrió tímidamente.

—Tienes razón otra vez. Puedo vender droga en Oceanview sin ayuda. Sólo quería algo de compañía.

—Volveré sobre las cuatro. ¿Qué vas a hacer?

—Después de desayunar, iré a cortarme el pelo. Un primer paso para el nuevo y elegante Momo Mendoza. Entonces, haré lo que siempre hago, llevar algo de material al Panamá. Me estarán esperando con la nariz goteando como un grifo y seguro que a la mitad le faltará pasta.

—Nos veremos en el club sobre las cuatro. Si no pudiera acabar y me retrasara, te llamaré para avisarte. Que no se te olvide, mañana iremos a renovar tu vestuario. Cuando te ponga elegante, igual te busco también alguna jovencita dulce... si me prometes que no te enamorarás.

Stark se despidió con la mano y se marchó antes de que Momo pudiera responder.

El familiar recorrió dos bloques rápidamente y aparcó junto a una cabina telefónica. Marcó el número de la policía de Oceanview. La misma operadora pasó la llamada.

—División de narcóticos, Crowley.

—Escucha, jefe. Acabo de dejar a Momo en su casa. Saldrá a desayunar en unos minutos por algún sitio del barrio. Después irá a cortarse el pelo y luego se dará su vuelta habitual por el Panamá Club. El mejor momento para pillarle sería de camino,

para que ningún chulo vea lo que está pasando. La chica podría enterarse y darle un ataque de pánico. Ella no está arriba. ¿Entiendes la idea?

Crowley no parecía entusiasmado.

—Sí, vale.

—Vas a hacerlo, ¿verdad?

—Ya te dije que sí.

—No pareces demasiado contento.

—Sólo es mi trabajo, la parte sucia. Me pagan por ello y lo hago lo mejor que puedo. ¿No te creerías que iba a dar saltos de alegría por conspirar con el enemigo?

—Vale —dijo Stark que entendió su postura—. Pero hay algo más. Tal vez lleve un globo de polvo blanco en la boca.

—¿Y eso es algo nuevo en un camello? —gruñó Crowley en un tono sarcástico.

—No, pero el que le detenga tendrá que asegurarse de darle el tiempo suficiente para que se lo trague. Si lo pillan con eso encima, tendréis que encarcelarlo o levantaría muchas sospechas. Y si le dejáis en la trena demasiado tiempo, el contacto puede que se preocupe y desaparezca. Tiene que parecer que le queréis interrogar por algo. Seguro que puedes encontrar algo en el historial de Momo. Suéltale a eso de las cinco.

—Ya sé lo que tiene que parecer. ¡No me jodas! No sólo me has dado un soplo sino que encima pretendes decirme cómo hacer mi trabajo. Nunca había visto a un chivato tan preocupado ni tan entusiasmado.

El desprecio en la voz de Pat Crowley provocó que Stark se pusiera rojo de rabia, aunque consiguió seguir con el papel servil y nervioso.

—Sólo intento asegurarme de que todo salga bien, para protegerme. Es mi cuello el que está en juego. Casi consigues que me volaran la cabeza con ese último paso que diste, amigo. No fue nada inteligente.

Crowley no respondió.

—¿Teniente? —preguntó para asegurarse de que no les habían desconectado.

—Quizá tu amigo, el gordo hawaiano, me dé el nombre de su proveedor. Entonces no tendré que perseguirte. Simplemente, me aseguraré de que Dummy se entere de que estás delatando a todos tus amigos.

—Eso no tiene ni puta gracia. Estoy intentando ayudarte.

El auricular quedó en silencio.

Hervía de rabia cuando se puso detrás del volante. Deseaba que hubiera una forma de destruir al policía. Tal vez alguna hábil maniobra... Pero tenía cosas más inmediatas en las que pensar. Comprobó el nivel de gasolina. Necesitaba llenar el depósito para el largo camino. Tenía que hacer un par de paradas en Riverside y después debía dirigirse hacia el sur, al exclusivo barrio de La Jolla.

Capítulo 15

La noche anterior, llamó a Alfie para que arreglara un encuentro con el traficante mexicano local. Le dijo a su amigo que tenía un plan que le haría rico y que acabaría con la competencia.

—No vas a cargarte al tío, ¿verdad? —preguntó Alfie—. Eso sería una locura.

—No, no te pongas nervioso —respondió Stark—. Esto es estrictamente un asunto de negocios.

Stark necesitaba llegar al que manejaba el cotarro en la red mexicana para ver si les interesaría su polvo blanco de mayor calidad. Tenía un plan que le colocaría en el asiento del conductor y le haría rico.

El mexicano estaba esperando junto a su camioneta oxidada. Nada vistoso que pudiera llamar la atención. Todos los mexicanos que no querían destacar demasiado conducían una de éstas. Los chicanos con los coches trucados y bajos, casi a ras del suelo, siempre estaban en el punto de mira de la policía.

El camello era enorme, de piel oscura y rasgos indios. Otro mexicano igual de grande estaba con él. El otro tipo tenía aspecto de llevar un arma. El guardaespaldas no dijo nada pero mostró su desprecio hacia los dos gringos desde el primer momento. El camello sólo pronunció unas palabras salpicadas de numerosas obscenidades. Cuando se enteró de que no eran compradores sino vendedores, su actitud se volvió aún más ordinaria y suspicaz.

Diez minutos después, el ambiente se tino no de amabilidad sino de incertidumbre. Stark le dio una muestra gratis de la heroína de gran calidad que había sacado de la tubería del apartamento de Momo unas horas antes. Le dijo que se la enseñara a su jefe y le prometió abastecerle de forma ilimitada a un precio que resultaba casi ridículo. La oferta era tan buena que el mexicano abrió los ojos de par en par, sorprendido. Más tarde, Stark le explicó a Alfie que, después de la primera entrega, empezarían a aumentar los precios. Stark estaba seguro de que la codicia impulsaría a su jefe a llevar a cabo un encuentro. El miedo aparecía ante alguien que quisiera comprar, no ante alguien que quería vender. El mexicano llamaría a Alfie para fijar un encuentro con su jefe.

Eran las primeras horas de la tarde y las olas de calor ondulaban sobre el asfalto cuando Stark pasó despacio con el coche por delante de la Agencia de Viajes Azteca. Era un edificio largo, de un solo piso, nuevo y blanco, y en el escaparate frontal había coloridos carteles de viaje con nombres de lugares lejanos y posters de Greyhound, TWA, BOAC y otras. Giró la esquina y dio la vuelta en el callejón de detrás, vio que la agencia tenía una puerta trasera. Al lado, en un aparcamiento, había un Cadillac nuevo.

Aparcó a media manzana de distancia y caminó por el bulevar, se detuvo en el

escaparate como para observar las listas de precios de los viajes y las fechas. Pero en realidad estudiaba el interior, donde había dos empleados, un chico y una chica, ambos de unos veinte años, perfectamente vestidos, universitarios. No podían estar involucrados en la venta de droga. Atareados en sus mesas, no levantaron la vista. Merodeó disimuladamente y al final obtuvo su recompensa. Una mujer de mediana edad apareció por una puerta del fondo señalada como «Privado». Vestía ropa cara, llevaba el pelo gris bien arreglado y numerosas joyas de oro. Habló con los dos chicos, cogió algunos papeles y volvió a su oficina. Todo parecía legal. Quizá se había equivocado.

Stark se dio la vuelta. Tendría que esperar a que llegara el Hombre. Al otro lado de la calle había una cafetería con buenas vistas de la agencia. Se pidió una taza de café, se sentó junto a la ventana y se puso cómodo. Empezó a preocuparse, quizá Momo estaba largando el nombre de su proveedor. De ser así, el lugar pronto se llenaría de coches de policía.

Tras una hora de espera, decidió hacer mutis por el foro cuando un descapotable conocido giró la esquina del final de la calle. Era Dummy. Observó al mudo entrar a toda prisa. La puerta del «Privado» se abrió. Unos minutos después, Dummy salió y la mujer le acompañó hasta la puerta. Llevaba un pequeño paquete bajo el brazo. Stark podía imaginar qué contenía, Momo le había dicho que era el repartidor.

En cuanto Dummy se alejó con el coche, Stark dejó la mesa y cruzó la calle. Quizá el Hombre en persona seguía dentro. Una vez en la agencia de viajes, el frescor del aire acondicionado le relajó. La chica se levantó de su mesa y se le acercó. Estaba bronceada y se la veía sana, con una belleza alegre producto de la juventud y la salud. Le sonrió con sus dientes perfectos.

—Estoy planeando unas vacaciones de tres meses para mí y mi mujer. ¿Está el jefe? Me gustaría que me diera algunas ideas sobre costes e itinerarios.

—Tenemos un montón de folletos de viajes que puedo darle...

—No, prefiero hablar con su jefe.

—Veré si la señora Klein está disponible. ¿Quién debo decirle que es?

—Me llamo Burdman.

Se levantó, fue a llamar a la puerta de la oficina interior y entró.

Miró a su alrededor mientras esperaba. El chico estaba en su mesa escribiendo con diligencia. Excepto por una breve mirada, no le había prestado atención.

La agencia era pequeña pero parecía un negocio próspero, no sólo una tapadera. Esperaba encontrar al menos algún personaje oscuro, o algo secreto. De no ser por la visita de Dummy, habría pensado que iba por el camino equivocado.

La chica le llamó, sin borrar la sonrisa.

—Muy bien, señor Burdman, la señora Klein puede verle.

La chica le anunció y luego desapareció disimuladamente cuando la mujer rodeó

su mesa y se le acercó para darle la mano. Le sonrió pero Stark notó que los fríos ojos que le examinaban no albergaban ninguna simpatía.

—Señor Burdman, encantada de conocerle. Por qué no se sienta. Tengo entendido que usted y su mujer están planeando un largo viaje. ¿En qué puedo ayudarle?

Se estrecharon las manos.

—En realidad he venido a conocer al señor Klein. ¿Está aquí? Tengo algunos asuntos privados que discutir con él.

—Me temo que tendría que esperar mucho tiempo, señor Burdman. Verá, mi marido murió hace tres años y yo dirijo la agencia desde entonces.

—Un tío que conozco me aconsejó que viniera aquí, Momo Mendoza.

—Lo siento pero no me suena ese nombre.

—Le conoce. Es un traficante de droga hawaiano, muy gordo. Es imposible olvidarle. Probablemente es el único traficante hawaiano de California. Le ha estado vendiendo droga de buena calidad últimamente.

—Creo que se equivoca. No conozco a esa persona. Somos una agencia de viajes autorizada y llevamos quince años en este negocio.

—No me lo trago, señora. Acabo de ver marcharse al repartidor, mi amigo Dummy. El paquete que llevaba debajo del brazo no era precisamente de folletos de viaje.

—¿Se refiere al señor Floyd? Es mensajero de nuestros mejores clientes. Suele llevar personalmente los billetes de avión y las reservas a nuestros buenos clientes. Aquí no hay nada ilegal. ¿Quién es usted, de la policía? Enséñeme su identificación.

—Vamos a dejar de engañarnos. He venido hasta aquí para hacerte un favor. Bueno, eso si Momo no está cantando como un pajarito delante de la policía mientras hablamos. Le detuvieron hace un par de horas. Momo y yo somos socios. Me dijo que eras su contacto, sólo que él te llama el Hombre.

—Si no se marcha inmediatamente, llamaré a la policía. Reconozco una estafa cuando la veo y también reconozco a un ex convicto. La policía se alegrará de arrestarle en cuanto le denuncie.

—Bien, no nos precipitemos. He venido a hacerte un favor, un gran favor. Resulta que sé que tu mayor competidor, la red mexicana, pronto estará fuera de circulación. Con la droga de alta calidad que tienes, podemos ocupar su lugar. Ellos tratan principalmente con mexicanos pero mi socio, Momo, puede ocuparse de eso. Ya tengo contactos listos para ponerse manos a la obra.

—¿Quién más sabe que ha venido hasta aquí? —preguntó algo más interesada—. ¿Quién le ha hablado de mí?

—Mi socio, Momo, pero él siempre te llamaba el Hombre. Supongo que querría despistarme.

—¿Ese tal Momo dice que me conoce?

—Por supuesto.

La señora Klein lanzó una carcajada.

—Ningún traficante me ha visto nunca. Excepto uno y el señor Floyd, el hombre al que llama Dummy, se encargó del problema. ¿Cómo sé que no es policía? ¿Cómo sé que todo lo que me ha dicho no es mentira?

—Pregúntale a Dummy si no me conoce. Pasamos un tiempo juntos, cortesía del Estado. Somos amigos, él puede responder por mí.

—¿Le ha hablado él de mí?

—Lo dudo mucho, no le llaman Dummy porque no pueda hablar. Le llaman así porque no quiere hablar.

—Entonces, ¿cómo me ha encontrado?

—Dummy no debería ir por ahí con el librito de cerillas de la agencia. Eso, y el hecho de que Momo sabía que el contacto estaba en La Jolla. Simplemente até los dos cabos. La visita de Dummy de hoy me lo ha puesto en bandeja.

—¿Quién más sabe de mí?

—Bueno, tendré que contárselo a mi socio, Momo, pero él no dirá nada. Le tiene miedo a Dummy.

—¿Cómo sé que puedo confiar en lo que dice? ¿Por qué debería?

—Me necesitarás. Nos necesitamos el uno al otro. Ahí fuera hay millones esperando a que los cojamos.

—Déme veinticuatro horas para pensármelo. No estoy segura de poder manejar el suministro para una gran expansión del negocio. Y tampoco sé si quiero. Las cosas me van bien tal y como están.

—Si no damos el paso ahora, alguien más lo hará, y no querrán competencia. Es ahora o nunca.

—Deje que me lo piense. Déme un número en el que pueda localizarle. Tengo que comprobar si puedo y quiero meterme en esto. Mientras tanto, olvide que ha estado aquí. No se lo diga a nadie, no si quiere seguir viviendo.

—No tengo ningún número que darte pero Dummy sabe cómo encontrarme. Momo también. Si no sé nada en veinticuatro horas, cierto detective de narcóticos se enterará de nuestro pequeño encuentro.

—No hay necesidad de amenazarme, no tiene pruebas. Ni siquiera ahora. No me la juegue o conocerá una faceta muy diferente del señor Floyd. ¿Me he explicado bien?

—Intentemos llevarnos bien. Ninguno de los dos quiere ir a la cárcel, y menos cuando estamos a punto de iniciar una relación muy beneficiosa. Esperaré tu llamada.

La señora Klein apretó su mano extendida. Una buena señal de que el trato estaba en marcha. Tenía muchas ganas de contarle a Momo que el Hombre era una mujer. Menuda sorpresa.

—Supongo que sabrá encontrar la salida, ¿verdad, señor Burdman? Aunque ése no es su verdadero nombre, ¿no? Si vamos a ser socios, debería saber su nombre real. ¿Cómo se llama?

—Puedes llamarme Stark.

—Buenos días, señor Stark. Tendrá noticias mías.

Stark salió de la agencia y caminó por la manzana. La calle ardía. Pasar del fresco de la agencia al horno del exterior era como que te golpearan en la cabeza con un martillo. Encontró una cabina y llamó a casa de Momo. Ya le deberían haber soltado de la comisaría.

El teléfono sonó y sonó. No hubo respuesta. Momo no podía seguir en la cárcel, no podía haberle dicho quién era su contacto a Crowley. No sabía que era una mujer. ¿Era posible que el policía estuviera presionándole como le hizo a él? Volvería a llamar cuando llegara a Oceanview.

Mientras conducía en dirección a casa, se preguntó si había enfocado el asunto de forma correcta. La señora Klein no era ninguna ingenua. De hecho, parecía peligrosa. Si daba un paso en falso, podía acabar en la trena, o muerto. No podría engañarla. Tendría que pensar en la forma de establecer su red en cuanto ella le diera luz verde. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Y cómo se lo contaría todo a Momo, sobre todo la parte de Dorie? Tendría que deshacerse de la mujer. Necesitaba más a Momo. Ella sobreviviría.

Capítulo 16

Los últimos rayos rojos del día se proyectaban sobre Oceanview cuando Stark entró en el Panamá Club. A esas horas, había poca acción. Los dos camareros, ya de servicio, estaban reponiendo el material y las bebidas. Las putas estaban sentadas en los taburetes, tres urracas que mascaban chicle y charlaban de forma escandalosa. Había un puñado de clientes en el bar y la *jukebox* estaba en silencio por el momento.

—Llegas pronto, cielo —comentó una de las chicas.

—Tal vez pille una buena mano, preciosa. A quien madruga, Dios le ayuda. — Stark se dirigió hacia un taburete vacío al fondo. Entonces, se detuvo—. Elaine, ¿has visto a Momo?

La chica miró a Stark. Se percató de su aspecto demacrado y se equivocó al imaginarse el motivo.

—No, cielo. Creo que no ha venido en todo el día. Otra gente ha venido antes preguntando también por él. Tenían mala pinta así que Jess les dijo que se fueran.

Asintió.

—Gracias. Sólo quería verle, invitarle a un trago.

Se fue al taburete, pensativo; Crowley había cumplido su parte pero, ¿dónde estaba Momo? Stark tendría que llamar al policía para enterarse de qué estaba pasando. Necesitaba a Momo para la nueva expansión del negocio pero el policía no descansaría hasta poner a alguien a la sombra. ¿Cómo evitar ir a la cárcel y conseguir que el trato funcionara justo delante de sus narices? Este sería su mayor golpe, si conseguía llevarlo a cabo. Tenía que darle a alguien. Pronto.

Apareció el camarero y también hizo un comentario sobre su llegada temprana. Se encogió de hombros y se obligó a darle conversación.

—No tenía nada más que hacer. Pensé en venir y estar con una de las chicas antes de que tenga más trabajo. Puede que hasta me gaste algo de dinero con ella. —Guiñó el ojo de forma significativa y el camarero se rio.

—¿Tienes alguna en mente?

—Es todo lo mismo, ¿no? En la oscuridad, todos los gatos...

—Deberías probar con la nueva oriental, la pequeña. Estuve con ella hace un par de noches. Es muy buena.

—Puede que lo haga. El otro día la estuve observando. Ponme una copa doble de Harper's y ponte otra para ti también. —Sacó un grueso fajo de verdes—. Estoy forrado.

Algo que Crowley podría tragarse sería acabar con toda la red mexicana. Alfie, en su encuentro en Santa Ana, le había dado el nombre del mexicano que repartía en la zona. Un ilegal, probablemente. Una vez Crowley le pillara, podría presionarle con la repatriación. Eso le mantendría ocupado y le daría a él y a Momo la oportunidad de

meterse.

Se acercó al teléfono que había junto a la puerta del servicio de hombres y llamó a Momo.

—¿Diga?

Mierda, era Dorie.

—¿Qué coño haces en casa de Momo? Te dije que no te dejaras ver. Me vas a joder el trato con Momo. ¿Estás loca?

—No podía quedarme en tu casa. Sonó el teléfono hace una hora o así. Lo cogí pero nadie dijo nada. Quince minutos después, volvió a sonar. Pensé que eras tú y te mandé a la mierda. Tú no llamaste, ¿verdad?

—No, yo no te llamé. Alguien se tiene que estar divirtiéndose.

¿Sería posible que Klein se hubiera decidido tan rápido?

—Pues me puso los pelos de punta así que volví a casa de Momo, pero no está aquí. Supuse que estaba contigo en el club.

—Aquí no está. ¿Dónde coño se habrá metido? Hay clientes que le están buscando. Será mejor que te quedes donde estás. Momo no tiene que saber dónde dormiste anoche. Cuéntale alguna mierda, eso se te da bien. Yo le comenté que seguramente te fuiste a tranquilizarte y que volverías. Te llamaré en cuanto le vea.

Colgó y marcó el número de Crowley.

—Quiero hablar con el teniente Crowley.

—Está fuera de su despacho. ¿Quién le llama?

—Me llamo Stark.

—Dijo que necesitaba hablar con usted urgentemente. Por favor, déjeme su número y le llamará en cuanto vuelva.

—No voy a dejarle ningún número. Volveré a llamar en una hora.

Con un trago doble de *bourbon* encima, Stark pensó en cómo se iban colocando todas las piezas. Se desharía de la red mexicana con una única llamada al siempre agradecido Crowley. Telefonó de nuevo al apartamento de Momo pero Dorie le dijo que aún no había aparecido. Parecía asustada. Él estaba a punto de saturarse emocionalmente. Demasiadas traiciones en tan poco tiempo habían agotado su capacidad de estimulación. No se sintió tenso cuando miró la hora. Sólo se preguntaba si Momo estaba bien.

Después de otro trago doble, el *bourbon* empezó a hacer efecto. La ansiedad desaparecía, sus ojos vagaban por los estridentes confines del club que ya se había llenado con la clientela habitual. Sin buscarla de forma consciente, se encontró observando a la asiático-americana que le había comentado el camarero; era la misma chica a la que había mirado fijamente Dummy la noche anterior. Era preciosa, pequeña y perfectamente proporcionada, tenía aspecto de ser muy joven. Por alguna alquimia extraña, la mezcla de sangre creaba en ella un aura similar a la que

desprendía Dorie, sensual e inocente. Llevaba el pelo negro azabache recogido en un moño dejando a la vista los altos pómulos que acentuaban su cara de duendecillo y los ojos de almendra. En ese momento, ladeó la cabeza para adoptar una pose socarrona mientras escuchaba a un cliente mayor. Sus ojos en forma de almendra se encontraron con los de Stark.

Stark notó la mirada del camarero y le llamó.

—¿Conoces a esa pequeña preciosidad?

—¿A cuál?

—A esa menuda de ahí. De la que hablamos antes.

—Sí, claro, Toy. Si quieres conocerla, está en el mercado.

—¿Está con alguien mayor?

—No, está libre, pero muchos se la están jugando.

—Apuesto a que sí. ¿Cómo habías dicho que se llamaba?

—Toy.

—El nombre le pega. Dile que se venga conmigo, quiero invitarla a una copa.

El camarero asintió y se alejó.

—Toy —murmuró Stark mientras observaba a la chica cuando el camarero la llamó para que se acercara. Dorie se había marchado así que posiblemente necesitara a una nueva preciosidad, a alguien que no le diera complicaciones. No cabía duda de que era la chica más atractiva del barrio. Terminó lo que le quedaba de la copa y la observó caminar hacia él.

Tenía una gracia fuera de lo común, era provocadora sin resultar tan descarada como la mayoría de las que hacían la calle. Su sonrisa, cuando llegó junto a Stark, era profesionalmente traviesa y hastiada. Ella captó el ligero exceso de alcohol en sus ojos vidriosos.

—¿Querías verme? —No lo dijo como una pregunta sino como un reto y una invitación.

—Sólo quería charlar un rato.

Su sonrisa se desvaneció ligeramente.

—El tiempo es dinero, cariño.

—Lo sé, el mío es muy valioso.

La sonrisa desapareció del todo y la sustituyó una expresión de perplejidad. No habló durante bastante tiempo y tampoco podía leerse lo que pensaba en la negrura de sus ojos.

—¿Entonces? —preguntó finalmente la chica.

—Siéntate y tómate una copa. —Le hizo un gesto señalando un taburete.

Ella miró el taburete y después a él. Sabía que se debatía entre si era un ingenuo o si sólo estaba de broma.

El le sonrió y le enseñó el grueso fajo de billetes.

—No suelo ser un cliente, nena, pero esta noche voy a lo grande. Soy rico, así que, ¿cuál es la tarifa por charlar?

Toy miró nerviosa a su alrededor para asegurarse de que no hubiera policías de antivicio que pudieran haber visto los verdes. Dudó, después se subió al taburete.

—Guarda eso. Charlar sólo cuesta una copa. De lo demás, ya hablaremos más tarde. Pareces saber cómo funciona el juego.

—Nena, soy yo quien lo inventó.

Toy sonrió ante la fanfarronada.

—¿Qué quieres tomar?

—Un destornillador.

Chasqueó los dedos para llamar al camarero, pidió la copa de ella y otra para él.

—No pierdas dinero por mí, nena —dijo—. Si se presenta alguna presa, ocúpate de los negocios. —Le guiñó el ojo, ella se ruborizó—. Resulta agradable que puedas hacer eso —dijo—. Sonrojarte. No eres tan dura como quieres aparentar.

—Veremos lo dura que soy si entra alguien.

—Haz lo que tengas que hacer. A eso se le llama ocuparse de los negocios. —Soltó una carcajada y ella le acompañó. Las arrugas que se le formaban al sonreír le daban el aspecto de una niña joven e inocente—. Te llaman Toy. ¿Cuál es tu apellido?

—O’Neill.

—Toy O’Neill. Impresionante. Muy profesional, como Suzy Wong o algo así. —Observó sus ojos brillantes, la pureza de su piel—. Eres una muñeca, nena, una verdadera amante de la buena vida.

—Igual que tú. Sabes muy bien lo que hay que decir en cada momento.

Pero ella se mostraba radiante ante sus provocaciones.

—Ese soy yo, preciosa. Ernie Stark, estafador, jugador, y el charlatán más importante del mundo. Pero tú casi me has dejado sin palabras. Puede que hasta invierta un poco de dinero y tiempo en ti.

Ella soltó una carcajada.

—Eres demasiado.

—Cuéntame algo de ti.

—De mí. ¿Qué quieres, la sórdida historia de cómo algún tío me dejó destrozada y ahora quiero vengarme de todos los hombres? ¿O la de cómo me engañaron para que me metiera en esto?

—Cuéntame lo que quieras. Una buena mentira es mejor que una verdad aburrida.

—Sólo una cosa, no me sueltes el típico sermón de mierda de que debería encontrar un hombre, casarme, formar un hogar y criar a mis hijos.

—Preciosa —dijo Stark fingiendo sentirse herido e indignado—, jamás te diría algo así. Yo tampoco soy de los que se casan. Quiérelas y déjalas. Esta vida es una locura, rápida y peligrosa. Me encanta. —El camarero les llevó las copas. Pagó y

cogió la suya—. De hecho, brindemos por la forma en que vivimos. Puede que no dure mucho pero, ¿a quién le importa? —Stark acabó con la copa doble en dos rápidos tragos y buscó al camarero inmediatamente.

Toy O'Neill estaba fascinada con Stark; le observaba con una sonrisa grabada en la cara. El se volvió a mirarla, esta vez con expresión seria.

—¿Qué pasará cuando no seas joven ni guapa?

—Hace un momento has dicho que «a quién le importa».

—Eso ha sido hace unos minutos. Puedo decir cualquier cosa.

—Aún queda mucho para eso, sólo tengo veinte.

—Veinte. ¡Joder, ni siquiera deberías estar aquí bebiendo!

—¿No lo dirás en serio? —Entonces ella vio un amago de sonrisa y le dio una palmadita juguetona en la muñeca—. Para ya.

—En serio, ¿de dónde vienes? Eres nueva por aquí.

—Estoy en libertad condicional del reformatorio de chicas del estado.

—No te han soltado para que hagas esto.

—No. Me soltaron para que fuera camarera en un fumadero en el centro de Los Angeles.

—Estás mucho mejor aquí. Oceanview no está tan mal. Es pequeño y no hay demasiada competencia. Al final sabes quién es quién y cosas así. A mí me va bien.

—Estoy segura, bueno, eso es lo que parece por el fajo de billetes. ¿A qué te dedicas? La pasta no será de alguna anciana, ¿no?

Hizo un gesto despectivo con la mano.

—Ninguna mujer puede ganar tanto como yo. No pueden seguirme el ritmo. Yo me muevo, nena, voy siempre hacia delante.

A todo esto le siguió una oleada de palabrería unida a una sensación de poder; en aquel momento, el fanfarronear con frases grandilocuentes reflejaba la verdad de ese momento, su verdad.

—Soy el rey de todo porque soy frío, nena, porque soy ingenioso y soy frío. Hago lo que quiero y no siento nada. Si alguien se interpone en mi camino, me lo quito de en medio de golpe; sabrán que les ha pasado algo malo pero no sabrán cómo. El fajo de billetes es grande ahora pero en una semana tendré mucho más. Puede que hasta me compre este sitio. Tengo algo entre manos...

Dejó que la historia se desvaneciera sin dar más detalles; a pesar del whisky, sabía perfectamente que no debía contar más de la cuenta.

A Toy le picaba la curiosidad, se le notaba por la frente arrugada y por la forma en la que se acercaba a él; pero conocía tan bien cómo se la gastaban los tíos con grandes fajos de billetes que actuaban como si se las supieran todas que no le presionó para sacarle más información.

El siguió hablando, sin decir nada, deleitándose en su propia voz. Alternaba entre

halagar a Toy y fanfarronear sobre sí mismo. El monólogo tenía un toque de humor, el suficiente para camuflar el ego. La chica no paraba de soltar risitas, fascinada.

El camarero interrumpió la conversación para llevarse a Toy a un lado y susurrarle que le ofrecían mucho dinero en el otro extremo de la barra. Toy volvió y miró a Stark pidiéndole perdón con los ojos.

—Una chica tiene que ganarse la vida. —Fue la frase final de su explicación.

Esperó a que le hiciera algún comentario pero él tenía los ojos somnolientos y no se percató de la pausa con la que esperaba su aprobación.

—¿No te importa? —le preguntó finalmente.

—Una chica tiene que ocuparse de sus asuntos. Los negocios siempre son lo primero. —Soltó una carcajada y le guiñó un ojo.

Ella se deslizó del taburete.

—¿Cuándo te veré? ¿Más tarde?

Stark miró su preciosa cara, su expresión aún no era dura. La chica merecía la pena.

—Mañana. Si las cosas salen bien, puede que hasta te llene el carné de baile entero.

—No hace falta —dijo en voz baja.

Parpadeó al darse cuenta de que se le acababa de insinuar. Antes de que pudiera asimilar la idea, Toy se había marchado. La observó contonearse por el local.

—Joder —murmuró—. Soy muy bueno. He pillado a la mejor fulana del sitio sin ni siquiera intentarlo.

Se regodeó pensando en la oferta y en ese momento se acordó de mirar la hora. Eran las nueve y media. Sin demasiado entusiasmo, se dio cuenta de que era el momento de llamar a Crowley para descubrir qué era tan urgente. ¿Seguía teniendo retenido a Momo? Observó cómo Toy flirteaba con el cliente. La vería mañana. Tenían una cita. Se alejó de la barra y se dirigió hacia la puerta, vacilante. A su alrededor, el Panamá Club bullía de actividad. Aquella gente con el alma rota reía hasta llorar, la música atronaba, el ambiente estaba cargado de humo.

Capítulo 17

Al caer la noche, la fría niebla que cubrió Oceanview aplastaba el resplandor de las farolas contra las bombillas y difuminaba los contornos de los edificios y de los coches aparcados. No corría el aire, sentía el ambiente frío y húmedo contra las mejillas. Respiró profundamente y cerró los ojos intentando aclararse las ideas. Los sonidos del club se fueron diluyendo mientras caminaba hacia el familiar aparcado tras la esquina. Le dolía ligeramente la cabeza y tenía el estómago revuelto. En cuanto terminara de hablar por teléfono con Crowley, se metería una dosis. El opiáceo se ocuparía del dolor.

Giró la esquina y vio su coche a dos manzanas de distancia. En la pequeña calle paralela estaba aún más oscuro y había menos tráfico. Al otro lado, enfrente del coche, sólo se veía la cara oscura de una silueta robusta escondida entre las sombras.

Vio acercarse un coche entre la niebla y cuando éste se colocó en línea con el extraño, se escucharon una serie de fuertes explosiones. Estallaron con potencia y resonaron en los edificios de alrededor. El sonido le resultó familiar. Disparos. Estaba a unos veinte metros del tío que ahora avanzaba en su dirección. Se sentía como si observara desarrollarse la escena desde fuera, captaba la realidad a través del aturdimiento provocado por el *bourbon*. Una especie de descarga eléctrica le atravesó. Alguien le estaba disparando. El tío no se parecía a Dummy, se movía demasiado despacio. ¿Le habría enviado la señora Klein? ¿Era ésa su respuesta?

Sin dudarle, Stark se metió entre dos coches y salió al asfalto. El miedo instantáneo se convirtió en pánico. Avanzó por la calle mirando hacia atrás, a la acera. La figura cruzó entre otros dos coches para interceptarle. Se dio la vuelta y echó a correr en la dirección de la que venía.

Escuchó el sonido de unos pasos pesados en la niebla, detrás de él. Estuvo a punto de gritar antes de acelerar el paso. El sonido sordo de las pisadas se acercó aún más. Miró hacia atrás justo en el momento en el que el revolver lanzó una lengua de fuego, el estallido le llegó simultáneamente. Un trozo de la pared que tenía al lado le golpeó en la mejilla. Siguió otros dos disparos casi en una única explosión.

El terror hizo que le volaran las piernas. Llegó a la esquina de la calle principal y giró a la derecha, siguió corriendo a toda velocidad por la acera y después se agachó a la izquierda entre algunos coches aparcados para continuar gateando por el asfalto y que los cuerpos de acero se interpusieran entre él y las balas.

No le siguieron más disparos aunque tenía todos los músculos tensos debido al impacto. Llegó a la siguiente intersección y miró hacia atrás al girar la próxima esquina. La calle estaba vacía. En la manzana siguiente, se reunió un grupo de gente bajo la luz de la puerta del Panamá Club atraído por el sonido de los disparos. Sintió la tentación de colarse entre la multitud para protegerse pero sabía que allí no estaría

realmente seguro. La muerte podía acechar entre las sombras, podía estar en cualquier parte. Volvió a girar a la izquierda, corrió media manzana y luego giró por un camino de entrada. La gravilla crujió fuertemente como si quisiera gritar dónde se encontraba.

El camino llevaba a una vieja casa de apartamentos con una fila de garajes cerrados y un sucio patio rodeado por una valla de maderos. Stark se acercó y se dio la vuelta, con el corazón latiéndole fuertemente y los ojos desorbitados. Estaba atrapado, tenía miedo de saltar la valla y entrar en el callejón que había detrás, miedo de lo que podría estar esperándole allí. A través de la niebla que empezaba a despejarse vio una fila de contenedores de basura junto a la silueta cercana de una incineradora. Gimoteando y jadeando, saltó como pudo, se agachó junto a los contenedores y observó la boca del camino. Las farolas le daban un tono gris claro.

Agudizó el oído para escuchar el sonido de pisadas, esperaba ver aparecer la figura. Pero no hubo ningún movimiento, sólo el de la niebla que se arremolinaba. Todo permanecía en silencio excepto por el leve sonido de la música procedente de algún lugar del edificio y el ocasional zumbido de algún coche al pasar. En una de esas veces, un coche se acercó lentamente por el callejón y la luz de los faros se filtró por las grietas de la valla. Se agachó aún más preguntándose si el conductor que no pudo ver era el mudo.

Los minutos se convirtieron en media hora. Los fuertes latidos del corazón y el terror ciego que había sentido cesaron. Tenía miedo de marcharse y se aferró a su seguridad temporal. Se sentó y estiró las piernas para aliviar los músculos doloridos. Le picaba la cara y, al rascarse, descubrió un hilillo de sangre seca que le surcaba la mejilla. Se había cortado con el trozo de pared. Se mojó el pañuelo en la lengua, se limpió la sangre y tembló al darse cuenta de lo cerca que había estado de la muerte.

—Joder, qué poco ha faltado —murmuró. El sonido de su voz parecía irreal. Negó con la cabeza y se puso a pensar...

Klein le quería muerto. Eso estaba claro. Pero, ¿por qué? Intentó pensar dónde se había equivocado pero no lo consiguió. Le había ofrecido un trato magnífico. ¿Por qué la encerrona? Tras sopesar todas las teorías que se le pasaron por la cabeza, llegó a la conclusión de que no quería dejar a nadie con vida que pudiera identificarla. Lo pensó detenidamente y decidió que era lo mismo que habría hecho él si se encontrara en el mismo aprieto; especialmente con un yonqui estafador que había aparecido de la nada y sabía demasiado. Joder, se planteaban muchas hipótesis diferentes y no tenía forma de saber cuál era la correcta. ¿Habría descubierto Momo lo suyo con Dorie, o lo de Crowley?

Ahora, el problema que se planteaba era saber qué hacer. Barajó varias alternativas rápidamente: buscar a Klein e intentar relajar la situación; hacer una llamada anónima a la policía; fugarse. Estas ideas se pisaban unas a las otras y las

descartaba casi con la misma rapidez. Klein era demasiado peligrosa y podría mandar a otro asesino a que acabara con él. Por una vez, la policía quedaba fuera de toda consideración; incluso una llamada anónima provocaría muchas investigaciones y podía salir a la luz demasiada mierda. Estaba jodido.

Lo único que podía hacer era desaparecer. Klein no le seguiría el rastro en otra ciudad, quizá en otro estado. Tal vez la policía le buscara pero no demasiado. Podría llevarse a Dorie con él. ¿Adonde? Se le ocurrió San Francisco. La droga en la zona de la bahía costaba el doble que en Los Angeles. A esos precios, tenía material por el valor de casi mil doscientos dólares, además de los mil trescientos en metálico que llevaba en el bolsillo. Era un buen fajo de billetes y Stark conocía a la madame de un burdel en Napa Valley donde Dorie estaría segura. Muchos de los condados más pequeños de la parte norte del estado tenían salas de póquer donde podía hacer sus chanchullos. Había opciones. Aunque no muchas.

Se le ocurrieron algunos otros lugares pero la primera opción parecía la mejor considerando todas las posibilidades.

—Sí, es hora de largarse —se dijo a sí mismo. Al día siguiente por la mañana, a la luz del día, sería seguro pasarse a recoger el coche. El barrio estará lleno de gente. ¿Qué hacer hasta entonces? ¿Cuánto tiempo tenía?

Encendió un cigarro tapando con cuidado el fuego para que no se viera el resplandor y volvió a repasar la situación. El factor que requería una consideración especial era la policía. Si ponían en marcha a todos sus efectivos, le encontrarían. Una manera de quitarse a Crowley de encima sería llamarle y entregarle a Klein. No había conocido al jefe mexicano así que no podía darle eso también. Tenía que encontrar una cabina.

En una esquina, proyectando una extraña luz en la niebla, había un quiosco veinticuatro horas. Stark se deslizó dentro de una de las cabinas, puso una moneda en la ranura y llamó a la comisaría de policía. Le pasaron inmediatamente con Crowley.

—¿Dónde coño te has metido, rata asquerosa? —fue su saludo.

—Te lo diré si me dejas abrir la boca. He estado esquivando balas. Alguien me ha disparado y no creo que fuera Dummy. ¿Algún otro tipo? ¿Quién sabe lo nuestro?

—Escucha, no me importa una mierda lo que te haya pasado ahora que me has echado encima un asesinato.

—¿Qué asesinato? ¿A quién han matado?

—¿Quieres decir que no te has cargado a tu socio, Momo?

—¡Joder! ¡No me digas que está muerto!

—¿No lo sabías? Pues a mí me parece que me la has jugado como a un imbécil. Encierro a Momo unas horas, le presiono, le asusto, y todo para que tú tengas la tarde libre y te puedas follar a su novia. ¿Es que crees que tengo pinta de chulo?

—¿Dónde le han matado? ¿Cuándo?

—Unas horas después de que le soltara recibí una llamada de una mujer. Me dijo que enviara una ambulancia a su apartamento. Cuando llegó, ya había muerto y la novia no estaba por ninguna parte. Si no le has matado tú, quizá haya sido ella.

—Dorie no es ninguna asesina, créeme. Ella es su peor enemigo. No creo que ni siquiera sepa disparar un arma.

—He dado una orden de busca y captura para ella y para ti. Puede que te cargue el asesinato de Momo. Podrías enfrentarte a la cámara de gas incluso por quitar de en medio a un perdedor como ése. Será mejor que te entregues.

—Quizá podamos hacer un trato. Tal vez quien mató a Momo sea el mismo que me ha disparado a mí. Yo no he matado a Momo, créeme, y tampoco ha sido Dorie quien me ha disparado. Dame hasta por la mañana y te lo daré todo bien atado. Hasta te revelaré la identidad del Hombre.

—Demasiado tarde. No voy a retirar a los perros de presa. Te quiero en una celda. Esta noche.

Colgó el teléfono.

Capítulo 18

Dorie sólo podía estar en un lugar. Debía haber vuelto a su apartamento. ¿Acaso Momo se había pasado con sus insinuaciones? ¿Le había matado ella? ¿O lo había hecho Dummy? ¿Cómo había conseguido escapar? Sería mejor que la llamara para avisarla de que se escondiera.

No salió de la cabina. Rebuscó en los bolsillos otra moneda y marcó su número. El teléfono sonó y sonó. Nadie respondió. Entonces, finalmente, una voz vacilante contestó.

—¿Diga?

—¿Estás bien?

Pausa.

—Sí.

—¿Has llamado tú a la policía? ¿Sabes quién ha matado a Momo?

—No, sucedió mientras yo estaba en el baño, pinchándome. Momo había llegado unos minutos antes y estaba muy nervioso. Me dijo que la policía se lo había llevado para interrogarle pero que le parecía extraño que no le hubieran cacheado a pesar del material que llevaba. No entendía qué estaba pasando pero pensó que tal vez tú tenías algo que ver. Estaba fuera de sí y me puso muy nerviosa. Tuve que meterme. Me estaba quedando dormida en el baño cuando escuché dos disparos y cerré la puerta con pestillo. Cuando salí, Momo estaba en el suelo en medio de un charco de sangre. Muerto. Pensé que tal vez tú fueras el asesino, que habías disuelto la sociedad. Momo no le abría la puerta a nadie, sólo a ti y a Dummy.

—Escucha, nena. Soy un estafador de tres al cuarto, un timador, un yonqui pero nunca he disparado un arma en mi vida.

—¿No tienes una? La noche que fui a tu casa llevabas una en la mano.

—Eso es sólo para protegerme. Si los yonquis saben que tienes polvo blanco, eres un objetivo principal, pero no soy ningún pistolero.

—Pues será mejor que aprendas a usarla, y rápido. Quienquiera que sea el que ha matado a Momo, ahora irá a por ti.

—Soy muy consciente del peligro, por eso te llamo. Ha llegado el momento de que nos vayamos de la ciudad. Dame una hora, pasaré a buscarte con mi coche. Tocaré la bocina dos veces. Baja rápido. Déjalo todo excepto el polvo, el instrumental y la pasta que tengo escondida. La encontrarás debajo del fregadero en una pequeña balda pegada a la parte de abajo. Recuerda, tocaré la bocina dos veces. Si no bajas en dos minutos, te dejaré sola.

—Muchas gracias. —Y colgó.

Tras haber tomado una decisión, se tranquilizó. La tensión de los últimos días desapareció, todo había terminado. El juego le salió mal, pero habría otros. Había

aprendido a jugar gracias a otros errores. De hecho, sus temores eran tan leves que se preguntaba por qué no se sentía más aliviado. Gruñó y negó con la cabeza. Su vida seguía en peligro pero ya había conseguido desaparecer en otras ocasiones. Se preguntaba dónde estaba Dummy. Él y otro tío armado seguían por ahí. Su familiar estaba escondido pero podía resultar un lugar peligroso. Estaría seguro durante un tiempo si lograba esquivar a la policía. Casi se ríe ante la idea de que tanto los buenos como los malos querían verle muerto. Encontró un lugar escondido próximo al coche. Podría vigilarlo durante un tiempo para comprobar si el tirador estaba cerca.

Pensó que también podía colocarse mientras esperaba y sacó uno de los paquetitos del bolsillo. Abrió con cuidado el papel de aluminio y lo aplanó. Se humedeció la punta de un dedo, lo mojó en el polvo blanco y se lo llevó a la mandíbula y a la nariz. Esnifó profundamente, aspirando la heroína por la nariz, y repitió el proceso. Era más lento y se desperdiciaba más que con la aguja pero consiguió su objetivo. Sintió cómo le subía el ardor. Cinco minutos después, el duro y húmedo suelo le parecía tan cómodo como un suave colchón. Resultaba extraño lo rápido que había reaccionado ante la oscura silueta cuando el coche disparó, era fruto del condicionamiento. Reconocía un disparo cuando lo escuchaba.

Al inundarle la euforia, se olvidó de Dummy. El malestar, la niebla, la muerte, nada conseguía afectarle. Podía haber entrado en la cámara de gas sin temblar, una dulce capa de irrealidad cubría el miedo. Le parecía increíble que sólo una hora antes había sentido un terror tal que su mente se negó a actuar. Su cuerpo entró en modo de defensa automática.

Más tarde, se despertó. Las brillantes manecillas de acero de su reloj de pulsera marcaban las cinco en punto. Empezaba a amanecer, era hora de ir a por Dorie.

Con cautela, pero sin miedo, se subió en uno de los contenedores de basura de metal y miró por encima de la valla. El callejón estaba desierto. La madera crujió al saltarla y caer al otro lado, agachado, sin moverse y con los ojos y los oídos atentos a cualquier sonido o movimiento. Sólo se escuchó el débil zumbido de un coche en otra calle, en algún lugar entre la niebla.

Avanzó a zancadas rápidas y silenciosas. En la primera calle, esperó largo tiempo entre las sombras. Después, corrió a través de la zona abierta para volver a ocultarse en la oscuridad del callejón. Más adelante, a través de la niebla, pudo ver las luces del bulevar principal. Como un caballo al percibir la presencia de agua o su casa, aceleró el paso. Unos momentos después, se dirigió a su apartamento subido en su coche.

En la niebla, los faros de los vehículos que se acercaban por la autopista se veían amarillentos y sin vida. El oleaje espumoso de la playa cercana no era más que un sonido lejano entre el monótono gris. Condujo despacio, aún se encontraba en el país de la felicidad. No era el momento de colocarse; se sentía demasiado vulnerable, demasiado estúpido. Juró que se desengancharía. Mañana.

Finalmente, paró al otro lado de la calle enfrente del edificio de su apartamento. Pensó en Dorie esperándole, probablemente medio enferma por su necesidad de él. Casi seguro se habría pinchado en cuanto supo dónde escondía el alijo. No había sido un movimiento muy astuto. Tocó la bocina dos veces y esperó.

Pasaron cinco minutos.

Volvió a tocar dos veces.

Ni rastro de Dorie.

Salió del coche y levantó la vista hacia las ventanas de su apartamento. Dorie estaba allí. Le hacía gestos para que subiera. ¿Qué coño pasaba? ¿Por qué no abría la ventana? ¿Por qué no bajaba? Decidió bajarla a rastras. No quería marcharse sin ella. Se deslizó por la calle no sin antes asegurarse de que ni Dummy ni la policía estaban a la vista.

En las escaleras de madera, disminuyó la marcha cuando algo le vino de repente a la cabeza. Se dio cuenta de que su casa estaba a oscuras cuando no debería estar así. ¿Acaso Dorie le hacía señales para que se largara? ¿Le estaría esperando Dummy? ¿Cómo había encontrado su casa? La misma sensación de peligro que sintió cuando le dispararon desde el coche en el Panamá Club le inundó de nuevo. El estómago se le dio la vuelta.

Varias ideas se le presentaron en su cruda realidad. El primer impulso fue darse la vuelta y salir corriendo pero continuó avanzando por las escaleras que le quedaban. Tenía la seguridad de que Dorie no estaba sola. Dummy o el otro tirador debían tener instrucciones de acabar con Momo y con él. Si ése era el caso, no dejaría a Dorie viva como posible único testigo, aunque no supiera quién era Klein.

No podría sorprender a nadie que le estuviera esperando. Sacó la 25 automática y la cargó. Quitó el seguro. Apagó la luz del vestíbulo y esperó. Si alguien retenía a Dorie, tendría una pistola lista para empezar a disparar en cuanto abriera la puerta. ¿No había visto a Humphrey Bogart en una escena igual? ¿Qué había hecho él?

Pasó rápido por delante de la puerta, se puso de rodillas y alcanzó la cerradura con la llave para abrirla. No se puso delante de la entrada sino que se quedó agachado al girar el pomo y empujar ligeramente la puerta con la pistola.

—¡Cuidado! Tiene un arma, está detrás de la puerta —gritó Dorie desde la oscuridad.

Inmediatamente después, se escucharon dos disparos desde el interior del apartamento. Las balas rompieron la puerta y se clavaron en la pared de la entrada que le quedaba detrás.

Stark devolvió los disparos a través de la madera en la dirección de los agujeros. Escuchó un quejido de dolor seguido de un golpe seco. Un cuerpo bloqueaba la puerta que no podía abrirse más. El vestíbulo se llenó del humo de las pistolas.

—Dorie, ¿estás bien?

No hubo respuesta. Tuvo que jugársela y empujar la puerta.

—Dorie, ¿estás bien?

—Sí, pero parece que Dummy está muerto.

Empujó la puerta de par en par pero el cuerpo de Dummy seguía en el umbral.

—Ayúdame a mover el cuerpo. Tenemos que largarnos antes de que esto se llene de policías. No tardarán en llegar.

Le dio la vuelta al cuerpo de Dummy. Las dos balas habían dado en el blanco. Mala suerte que Dummy trabajara para el equipo equivocado. Klein tendría que buscarse a otro chico.

Dorie, muy afectada, encendió la luz.

—¿Qué estás haciendo? Salgamos de aquí. Con mis antecedentes, la policía me meterá en la cámara de gas en cuanto pueda. Sólo tenemos unos minutos.

El y Dorie bajaron corriendo las escaleras hacia su coche.

—¿Adonde vamos ahora, Stark? ¿O aún no has acabado de matar por hoy?

—¿Dummy te ha hecho daño?

—No, pero debió seguirme desde el apartamento de Momo con la intención de que le llevara hasta ti. Cuando llamó a la puerta, pensaba que serías tú. Me dijiste que vendrías en una hora.

—Tuve que ocultarme un tiempo. Pero, si Dummy te ha seguido hasta aquí, ¿quién me ha disparado fuera del club? ¿Es que Klein tiene más de un repartidor?

—¿Quién es Klein?

—Klein es el Hombre, el contacto de Momo. Pero él es ella. ¿Te puedes creer que es una mujer de negocios de mediana edad? Menuda fachada.

—Bueno, ¿adonde vamos? ¿San Francisco?

—Sí, pero primero haremos una parada en La Jolla. Tengo que cobrar una deuda pendiente. ¿Te has acordado de coger el alijo y la pasta?

Cuando arrancó el coche, se abrieron de repente las dos puertas de atrás. Dos mexicanos de piel oscura se colaron detrás, cada uno con una 45.

—¿Quién coño sois vosotros? ¿Es que ahora la pasma contrata mexicanos?

—No somos policías, *señor*. *El Jefe* nos dijo que te lleváramos vivo o muerto, no le importa cómo. Quiere hablar contigo. Eres un *hombre* con suerte. Primero no le importaba. Después, cambió de opinión.

—Entonces, ¿fuiste tú quien me disparó?

—No, mi compadre. Tienes suerte de que tenga mala puntería.

Stark se dio cuenta de que era el mismo mexicano que había conocido y al que le había dado las muestras de la heroína de alta calidad.

—Eres buen vendedor. *Al Jefe* no le gusta la competencia, mata a la competencia. Antes de morir, tu amigo nos dijo que te buscáramos en el club.

—¿Dices que Alfie está muerto?

—Sí, señor. Un gringo muerto. Tú disparas bien. Antes de que te siguiéramos por las escaleras, bang, bang, bang. ¿Algún muerto? Conduce. ¡Vamos!

Stark se alejó del bordillo pensando que Dorie y él no irían a San Francisco después de todo.

—¿Cómo me habéis encontrado?

—Recordaba tu coche. Sabía que volverías a por él. Llamé a *Jefe* y me dijo que no te matara. Quiere conocer a tu jefe. Seguimos tu coche. Quizá vivas.

—¿Adonde vamos?

—Haremos un pequeño viaje a México. Te encantará, señor.

Stark cayó en la cuenta de que no le habían cacheado. Aún tenía su pistola. Sólo le quedaban tres balas. No era una jugada suficiente contra un par de 45. No le importaría delatar a Klein si así podía salvar su cuello y el de Dorie. Ya habían muerto dos personas por culpa de aquella mujer, incluido el pobre Dummy. Todos se aprovecharon de él. Se preguntaba quién se quedaría el coche del mudo. Probablemente, estaría aparcado por ahí cerca.

Mientras se alejaban, Stark esperaba que alguien de su edificio, al escuchar los disparos, se hubiera asomado a la ventana y hubiera visto a los matones metiéndose a la fuerza en el coche. Tal vez Crowley pensara que esos tíos mataron a Dummy y que le secuestraron a él y a la chica.

—¿Por qué sonrías? —le preguntó Dorie—. ¿Qué tiene tanta gracia? ¿Es que voy a ver el tercer asesinato en un día? ¿Seré yo la cuarta? ¿En qué mierda me has metido, señor Hombre de Negocios? Por qué siempre me atraerán los perdedores. Tú eres el más grande de todos los que he conocido. El siguiente con el que me líe será el rey de los gafes. Eso si tengo la ocasión, claro.

—Dejad de hablar, *por favor*. Dirígete hacia el sur —dijo una voz desde la parte de atrás.

Al avanzar la noche, la niebla no se levantó. Todo lo contrario, se espesó aún más. Las luces de los coches que se dirigían al norte parecían barcos que se movían rápidamente y que pasaban rozándoles en la oscuridad.

Sería una larga noche. Su única oportunidad era un posible control en el camino pero, con esa niebla, hasta un acorazado podría escabullirse de la policía. ¿Qué haría Bogart en esa situación?, se preguntó.

Capítulo 19

Dos lentas y agonizantes horas después, aún estaban en la carretera.

—Tenemos que parar a echar gasolina —anunció Stark.

—Vale. Date prisa o eres hombre muerto.

Se detuvieron en una gasolinera muy iluminada, como un faro en medio de la oscura niebla. Un chico joven les recibió con una gran sonrisa. Probablemente, era algo que se veía obligado a hacer con los clientes, nadie podía estar feliz en una noche como aquella. Le dijo al chico que llenara el depósito. Necesitaba pincharse desesperadamente.

—Tengo que ir al baño.

—Yo, también —dijo Dorie.

Ella sabía lo que él quería en realidad.

—Mi *compadre* irá con vosotros. No hagas nada raro o eres hombre muerto.

—Ojalá se supiera otra frase —comentó Dorie con frivolidad.

Fueron al baño, seguidos del guardaespaldas que vigilaba cada paso, con el arma en el costado, escondida del dependiente.

—Está cerrado —dijo Dorie al girar el pomo para intentar abrir su puerta.

—Muy bien —dijo Stark—. Ven conmigo. —Abrió la puerta y Dorie se coló dentro antes de que pudieran detenerla.

—Sé que has venido a ponerte. Yo también necesito algo —le dijo.

—No tengo el instrumental. Tendremos que compartir esta dosis. —Abrió el paquete y, tras humedecerse la punta del dedo, la mojó en el polvo blanco y se la frotó en las encías. Le pasó el paquete para que hiciera lo mismo. Mientras tanto, se escuchó un fuerte golpe en la puerta.

—Rápido, ¿llevas un pintalabios?

—¿Por qué? ¿Tienes los labios cortados o es que piensas cambiarte de acera? —le preguntó con una sonrisa irónica.

—¿Desde cuándo te has vuelto humorista? Quiero dejar un mensaje en el espejo.

Los golpes se volvieron más fuertes.

Garabateó una nota rápida. «Llamar al tte. Crowley 276-9000. Nos llevan secuestrados a México. Stark».

Se abrió la puerta y sacó primero a Dorie. A él le clavó la pistola en el costado con fuerza.

—Vamos.

—Serán seis dólares veinticinco centavos —dijo el chico—. ¿Quiere que compruebe el aceite? ¿El agua? Es la última estación de servicio abierta hasta San Diego.

—No, estamos bien. Aquí tienes la pasta. Quédate el cambio —le dijo Stark.

Se alejaron y volvieron a sumergirse en la niebla. Empezaba a clarear ligeramente pero aún quedaban un par de horas hasta el amanecer. Al entrar en el coche, sacó la pistola del bolsillo y la dejó en el asiento, a su lado. No sabía si tendría ocasión de utilizarla. La chupada le había espabilado; en vez de adormilarse, estaba alerta, con los nervios a flor de piel, listo para actuar.

Pasaron San Diego. Dorie se había quedado dormida al igual que el matón de pocas palabras en la parte de atrás. Stark intentó mover el retrovisor para poder ver si el tipo que estaba detrás de él se había dormido también.

—¿Por qué haces eso? Déjalo como estaba. Conduce. Estoy justo detrás. Muévete y estás muerto.

«Estupendo», pensó. Un tío con un único pensamiento. Si hubiera forma de darse la vuelta rápidamente y acabar con él mientras el otro dormía. Imposible. No era Humphrey Bogart. Fue pura suerte que le diera a Dummy a través de la puerta.

Clareaba cada vez más, el sol estaba a punto de salir cuando cruzaron la frontera sin que los guardias les prestaran la más mínima atención. No les importaba lo que entraba en México, ni siquiera si eran dos rehenes gringos.

Tijuana seguía dormida mientras la atravesaban. Las estridentes luces de neón estaban apagadas, las calles polvorientas abandonadas a los perros callejeros y a un par de borrachos que dormían en un portal.

—Gira a la izquierda en el semáforo. Ve despacio, ya te diré cuándo parar.

Se detuvieron en una cantina abierta. En una mesa de la parte de atrás, se levantó un mexicano alto y de piel clara. Llevaba un traje arrugado, zapatos y una camisa abierta, todo de color blanco. Era atractivo, con el pelo casi negro echado hacia atrás. Se acercó al coche y le tendió la mano a Stark.

—Bienvenido a mi país, señor Stark. Me alegro de que hayas podido venir de visita —dijo con una sonrisa que dejó ver sus brillantes dientes blancos. Pero sus ojos eran fríos. Parecía la clase de tipo que podía sonreír mientras te metía dos balas.

—Hablas muy bien inglés —dijo Stark—. ¿Eres americano? ¿Chicano?

—Sí, señor Stark. El tío Sam me pagó dos años de universidad porque luché por tu país en Corea.

Stark bajó lentamente del coche sin prestar atención a la mano que le seguía tendiendo, los matones bajaron al mismo tiempo, con las armas listas. Por suerte, la suya se había escurrido debajo del asiento.

—No soy lo que se dice un invitado voluntario, ¿señor...?

—Te diré mi nombre profesional: Pablo. —No había borrado la sonrisa—. Ven adentro, lejos del sol. Tengo una propuesta de negocios que comentarte. —Les dijo a las moles que esperaran—. ¿Y quién es esta preciosa *señorita*?

—Dorie. También es mi nombre profesional ya que estamos en un ambiente tan informal y amistoso.

Le siguieron a la cantina. Hizo un gesto con la mano y trajeron café para los tres. Era fuerte y amargo; les preparó para lo que les esperaba.

—Señor Stark, espero que podamos hacer negocios. Si no, ninguno de los dos saldrá de México. La elección está en vuestras manos.

—Menuda elección.

—Probé la heroína que le diste como muestra a uno de mis camellos. ¿Crees que necesito un nuevo proveedor? Esa mierda es el doble de fuerte que mi producto, y a mitad de precio. O es material robado que aún no se ha cortado o tu jefe la trae de algún sitio como Camboya. Tengo que conocerle. Perdonadme.

Pablo se levantó y mantuvo una breve conversación susurrada con uno de sus guardias. Volvió a sonreír cuando regresó a la mesa.

—Mi compadre me ha dicho que estuviste involucrado en un tiroteo en tu apartamento. No saben quién murió y tengo curiosidad. ¿Fuiste tú quien disparó o fue la señorita? ¿Quién murió? Después de todo, tal vez no puedas volver a Estados Unidos. Vivo o muerto.

Stark se pensó bien las respuestas. No le debía nada a Klein. Hizo que Dummy matara a Momo y también habría acabado con él. Fue mala suerte que tuviera que matar al mudo. La violencia no era lo suyo pero, ahí estaba, metido hasta el cuello.

—Quizá mi jefe y tú podáis hacer negocios —respondió Stark evitando el tema del asesinato de Dummy—. El tiene el producto y tú la distribución. Siempre que ninguno entre en competencia con el otro, no hay razón para que se produzcan más muertes, eso no es buen asunto. Me has parecido un hombre de negocios muy práctico, Pablo.

—A mí no me hables en ese tono, no soy estúpido —contestó Pablo, irritado—. Soy mucho más inteligente que tú, yonqui. Yo decidiré si unimos fuerzas o si rompemos las relaciones, permanentemente. ¿Dónde está tu jefe?

—Dirige una agencia de viajes en La Jolla. —Stark mantenía la identidad de Klein en secreto. Era una forma de seguir con vida—. Te llevaré hasta él. No querrá hablar de negocios a menos que yo esté allí.

—No me has respondido. ¿Quién murió en tu apartamento?

—Quería robarme la droga. El tío me estaba esperando para desplumarme. Dorie me ayudó a quitármelo de encima —mintió.

—Levántate —le ordenó Pablo. Le cacheó pero no encontró ningún arma—. ¿Con qué le mataste? ¿Dónde está tu pistola?

—No lo sé. Se me debió caer al marcharme. Salí corriendo con mi chica. ¿Quieres conocer a mi jefe?

—Sí, pero tu chica se queda aquí. No quiero que te hagas ideas raras. Iremos en tu coche.

Pablo le hizo una señal a sus hombres indicando que iría con él, los dos solos, a

La Jolla. Estaba claro que no confiaba en sus hombres. Intercambiaron algunas palabras en español. Stark no entendió nada pero lo comprendió todo al ver cómo le pasaron a Pablo una 45 automática.

—Stark, ¿me vas a dejar con estos animales? No me gusta la pinta que tienen. Preferiría que me dispararan a que me follaran.

Stark le pidió a Pablo la ayuda de alguna mujer para mantener a salvo a Dorie hasta que volvieran. Pablo gritó en español dirigiéndose a la sala del fondo de la cantina y una señora mexicana gorda, de mediana edad, salió limpiándose las manos. Era, sin duda, la mujer del *patrón*.

Dorie se refugió en los brazos tendidos de Stark.

—Vuelve aquí sano y salvo. Ten cuidado con este tío —le susurró en el oído—. Cuida de mi chico —le dijo más alto a Pablo—, me he acostumbrado a él.

Los dos hombres volvieron al coche. Stark se quedó quieto en el asiento del conductor.

—Necesito algo para poder seguir. Llevo toda la noche conduciendo, uno de tus gorilas me ha disparado y he tenido que matar a un ladrón. Ha sido un día largo y una noche aún más larga.

—Nada de chutes, yonqui. Te necesito despierto hasta que veamos a tu jefe. Entonces te echarás un largo sueño. Toma un par de dexamfetaminas para no dormirte.

Stark se tragó las pastillas sin nada de beber pero no le gustó nada el comentario del largo sueño. Puso el coche en marcha y condujo lentamente por la calle llena de polvo, que ahora estaba atestada de gente y animales, en dirección a la frontera.

Al acercarse al paso fronterizo, deseó que los policías les detuvieran.

—Hazles alguna señal —dijo Pablo— y tu novia y tú estáis muertos. Nada de tonterías.

Le clavó el arma en el costado para dar énfasis a sus palabras.

—Abra el maletero, por favor —le pidió el policía fronterizo educadamente tras echar un rápido vistazo al interior del coche. Unos minutos después, estaban de nuevo en Estados Unidos dirigiéndose hacia el norte por la autopista.

—Creo que debería llamar a mi jefe para que sepa que vamos de camino. Le diré que quieres otra muestra del producto, para asegurarte de la calidad, pero que vienes para discutir un nuevo trato sobre la distribución que os hará ganar dinero a los dos.

—¿Cuál es tu papel en el juego, Stark? ¿Cómo encajas tú en todo esto? Por lo que yo sé, eres consumidor del producto, no vendedor. ¿Por qué confía en ti tu jefe? Yo no lo haría. No lo entiendo.

—No estoy enganchado, sólo me meto de vez en cuando. La bestia del este no es mi tema. Mi primera opción es la hierba.

—¿Me estás diciendo que tu mierda viene del este?

—No, es sólo una expresión. ¿Qué hay de la llamada?

—Vale, pero entraré en la cabina contigo. Una palabra de más y...

—Vale, vale, ya lo pillo.

Stark siguió buscando una cabina por la carretera. O a la policía. Quizá el chico de la gasolinera había visto el mensaje de pintalabios en el baño y había llamado a Crowley. Los milagros ocurrían. En las películas, se producen milagros a todas horas.

Vio una cabina fuera de una gasolinera. Tal vez podría dejar otro mensaje en el baño. Se lo pensó dos veces, este tío no era tonto.

Los dos se apretaron en la cabina y pronto empezó a hacer calor en el estrecho espacio. Después de introducir las monedas adicionales para una llamada de larga distancia, conectó con la agencia de viajes de La Jolla.

—Quiero hablar con Klein, de parte de Burdman.

Unos minutos después, una Klein vacilante se puso al teléfono.

—¿Diga? —preguntó—. ¿Quién es?

—Klein, soy Stark. Estoy de camino a tu oficina. Estaré allí en una hora, más o menos. Voy con un tío que te hará rica. Le he dado algunas muestras de tu mercancía. Está pensando en cambiarse a tu marca y puede manejar un gran volumen.

Pausa.

—¿Sabes algo de Dummy?

—Sí, se encargó de Momo pero falló conmigo. Tuvo un accidente grave, no creo que te llame. —Esbozó una sonrisa ante la idea. Al otro lado de la línea, no había tantas risas—. Ahora sólo podrás tratar conmigo y con mi nuevo socio.

—Te dije que me lo quería pensar. Aún no estoy preparada para ir a lo grande.

—Pues no creo que tengas otra elección. Somos nosotros o la policía.

—Venid a las dos en punto. La oficina cierra a la una los sábados. Os estaré esperando.

Se cortó la línea.

—Stark, tu señor Klein suena a mujer. Algo me huele mal.

—No, no. No pasa nada, es una mujer pero no es nada blanda, créeme. Quiere que vayamos a las dos, cuando no haya testigos. Tiene a un par de chicos trabajando para ella. La agencia de viajes no es ninguna fachada. Es una gran tapadera. Los polis nunca se toparían con ella.

Cuando volvieron al coche, Stark se agachó rápidamente como si metiera la llave en el contacto, alcanzó la pistola que estaba bajo el asiento y se la metió en el bolsillo izquierdo del pantalón cuando se pusieron en movimiento. Pablo observaba los coches que venían por la carretera.

Siguieron el resto del camino en silencio, Stark pensaba en cómo salir de aquel lío y liberar a Dorie en México. No se le ocurría nada. Intentó tantear a Pablo pero el tío no soltaba prenda. Cada vez que quería entablar conversación, para pasar el rato, le

decía que se callara. Encendió la radio con la esperanza de pillar algo de jazz. En vez de eso, sintonizó las noticias, justo lo que había intentado evitar. De repente, escuchó su nombre. La policía buscaba a un tal Ernie Stark, hombre blanco, en relación con el asesinato de dos hombres sospechosos por tráfico de drogas. Siguió una descripción más detallada.

La orden de busca y captura debía seguir vigente. La policía probablemente estaría buscando su familiar. Pablo también escuchó la noticia.

—¿Stark? Ése eres tú. ¿Dos asesinatos? Debes ser un tipo duro. Pareces más peligroso que una caja de dinamita. Si quieren pillarte, estarán buscando también este coche. Lo dejaremos y cogeremos un autobús hasta La Jolla. Después de la reunión, estarás solo. Eres demasiado peligroso. Atraerás a la policía como el azúcar a las moscas.

Dejaron el coche a unas calles de la parada del autobús y esperaron una hora a que pasara el siguiente. El vehículo estaba lleno hasta los topes de gente demasiado pobre como para comprarse un coche. La mayoría eran mexicanos. El autobús apestaba. Stark se dio cuenta con una sonrisa de que la impoluta camisa blanca de Pablo se estaba quedando hecha un asco.

Eran pasadas las tres cuando, tras muchas paradas, finalmente entraron en La Jolla, ambos sudorosos y cubiertos de polvo. Menudos hombres de negocios, pensó Stark. Las luces de la agencia estaban apagadas. El cartel de la puerta rezaba «Cerrado». Stark llamó, con fuerza, para que Klein le escuchara desde la sala del fondo. Finalmente, la vio acercarse por la puerta de cristal. No parecía contenta.

—Llegáis tarde. ¿Dónde está tu coche?

—Tuvimos que dejarlo.

—He escuchado en las noticias que Dummy y Momo están muertos. ¿Es cosa tuya o suya? —dijo señalando a Pablo.

—No ha sido él. Entremos dentro para poder hablar. Este es Pablo, mi socio.

Pablo no sonrió ni le tendió la mano.

—¿Dónde está el señor Klein? —preguntó mientras iban hacia el despacho del fondo—. Stark no paraba de hablar del Hombre.

—No hay ningún señor Klein. Stark lo sabe, yo soy el jefe.

Dentro de la oficina, Klein se sentó detrás de la mesa y señaló las dos sillas que tenía enfrente.

—Bien, señor Pablo, ¿cuál es esa proposición?

—Primero, necesito saber de dónde traes el material. Es una mierda de alta calidad, si me permites la expresión.

—No te lo diré. Esa es mi protección.

Pablo sacó la 45 y le apuntó.

—Señora, no tienes ninguna protección. Si quieres vivir, responderás mis

preguntas.

—Viene de Tailandia, tengo una sede de la agencia allí. Me la mandan por mensajero en paquetes cuando la necesito. Los paquetes están etiquetados como «Información turística» —dijo Klein, algo más vacilante, al mirar el cañón del arma.

—Déjame probar otra muestra. ¿Cómo sé que la que me dio a probar Stark no era especial como técnica de venta a un precio descontado especial?

—Puedo asegurarte que todo mi producto es de primera clase y que nunca se vende por debajo del precio de mercado. —Se levantó y se acercó a una caja fuerte incrustada en la pared de la que sacó varios paquetes.

—Prueba el que quieras. Verás que es material de primera.

Pablo cogió uno de los paquetes de la mesa con la mano izquierda, la pistola seguía en la derecha apuntándola. Al intentar romper el envoltorio con el dedo gordo de la mano izquierda, se distrajo por un momento. Klein abrió de golpe el cajón de la mesa pero, antes de que pudiera coger su arma, Pablo disparó dos veces. Una bala del 45 deja un agujero importante. Le saltó la tapa de los sesos que salpicaron el cuadro de detrás. La sangre se derramó por toda la mesa y por encima de las muestras cuando Klein se desplomó, muerta.

—Odio la competencia —dijo Pablo—. Especialmente de principiantes, sobre todo sin son *gringas*.

Cuando giró sobre la silla, Stark sacó su 25 milímetros y le disparó tres veces a la camisa blanca y a la sonrisa de satisfacción. La sala se llenó del humo de las armas. Por suerte, las tiendas de ambos lados de la agencia de viajes también estaban cerradas aquel sábado por la tarde.

Rápidamente, Stark se puso de pie, limpió las huellas de su pistola y se la puso a Klein en la mano derecha. La policía creería que se mataron el uno al otro, pensó. Cogió el arma de ella. La necesitaría.

Fue a la caja fuerte y se llevó casi cada paquete de polvo blanco que pudo encontrar. Había más de setecientos gramos ahí. Dejaría suficiente para que la policía se tragara la historia de un trato sobre drogas que salió mal, pero se llevaría lo bastante como para establecer su propio negocio en otra ciudad. Y dinero. No lo contó todo pero parecía haber unos veinticinco de los grandes. Ahora, estaba en el negocio, y en serio. Lo puso todo en la bolsa del banco que encontró en la caja.

Necesitaba algo con ruedas para volver a por Dorie. Se acordó de que Klein tenía el coche aparcado detrás de la agencia así que rebuscó en su bolso y encontró las llaves. Se llevó también el dinero en metálico que había en su cartera. Todo ayudaba, por poco que fuera.

Antes de marcharse, se aseguró de borrar todas sus huellas de la silla en la que se había sentado. Estiró el brazo sobre la mesa y cogió el paquete que Pablo había intentado abrir. Necesitaba un poco para ponerse otra vez en camino. El polvo blanco

no había absorbido la sangre de la mujer. Encontró la puerta trasera y la abrió, después limpió las huellas con el pañuelo de Klein.

Se encontraba justo donde esperaba estar. Era perfecto. Un Cadillac nuevo con un acabado azul oscuro. Al subir al coche, puso la pistola de Klein en la guantera. Se dio cuenta de que uno de sus sueños era conducir un coche nuevo como aquel.

Le hacía sentirse rico. ¡Era rico, joder! Ojalá no tuviera que volver a México a por Dorie. Encendió el motor y se lo pensó durante un momento. No le debía nada y tampoco quería que nadie se lo debiera a él. Ella era una superviviente. Podría volver por su cuenta.

Capítulo 20

Al salir con el Cadillac a la calle principal, el coche, casi como si supiera que había cambiado de opinión, se dirigió al sur, hacia la frontera.

—Debo de estar loco —dijo en voz alta. Stark luchaba contra sí mismo—. La mujer no significa nada para mí. Sí, es preciosa, tiene buen sentido del humor, se mueve bien en la cama, pero no debo olvidar lo rápido que quiso organizarme la vida después de una noche. ¿Cómo me ha enganchado?

»Me arrepentiré. Yo, cuya filosofía es la de seguir siempre adelante, nunca atarme, nunca dejar que una mujer me eche el lazo. El timador timado por una mujer. Nunca se verá a Humphrey Bogart caer por alguna falda. ¿No mandó a su novia a la cárcel?

¿Cómo iba a liberar a Dorie, rodeada de los matones de Pablo? No se alegrarían nada de verle sin su jefe. Tal vez podría comprarles con el Cadillac. En México debía valer una fortuna. No, eso no funcionaría. Ni tampoco la pasta ni la heroína de alta calidad que pensaba utilizar para montar su negocio liberarían a Dorie.

El Cadillac seguía avanzando hacia el sur, siempre dentro del límite de velocidad. Crowley debía haber descubierto ya su familiar abandonado. ¿Le confundiría encontrarlo aparcado en dirección norte? ¿O Crowley pensaría que él y Dorie se habían ido a México a pie? Fuera como fuese, tenía a todas las placas del estado buscándole.

Tal vez debería llamar al policía. No encontrarían los cuerpos de Klein y Pablo hasta el lunes por la mañana, cuando la agencia abriera al público. Quizá debería informar a Crowley para que cerrara todo el asunto. Quería al Hombre. Al traficante. Pues le daría dos. Y a la asesina de Momo. Quizá con eso compraría su libertad.

Paró en la primera gasolinera del camino con una cabina. Hasta que no le dijo al chico que le llenara el depósito, no se dio cuenta de que era la misma en la que había parado la noche anterior con los matones. Por suerte, era un dependiente distinto. Entró en el baño de hombres. El mensaje con pintalabios seguía allí. Debajo, había una respuesta: «Mejor llama a Kilroy».

Tras echar las monedas suficientes en la cabina para satisfacer la llamada de larga distancia, le pasaron con Crowley.

—¿Dónde estás? Eres hombre muerto a menos que te entregues. Tengo a todo el mundo buscándote.

—Déjame decir algo, por el amor de Dios.

—No, escúchame tú. No sólo te buscan por el asesinato de Momo sino que hemos encontrado el cuerpo de Dummy. Y, ¿adivina en qué apartamento le dispararon? En el tuyo, listillo. Hablamos de doble homicidio. Irás a la cámara de gas a menos que te entregues. Incluso entonces, no puedo garantizarte que salves el culo.

—Escúchame atentamente, Crowley No voy a entregarme. No pienso caer en la trampa de culparme por los dos asesinatos. Analiza el arma de Dummy y verás que fue él quien disparó las balas que mataron a Momo. Después iba a por mí, me esperaba en mi propio apartamento para acabar conmigo. Yo disparé primero, pero fue allanamiento. Es un asesino y yo era el siguiente en su lista.

—Cuéntaselo al juez. A mí no me engañas, canalla. Te haré pagar por los dos asesinatos.

—Crowley, no soy ningún cabeza de turco. Te cambio a dos fiambres más si me quitas la sogá del cuello.

—¿Que te quite el qué? ¿Me tomas el pelo? ¿Qué podrías ofrecerme para escaparte de todo esto?

—A dos importantes traficantes de droga. Me presionabas para que descubriera quién era el proveedor de Momo. El Hombre. Bueno, pues el Hombre no es un hombre sino una mujer de negocios legal de mediana edad.

—Dame un nombre.

—No tan rápido. También puedo darte al jefe que dirigía la red mexicana. El supone un trato aún mayor.

—¿Cómo sé que estás diciendo la verdad?

—Estaba presente cuando los dos traficantes se han matado a tiros. Nadie ha encontrado los cuerpos, aún. Hay droga y documentos en la caja fuerte de ella y él seguramente tendrá antecedentes.

—Algo me huele mal.

—Sus empleados me identificarán como el señor Burdman. Me reuní con ella hace un par de días. Dummy dejó una pista que seguí.

—Entonces, ¿dónde puedo encontrar a esos individuos?

Le dio a Crowley la dirección de la agencia de viajes.

—¿La Jolla? Eso está fuera de mi jurisdicción, no me va a hacer ningún bien.

—Crowley, llama al director de narcóticos de California. Chívale que uno de tus «agentes» descubrió a los dos cabecillas. Te ascenderán.

—Ya veremos cómo sale todo. Mientras tanto, vuelve a llamarme mañana. Retiraré a los perros durante veinticuatro horas hasta que compruebe si lo que me cuentas es cierto. Será mejor que así sea, por tu bien.

—Eres un amigo —dijo Stark justo cuando se cortó la llamada.

Era última hora de la tarde cuando Stark llegó a la frontera. Estaba cansado y enganchado. Necesitaba ponerse o al menos tomar un poco para seguir. Aún no había planeado cómo iba a rescatar a Dorie. Era casi una misión suicida.

Cuando el coche llegó a la larga fila de vehículos, la mayoría tíos estadounidenses en busca de una noche de juerga barata en Tijuana, vio, al otro lado de la carretera, a una mujer haciendo autostop, con el dedo sacado y el vestido levantado. Enseñaba

algo de carne para el perdedor que la recogiera pero todo el tráfico se dirigía hacia el sur.

Tardó un momento en reconocer que la mujer era Dorie. ¿Cómo coño había conseguido escapar? ¿Estaba viendo visiones? Cambió de sentido rápidamente y se detuvo a su lado.

—Bonito coche —dijo en un tono frío—. ¿Te lo acabas de comprar? Parece nuevo.

—No, es parte de un pago. Me dieron un buen precio por el familiar. El encargado me ha dicho que era una antigüedad muy valiosa. ¿Te llevo a algún sitio?

—Preferiría ir con cualquier otro, pero parece que eres la única opción —bromeó.

—¿Cómo has escapado? Tenías a dos matones vigilándote.

Dorie subió al coche.

—Por suerte, aquí hay algo llamado *siesta*. Los dos caballeros se comportaban como un par de violadores así que la señora Cantina me encerró en una habitación e hizo guardia. Me quedé dormida y, cuando me desperté, ella roncaba. Abrí el pestillo con una horquilla. No era un cerrojo de verdad, sólo una especie de enganche. Las dos moles estaban dormidas sobre la mesa en la cantina así que salí de puntillas. Pensé que no vendrían a por mí si hacía autostop en la parte estadounidense, cerca de la policía fronteriza.

—Inteligente, coser y cantar. Nos marchamos.

—¿Qué ha pasado con Pablo?

—Lo mismo que planeaba para mí, sólo que yo actué un minuto antes. Aunque él fue más rápido que Klein. Acabó con ella y casi acierta por partida doble.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? ¿No nos buscará la policía? La verdad es que te quieren a ti, no a mí, sólo que coincidió que yo también estaba allí. Aunque ha sido un bonito detalle que volvieras a rescatarme. Pensé que no volvería a verte. Vivo o muerto.

Mientras Stark se dirigía al norte, decidió compartir su suerte con Dorie.

—Verás todos los regalos que te he traído, nena. Mira el alijo que me he llevado de la caja fuerte de Klein. Hay bastante para colocarnos durante un par de años y dinero suficiente para montar un negocio. Incluso legal.

Le enseñó la bolsa con los paquetes y el dinero.

—¿Estás loco? Toda la policía de California te está buscando. ¿Y tú estás pensando en meterte en el negocio de la droga? Para el coche —dijo—. Necesito probar un poco, estoy enganchada.

Stark paró a un lado de la carretera. Tenía que mear. Bajó a la cuneta junto al coche para que no le vieran los demás automóviles que pasaban. Al hacerlo, escuchó alejarse el Cadillac. Dorie se largaba. Acababa de estafar al estafador.

Al ver cómo el Cadillac se alejaba por la carretera, Stark se sonrió. No le había

dicho a Dorie que el coche era de la señora Klein. La policía pronto se pondría a buscarlo. También se le había olvidado contarle que el arma de la mujer estaba en la guantera y que llevaba la mitad de la pasta en el bolsillo.

Unos metros más adelante, el Cadillac se detuvo a un lado. ¿Había cambiado de idea? Stark avanzó rápidamente. Cuando se acercó, ella le tiró la bolsa del banco en la cuneta. Parecía que dentro estaba la mitad del dinero y la mitad de la droga. La mujer tenía corazón, después de todo.

No había suficiente para montar un negocio pero tenía veinticuatro horas y pasta para llegar hasta Canadá, lejos del alcance de Crowley. Allí había todo un mercado de primos esperando a un estafador con labia como él. Caminaba por la carretera silbando, listo para pasar a la acción otra vez, en un lugar nuevo.

Epílogo

De Jennifer Stelle

Me quedé totalmente sorprendida cuando Nat Sobel, el agente literario de Eddie, me pidió que escribiera estas breves referencias de la última (y primera) novela de Eddie. Me quejé alegando que debería escribirlo él. Después de todo, ¿no fue él (como el Maxwell Perkins de nuestro tiempo) quien le había resucitado? ¿No fue él quien me llamó para ver qué obras inacabadas había, localizó el manuscrito en una editorial a las afueras de Londres, lo recompuso y encontró un nuevo editor? No estaba de acuerdo. Y, tras pensarlo, supuse que tenía razón en que, quizá, yo fuera la única que pudo conocer los detalles que rodean a Stark.

Mi relación con Eddie abarcó treinta años. Fui su consejera a mitad de camino entre el hogar y la cárcel, su esposa durante veinte años, madre de su hijo y siempre su amiga íntima. Sería acertado afirmar que he escuchado todas sus «historias». Como me escribió en una carta en 1996, «Mi amor y mi mejor amiga... si a mi vida le conceden un nuevo capítulo es porque tengo mi ángel particular en el que me puedo refugiar y la paz suficiente para trabajar». Por lo tanto, escribo esto como el «amor y la mejor amiga» de un pasado no tan lejano, y como la madre de su hijo. Es un gran honor volver a ayudar en la medida que pueda para que su trabajo cobre vida de nuevo.

¿Te imaginas que alguien que sólo tiene estudios primarios quiera dedicarse en serio a escribir? No tuvo ninguna orientación. Fue autodidacta en todo. El psicólogo de la cárcel dijo que era otra «manifestación de una fantasía infantil». Su don era un coeficiente intelectual por encima de la media; desde los siete años fue un lector voraz. Descubrió que podía ver el mundo a través de innumerables ojos y mentes diferentes, podía experimentar la vida del Antiguo Egipto, de la India actual, de la Edad Media. Creía que la mayoría de estadounidenses no valoraban los libros, pensaba que en Estados Unidos sólo importaba el dinero y que, aunque éste era necesario para todo, leer mucho significaba absorber más de la vida en sí misma.

Sus padres se divorciaron cuando tenía cuatro años y quedó a disposición de un juzgado de menores a los siete. Un niño abandonado en medio de la selva adquiere unos hábitos. Lee su primera novela, *Little Boy Blue*, y descubrirás más al respecto. Su niñez fue una guerra contra el mundo, pasó por todos los reformatorios imaginables, de los que escapaba a la mínima oportunidad. Durante un corto periodo de tiempo, le adoptó Louise Fazenda Wallis, su benefactora, cuando tenía catorce o quince años. A los diecisiete, fue el preso más joven en entrar en San Quintín. Corría el año 1950 (uno antes de que yo naciera). Durante un tiempo, estuvo en la celda opuesta a la de Caryl Chessman (Chessman estaba en el corredor de la muerte; al otro

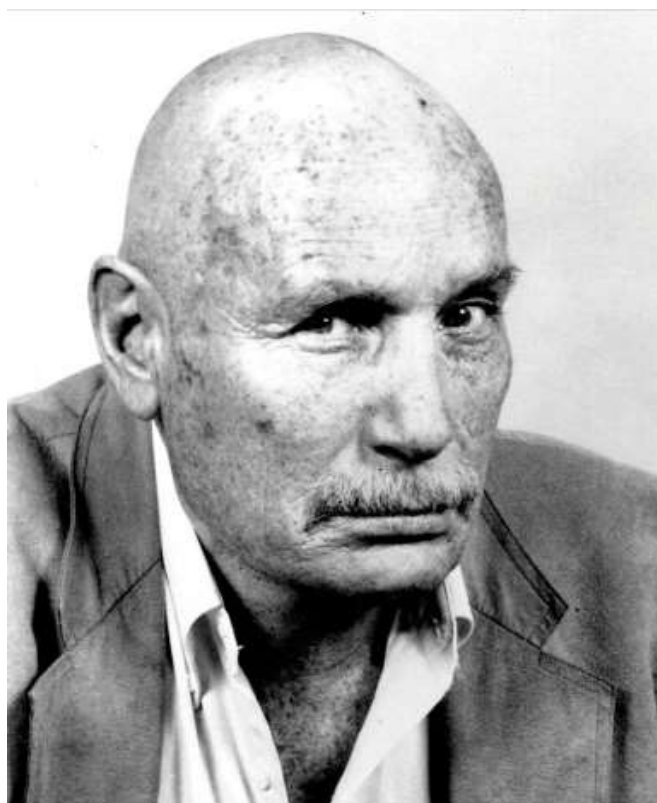
lado de la pared, Eddie, no). Hablaban a través de los conductos de ventilación sobre literatura. Un día, un convicto le pasó entre los barrotes de forma clandestina una revista doblada bajo una toalla de mano. La abrió. Era un ejemplar de *Argosy*. En la portada, el artículo principal rezaba «*Celda 2455, Corredor de la Muerte*, de Caryl Chessman». Se le encendió la bombilla. ¡No se lo podía creer! Los escritores iban a Harvard, Yale o Princeton. Chessman también había sido criado por el Estado y, si podía escribir un *bestseller*, ¿por qué él no?

La idea se le ocurrió de forma tan repentina e intensa que no pudo dormir. Le escribió a su benefactora y ella le envió una máquina de escribir de segunda mano, una Royal Aristocrat, y una suscripción al suplemento literario del *Sunday New York Times*. Las reseñas hablaban de Thomas Wolfe, John Dos Passos, F. Scott Fitzgerald, Faulkner, Hemingway, Dreiser, Jack London, Dostoievsky, William Styron y otros. Estudió *The Elements of Style* de E. B. White; almacenó en su memoria todos los cuentos y relatos criminalísticos que había visto desde su perspectiva única. Su investigación era su vida y él la vivía. Esto nos lleva a *Stark*. Por aquella época, tenía unos treinta y tres años. Corría el año 1963 y había fracasado por cuarta vez. Por entonces, su máquina de escribir había mordido el polvo. No importaba. Tenía acceso a otras máquinas y a papel. Primero escribió a mano, con un lápiz. Tenía dos trabajos en la cárcel. El primero como secretario del teniente. Era el responsable de escribir y pasar a máquina todos los informes sobre «incidentes» en la cárcel para que pudieran ser enviados a Sacramento. Su otro trabajo era en la biblioteca de la cárcel. Allí se instruyó en derecho. Cada preso con alguna pregunta legal acudía a él. Llegó a un punto en que no podía salir al patio porque le «acosaban». Incluso conoció a abogados capaces de sacar sus páginas, aunque tuvo que vender su sangre en la cárcel para pagar el envío a los editores. Aún conservaba sus sueños pero se preguntaba si algún día verían la luz del día.

Describió *Stark* como la historia de un estafador. Eddie no tenía en mucha estima a los timadores porque, por norma general, seleccionaban a sus presas entre los que eran más débiles que ellos. Pero les entendía. Creyó que merecía la pena contar una historia desde el punto de vista de ese tipo de personaje. «Somos lo que nos han hecho ser diversas influencias. Ni más, ni menos. Recuérdalo porque eso te infundirá humildad en vez de aires de superioridad y arrogancia».

Tuvo la ocasión de observar el punto débil de la vida desde una posición única. Nunca intentó imponer ideas preconcebidas ni ignorar o tergiversar un hecho para que una situación fuera más persuasiva. Estaba obsesionado con la «Verdad» y con encontrarla. Siempre decía que estaba dedicado a la Verdad como prelado de la Iglesia. Resultaba irónico: era ateo pero aspiraba a ser Trascendente. «Si hay algún tipo de norma que debemos seguir, ésa es buscar la verdad lo mejor que podamos, a través de los caminos que seamos capaces de encontrar». Lo que más quería era una

oportunidad de resistir, una flor de loto que creciera entre el fango.



EDWARD BUNKER. (Hollywood, 31 de diciembre de 1933 - Burbank, 19 de julio de 2005).

Fue un escritor de novelas policíacas, guionista y actor. Escribió numerosos libros, algunos de los cuales se han adaptado al cine. De niño Bunker fue brillante pero conflictivo, por lo que pasó gran parte de su infancia en diferentes hogares e instituciones. Muy temprano se transformó en un criminal, y siguió este sendero durante muchos años, ingresando en prisión una y otra vez. Fue culpable de varios delitos: robo de bancos, narcotráfico, extorsión, robo a mano armada y falsificación. Bunker fue amigo cercano de Danny Trejo, al que conoció en «Folsom State Prison», una prisión de California en la que ambos cumplieron condena. Un repetitivo patrón de condenas, libertades condicionadas, fugas, etc., continuó hasta que salió de prisión en 1975. En ese momento acabaron sus días como criminal y se dedicó a escribir y, más tarde, a actuar. Su primera novela, titulada *No Beast So Fierce* (1973) fue adaptada al cine por Ulu Grosbard y Dustin Hoffman, quien compró los derechos a Bunker; el resultado final fue *Straight Time*. No consiguió buenas críticas ni éxito comercial, pero Bunker participó en el guion y además tuvo su primer papel en una película. En 1977 publicó *The Animal Factory*, consiguiendo críticas favorables; en el año 2000 fue adaptada al cine por el actor Steve Buscemi. Eventualmente tuvo fugaces apariciones y cameos en muchas películas, como *The Running Man* basada

en la novela de Stephen King, *Tango y Cash* y la exitosa *Reservoir Dogs* de Quentin Tarantino, donde interpreta a *Mr. Blue*. Además de escribir el guion, también representó un papel en *Animal Factory*, basada en su novela del mismo nombre. En 1977, se casó con Jennifer, una joven abogada. En 1994, nació su primer hijo, Brendan. Bunker murió el 19 de julio de 2005 en California, a la edad de 71 años, a consecuencia de una intervención quirúrgica para mejorar la circulación de las piernas.